

1998-06

Pedagogía Ignaciana 5. Reflexiones para un modelo educativo universitario ignaciano

Vásquez-Tapia, Alberto; Codina, Gabriel; Lafarga-Corona, Juan; Escandón-Domínguez, Carlos; Cacho, Xavier; Fuentes-Navarro, Raúl; Hernández-Valdés, Óscar; Hermosillo-Villalobos, Juan J.; Narro-Monroy, Jorge A.; Bazdresch-Parada, Miguel; Hernández-Carmona, Hilda E.; Posada, Pablo H.; Theodoro-Peters, Paulo S.

Vásquez-Tapia, A. (Coord.), Hernández-Carmona, H.E. (Ed.). (1998). Pedagogía Ignaciana 5. Reflexiones para un modelo educativo universitario ignaciano. Tlaquepaque, Jalisco: ITESO.

Enlace directo al documento: <http://hdl.handle.net/11117/150>

Este documento obtenido del Repositorio Institucional del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente se pone a disposición general bajo los términos y condiciones de la siguiente licencia:
<http://quijote.biblio.iteso.mx/licencias/CC-BY-NC-ND-2.5-MX.pdf>

(El documento empieza en la siguiente página)

COLECCIÓN PEDAGOGÍA IGNACIANA

5

ALBERTO VÁSQUEZ (Coordinador)
HILDA ELENA HERNÁNDEZ (Editora)

Reflexiones para un modelo...

*...educativo
universitario
ignaciano*



ITESO

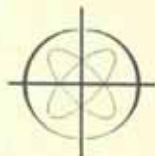
EL ESPÍRITU VIVE EN

Reflexiones
para un
modelo educativo
universitario
ignaciano

Reflexiones
para un
modelo educativo
universitario
ignaciano

ALBERTO VÁSQUEZ (Coordinador)

HILDA ELENA HERNÁNDEZ (Editora)



ITESO
EL ESPIRITU VIVIFICA

Diseño de portada: Jabaz.

- © 1998, *Reflexiones para un modelo educativo universitario ignaciano*,
Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO),
Oficina de Extensión Universitaria,
Periférico Sur 8585,
Tlaquepaque, Jalisco, México, C.P. 44520.

Impreso y hecho en México
Printed and made in Mexico

ISBN 968-6101-85-3

... ÍNDICE ...

PRÓLOGO	9
<i>Pablo Humberto Posada V., S.J.</i>	
INTRODUCCIÓN	13
<i>Alberto Vásquez Tapia</i>	
CAPÍTULO I	
LA RED DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS	19
La red de educación superior de la Compañía de Jesús	21
<i>Gabriel Codina, S.J.</i>	
La red de educación superior de la Compañía de Jesús en América Latina	43
<i>Paulo Severino Theodoro Peters, S.J.</i>	
El sistema educativo Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente	57
<i>Juan Lafarga Corona, S.J.</i>	

CAPÍTULO II

LA TRADICIÓN UNIVERSITARIA DE LA COMPAÑÍA DE

JESÚS	69
Ignacianidad.	71
<i>Pablo Humberto Posada V., S.J.</i>	
Las características tradicionales de la educación ignaciana	79
<i>Carlos Escandón Domínguez, S.J.</i>	
La <i>tráiditio viva educandi</i> de la Compañía de Jesús. Algunas aportaciones históricas de su trabajo universitario.	87
<i>Xavier Cacho, S.J.</i>	
Respuestas y comentarios de los expositores	95

CAPÍTULO III

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL MODELO

UNIVERSITARIO IGNACIANO	103
Los elementos constitutivos del modelo universitario de inspiración ignaciana	105
<i>Gabriel Codina, S.J.</i>	
El modelo educativo universitario de inspiración ignaciana	125
<i>Alberto Vásquez Tapia</i>	
Elementos para un modelo de universidad ignaciana	139
<i>Juan Jorge Hermosillo Villalobos</i>	
Respuestas y comentarios de los expositores	171

CAPÍTULO IV

LOS VALORES ESENCIALES DEL MODELO UNIVERSITARIO

IGNACIANO	185
Los valores irrenunciables del modelo universitario ignaciano	187
<i>Paulo Severino Theodoro Peters, S.J.</i>	
Valores que promueve el modelo educativo del Sistema UIA/ITESO	203
<i>Juan Lafarga Corona, S.J.</i>	
El modelo es no tener modelo.	215
<i>Jorge Narro Monroy</i>	
Respuestas y comentarios de los expositores	223

CAPÍTULO V

PROPUESTAS PARA LA ACCIÓN UNIVERSITARIA DE

INSPIRACIÓN IGNACIANA	227
Propuestas para la acción universitaria de inspiración ignaciana	229
<i>Gabriel Codina, S.J.</i>	
Agencia académica y aprendizaje institucional: la práctica universitaria de la utopía	247
<i>Raúl Fuentes Navarro</i>	
Propuestas para la acción universitaria	259
<i>Miguel Bazdresch</i>	
Respuestas y comentarios de los expositores.	273

APORTACIONES DE LOS PARTICIPANTES	279
Una visión comprensiva de las expresiones del seminario	279
<i>Óscar G. Hernández Valdés</i>	
Síntesis de los talleres de trabajo	286
<i>Centro de Pedagogía Ignaciana del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente</i>	

... PRÓLOGO ...

*Pablo Humberto Posada V., S.J. **

Asumir el modo ignaciano como estilo pedagógico propio, nada tiene que ver con el azar y tampoco es efecto de un comportamiento voluntarioso. Representa, por el contrario, una decisión que se origina en la necesidad de esclarecer los elementos que nos permitan la declaración abierta de la propia identidad, como institución universitaria confiada a la Compañía de Jesús. Se trata de responder, por lo menos, a las siguientes preguntas: qué somos, qué nos distingue, qué nos hace diferentes.

Este libro tiene la finalidad de presentar de manera conjunta las participaciones que se dieron en el Seminario Internacional sobre el Modelo Ignaciano Universitario, organizado por el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y celebrado en el Auditorio Pedro Arrupe, S.J., del 16 al 18 de febrero de 1998.

* Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

Aunque constituye un acto especialmente significativo, el seminario forma parte de un conjunto de actividades realizadas en el ITESO, sobre todo a partir de la reforma organizacional emprendida en junio de 1995. Tales actividades se relacionan, de manera directa o indirecta, con la adopción de un estilo pedagógico propio, basado en los elementos jesuítcos e ignacianos. En ese conjunto de acciones destacan la creación del Centro de Pedagogía Ignaciana —adscrito al Departamento de Educación y Valores— y del Centro de Investigación y Formación Social (CIFS) —perteneciente a la Dirección de Integración Comunitaria—; la realización de talleres y cursos en torno a la pedagogía ignaciana; de manera particular, la celebración, en noviembre de 1996, del seminario —también de corte internacional— sobre las características de la educación de la Compañía de Jesús, destinado a celebrar el décimo aniversario del documento que lleva el mismo nombre y, por último, el curso impartido por el padre Ralph E. Metts, S.J., que tuvo como base su propio texto *Ignacio lo sabía. La pedagogía jesuita y las corrientes educativas actuales*, obra publicada en español por el ITESO para tal efecto.

Del conjunto de acciones intencionadas a las que nos hemos aplicado, se impone continuar en la profundización de la línea estratégica de renovación educativa, emprendida por la Dirección General Académica y el Centro de Pedagogía Ignaciana.

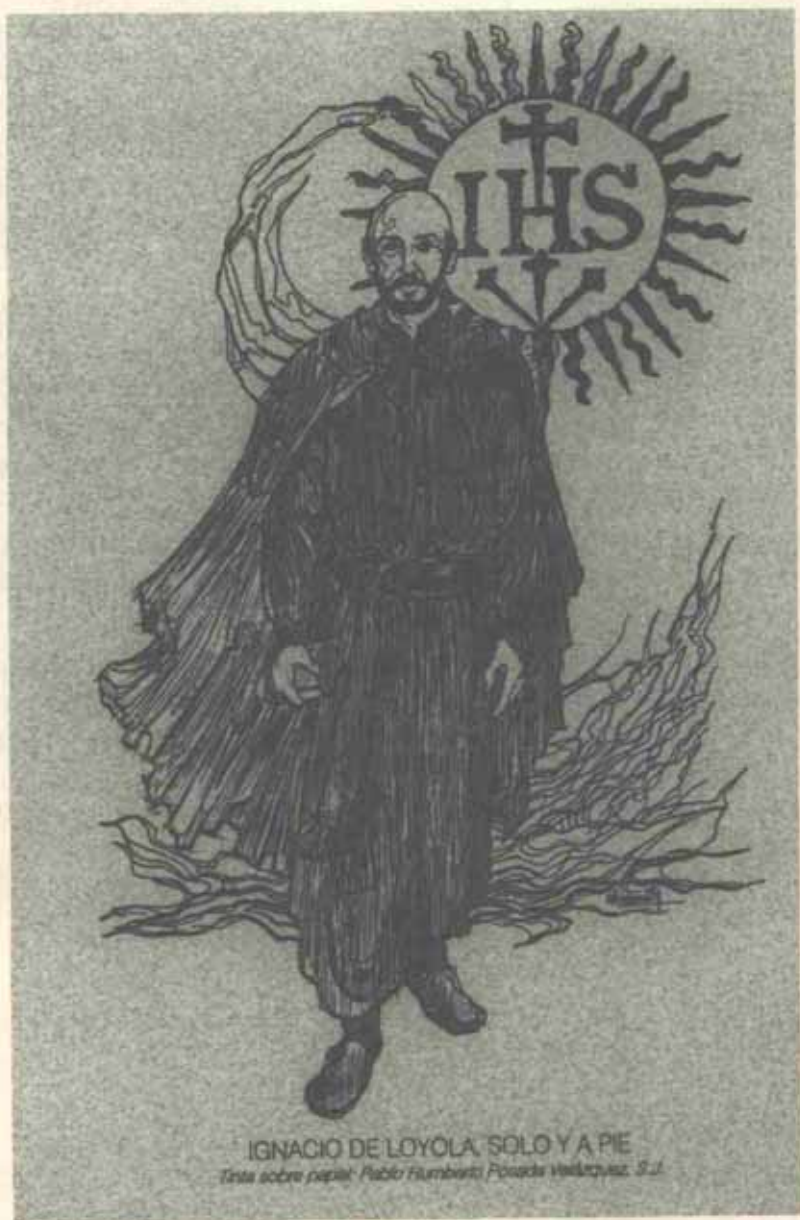
El seminario sobre el modelo educativo se efectuó en espíritu de búsqueda y con el propósito de llegar a concreciones más nítidas sobre lo que la Compañía de Jesús pide para las obras educativas que le han sido confiadas, especialmente las universitarias. Es indudable que contamos con muchas certezas, pero también con las incógnitas que salen al paso. Por eso la recomendación de la Congregación General 34, en su decreto 17, sobre la necesidad de

atender a la intelección del sustantivo *universidad* y del adjetivo *jesuítica*, en una definición que sea clara y que concilie ambos términos.

Con fundamento en la ignacianidad, que se nutre del Evangelio, hemos avanzado por esta vía y tenemos plena confianza en que nuestra recurrencia a las fuentes nos permitirá seguir haciéndolo y nos posibilitará grandes logros.

Entre los participantes en el seminario referido cabe destacar al padre Gabriel Codina, S.J., Secretario para la Educación de la Compañía de Jesús a nivel mundial y al padre Theodoro Paulo Severino Peters, S.J., Rector de la Universidad Católica de Pernambuco, Brasil, y Presidente de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL). Contamos, además, como se podrá verificar más adelante en esta obra, con la presencia de miembros destacados del Sistema de Educación Superior de la Compañía de Jesús en México.

En la espera de que las páginas que siguen resulten inspiradoras para nuestro quehacer al seno de las universidades jesuíticas, le pido al Señor por intermediación de María, que continúe alentándonos con la presencia de su Hijo, en la convicción de que *el espíritu vivifica*, como reza el lema del ITESO.



••• INTRODUCCIÓN •••

*Alberto Vásquez Tapia **

Pensar la universidad a partir de los binomios: a) apego a la tradición y necesidad permanente de cambios; b) lógicas de institucionalización del hacer académico y lógicas de servicios educativos en respuesta a las demandas sociales; c) lógicas apostólicas propias de la orden religiosa y lógicas académicas propias de los profesionales que trabajan en la producción científica; d) características sustantivas de toda universidad y los rasgos peculiares de su adjetivación en cuanto universidad ignaciana, es pensar en el ejercicio que ha venido realizando la comunidad educativa del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) desde siempre, y de manera más sistemática en estos últimos tres años. El seminario verificado del 16 al 18 de febrero de 1998, enmarcado en el cuadragésimo aniversario de esta casa de estudios, posibilitó la reunión del pensamiento sobre estas mismas temáticas

* Asistente de la Rectoría del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

de 150 profesores que trabajan en el ITESO, en la Universidad Iberoamericana y en otras universidades jesuitas de América Latina.

Universidad, institución surgida hace mil años; educación jesuítica, labor desarrollada desde hace 450 años, y la actual realidad que experimenta América Latina, fueron los contenidos referentes que estuvieron en la mente de los organizadores del seminario, en la de las personas que participaron en él, y en la de muchos otros universitarios que creyeron en la necesidad de que se dedicara tiempo, en la actual coyuntura macrosocial, para una reflexión capaz de accionar un proceso cabal de significación, y no sólo de promoción de la información sobre estas cuestiones medulares.

El seminario pretendía, por lo tanto, la disposición de un espacio para el diálogo y el debate en la búsqueda y encuentro de los puntos centrales de conexión y de integración de los binomios y de los referentes temáticos antes expresados, para la recuperación y afianzamiento de los activos históricos, y para la corrección de los pasivos que han venido generándose en esta larga caminata. A partir de ello, el seminario se propuso contribuir con la tarea de dilucidar y actualizar la especificidad y la globalidad del modelo de universidad ignaciana, destacando sus elementos centrales, sus valores esenciales, la dinámica subyacente que lo integra, y los desafíos que correspondería asumir a las universidades de inspiración ignaciana en este tiempo y en este continente.

Ciertamente no se partía de cero, pues se contaba con una probada tradición educativa, con los rasgos esenciales del modelo en los documentos oficiales de la Compañía de Jesús a nivel universal, a nivel latinoamericano, y en cada una de las universidades convocadas en el seminario en cuestión. Asimismo, se contaba con los importantes textos generados estos últimos diez años, especialmente *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (Roma, ICAJE,

1987), *Pedagogía ignaciana: un planteamiento práctico* (Roma, ICAJE, 1993) y *Desafíos de América Latina y propuestas educativas AUSJAL* (Bogotá, AUSJAL, 1995). Prevalecía, también, la convicción de que los elementos del modelo están ya presentes en la realidad del hacer universitario y en la conciencia de muchos educadores que trabajan en esta red universitaria.

Sin embargo, y con todo, se mantenían en mente algunas carencias dignas de considerarse:

- No se cuenta con un texto que específicamente defina y conforme el modelo educativo que desea concretarse en estas instituciones de educación superior.
- Hace falta un nuevo esfuerzo de reflexión y de síntesis destinado a formalizar y a dilucidar el sentido y la comprensión actual del modelo universitario que posibilite el enfrentamiento de los desafíos y la concreción de las propuestas educativas señaladas por la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América (AUSJAL).
- Se requiere de la doble adaptación de las *Características* y de la *Pedagogía ignaciana*, de la escala universal a la realidad latinoamericana, y del nivel general de la enseñanza secundaria a la educación universitaria.
- Para dotar de sentido a la formulación de un modelo universitario se requiere de la realización de un ejercicio, informado y reflexivo, de lectura de los signos y acontecimientos de la actual realidad, externa e interna de la universidad; de su relectura en función de determinados marcos cognitivos y valorales; y de la significación de tales interpretaciones para llevar el análisis a un cuestionamiento del hacer universitario, lo que se ve ratificado y lo que precisa de rectificaciones, para, desde allí,

deducir los desafíos que demandan cambios y ajustes en la planeación y producción universitaria.

La formulación de un modelo universitario implica un proceso colectivo de significación destinado a afirmar y explicitar los valores y los elementos esenciales —y la dinámica mediante la cual estos se relacionan e integran— que perfilan un estilo peculiar de ser y hacer universidad, y que determinan la teleología de las prácticas institucionales. En este sentido, en los esfuerzos para llegar a la formulación de un modelo universitario ignaciano importa, de manera decisiva, colocar el acento en el proceso más que en el producto (el texto), en la significación más que en la declaración (los términos), en lo esencial más que en lo coyuntural (las estructuras operativas), en la dinámica integradora más que en los elementos que lo componen, en los fines más que en los medios (estrategias y métodos).

Esos esfuerzos deben ser parte de un proceso que involucre de forma activa a los diferentes actores universitarios, al aprovechar la inteligencia y la experiencia académica, apostólica y social que existe en los sujetos que pertenecen a estas instituciones para suscitar diálogos reflexivos que integren las diferentes lógicas propias de sus prácticas cotidianas. La mayor involucración del personal permite evitar que el desgaste natural en la interpretación de los términos clásicos asociados a ese modelo, y la falta de participación de los académicos, puedan convertir cualquier iniciativa en esta línea en un simple ejercicio nominalístico, descontextualizado y cupular.

Con base en todo lo anterior el ITESO tomó la iniciativa de la organización de un seminario sin la pretensión de que emergiera de él el modelo propiamente como tal, sino con el ánimo de provocar un primer encuentro de diálogo sobre esta materia,

ordenando su análisis en función de los siguientes cuatro ejes temáticos:

- La tradición universitaria de la Compañía de Jesús: las aportaciones históricas del trabajo universitario de los jesuitas, las características tradicionales de la educación ignaciana, y los elementos centrales de los documentos oficiales de esa orden religiosa.
- Los elementos constitutivos del modelo universitario de inspiración ignaciana: el sustantivo *universidad* y el calificativo *ignaciana*, las lógicas apostólicas y las lógicas académicas, los elementos centrales que hoy deben subrayarse, lo específico de la oferta educativa ignaciana.
- Los valores esenciales del modelo universitario ignaciano: el proceso de valoración y los valores postulados por el modelo; la significación actual de algunos términos tradicionales tales como "excelencia académica", "excelencia humana", "compromiso social", "inspiración cristiana e ignaciana" y "comunidad educativa".
- Las propuestas para la acción universitaria de inspiración ignaciana: los quiebres culturales; las demandas y necesidades sociales a las que deben responder estas universidades; los retos y desafíos que deben asumir, y los verificadores del trabajo universitario.

Para abordar cada uno de esos ejes temáticos se siguió el método de conferencias, solicitadas tanto a sacerdotes jesuitas como a personal laico, que fueron precedidas de una breve introducción del tema y presentadas en la modalidad de panel, seguidas de un tiempo destinado a preguntas y comentarios. En seguida los participantes se reunieron a dialogar en grupos, coordinados por personal

académico del ITESO, conforme a pautas de trabajo previamente elaboradas. En el plenario final del seminario se presentaron las principales ideas y conclusiones generadas por los participantes.

El equipo organizador tomó la decisión de invitar como conferencistas a los sacerdotes jesuitas Gabriel Codina, Secretario para la Educación de la Compañía de Jesús; Theodoro Paulo Severino Peters, Presidente de la AUSJAL; Juan Lafarga Corona, Rector del Sistema Educativo UIA e ITESO; Carlos Escandón Domínguez y Xavier Cacho Vázquez, de la Universidad Iberoamericana, plantel Golfo Centro; y Pablo Humberto Posada Velázquez, Rector del ITESO. Asimismo, solicitó la participación como conferencistas de las siguientes personas del ITESO: Raúl Fuentes Navarro, Profesor Numerario del Departamento de Estudios Socioculturales; Juan Jorge Hermosillo Villalobos, Jefe del Departamento de Procesos Tecnológicos e Industriales; Jorge Alejandro Narro Monroy, Jefe del Centro de Investigación y Formación Social; Miguel Bazdresch Parada, Profesor Emérito del Departamento de Educación y Valores; y Alberto Vásquez Tapia, Asistente de la Rectoría.

El contenido de las reflexiones expresadas por los conferencistas y una síntesis del análisis realizado por los participantes en las mesas de trabajo grupal, se presentan en este nuevo libro de producción colectiva, dedicado a las comunidades educativas universitarias interesadas en significar y actualizar los elementos jesuíticos e ignacianos que dotan de un estilo propio y de una impronta peculiar a los colegios y universidades de la Compañía de Jesús.

... CAPÍTULO I...

LA RED DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS

LA RED DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS *

*Gabriel Codina, S.J.***

Desde sus comienzos, la Compañía de Jesús estuvo estrechamente vinculada al ambiente universitario. Hay que buscar los orígenes de la Compañía en los claustros de la Sorbona, donde Ignacio de Loyola reunió a su alrededor a un puñado de universitarios cautivados por su gran personalidad.

Los primeros compañeros jesuitas se dirigían unos a otros en su correspondencia llamándose con toda naturalidad por sus títulos universitarios: doctor, maestro, bachiller, licenciado, a la usanza de la época. Para aquellos hombres, la universidad fue el comienzo de una aventura apasionante en torno a un universitario, ya entrado en años, graduado en artes en la Universidad de París: el maestro Ignacio.

En Alcalá, Salamanca y París, Ignacio de Loyola vivió la experiencia personal del mundo universitario como encrucijada de la fe y de la cultura, e intuyó el formidable potencial que encerraba la universidad como instrumento apostólico. Los primeros jesuitas

* Conferencia.

** Secretario de Educación de la Compañía de Jesús, Roma.

se reclutaron de entre los académicos y estudiantes de las universidades de aquellos tiempos. A lo largo de toda su historia, la Compañía de Jesús ha reafirmado la validez de aquella intuición fundamental de Ignacio a través del trabajo sostenido en el campo universitario. Así sea en sus propias universidades o colaborando en otras instituciones, la Compañía de Jesús se ha comprometido desde hace siglos con la ciencia y la cultura en el campo de la educación superior.

No haré aquí la historia de la larga trayectoria de la presencia de la Compañía en el mundo universitario. Presentaré en primer lugar un esbozo general de la educación superior de la Compañía de Jesús. Expondré a continuación sus alcances como cuerpo o como red y, por último, formularé la que a mi parecer constituye la problemática más importante en ese renglón en la actualidad y de cara al futuro.

Revisión general a la educación superior de la Compañía

Alrededor de 3 mil jesuitas trabajan hoy en 191 instituciones de educación superior (IES) de la propia Compañía, que cuentan con un universo de más de medio millón de estudiantes al año. Los y las docentes se cuentan por millares. Las IES de la Compañía comprenden las universidades propiamente dichas, los *colleges* (en los países de tradición universitaria de origen británico o de Estados Unidos), una gran variedad de escuelas, facultades e instituciones de nivel terciario, facultades de filosofía y teología para la formación tanto de los jesuitas como de otras personas interesadas en estos estudios y cierto número de residencias universitarias o colegios mayores.

Merece la pena notar que la educación, tanto secundaria como terciaria, es el campo apostólico que absorbe mayor número de jesuitas: más de la cuarta parte de la totalidad (28%) trabaja en el campo educativo. Tan sólo esta proporción representa un buen indicador de la importancia que la Compañía asigna al apostolado de la educación.

Sin embargo, el compromiso de la Compañía con el mundo universitario no se ejerce solamente a partir de sus propias universidades o de sus IES. Un número muy significativo de jesuitas también trabaja en instituciones que no pertenecen a la Compañía, o se dedica a la investigación en diversas áreas dependientes de otras muchas organizaciones.

En cuanto a su distribución geográfica, las IES de la Compañía abarcan 46 países de todos los continentes. El 90% de las universidades y *colleges* se concentra en Asia y en el continente americano: Asia representa un 41%, Estados Unidos y Canadá un 31%, y América Latina un 18%. El 10% restante corresponde en su mayoría a Europa y, en una mínima proporción, al Medio Oriente y África. En Estados Unidos el número de universidades supera al de los *colleges*, mientras que en India la fórmula más común es la de estos últimos.

En América Latina prevalecen las universidades como tales, aunque no todas de igual magnitud. En cuanto a número de instituciones que se abocan a la educación terciaria (escuelas superiores, institutos, facultades) Europa va a la cabeza, lo mismo que en residencias universitarias. De igual manera, Europa ocupa el primer lugar en lo que se refiere al número de facultades de filosofía y teología. Esta distribución geográfica se presta a múltiples reflexiones.

De las actuales universidades jesuíticas, las más antiguas fueron creadas a comienzos del siglo XIX, luego de la restauración de la Compañía (1814). Varias de ellas retomaron el nombre y la herencia histórica de instituciones fundadas antes de la supresión de la orden (1773). En ese su periodo de extinción, excepcionalmente llegaron a crearse o a funcionar algunas universidades de inspiración jesuítica, como la Universidad de Georgetown (1789), o algunas continuaron siendo dirigidas por jesuitas, como la Academia de Polock (1812) en Bielorrusia. La mayoría de las universidades de América Latina se crearon hacia mediados de este siglo, por lo que puede considerárseles, por consiguiente, como instituciones jóvenes.

Desde el punto de vista económico, por regla general, las IES de la Compañía, o que han sido confiadas a ella, no gozan de subvenciones de fondos públicos, salvo en el caso de algunos países con tradición universitaria de origen británico (India), donde los *colleges* perciben algún tipo de subvención que, en cualquier caso, no alcanza para cubrir la totalidad de los costos de su funcionamiento. Estas subvenciones resultan cada vez más insuficientes y tienden a desaparecer dentro de la actual política global de privatización de los servicios educativos.

En los países con régimen de separación Iglesia-Estado, las IES quedan, en general, al margen de cualquier clase de subvención directa de fondos públicos, con la consiguiente carga económica y financiera que ello supone. Resulta evidente la problemática que este hecho plantea desde el punto de vista de la no discriminación económica y social del alumnado.

La recaudación de fondos (*fund-raising*) para la dotación de la institución —como era el caso de todas las instituciones educativas de la Compañía que hasta la creación del Estado moderno gozaron

de la gratuidad—, se constituye así en una necesidad imperiosa y en la preocupación dominante de muchas instituciones. Los esfuerzos por volver accesible la educación a través de fundaciones, becas, fondos sociales, ayudas de diverso tipo, son características de toda institución de educación superior de la Compañía.

La estructura de gobierno de las IES ha cambiado radicalmente en pocos años. En el esquema clásico, un rector jesuita dirigía la institución con un consistente grupo de jesuitas a su derredor, y se ubicaban en instalaciones y campus propiedad de la Compañía. La comunidad jesuita y la obra se identificaban totalmente y contaban con una proximidad hasta física. El rector respondía ante el Provincial, o ante el Padre General de la Compañía de Jesús, en una clara estructura vertical, muy propia de las organizaciones de la Iglesia, donde las instancias de participación parecían reducirse al nivel de consulta.

Este esquema tradicional fue transformándose poco a poco hasta alcanzar la variedad de modelos de universidad con que contamos en la actualidad. Dé forma paralela a las IES de la Compañía, surgieron otras que no son de su propiedad, sino que le fueron confiadas. La Compañía asumió de esa forma una responsabilidad compartida con otras instituciones (conferencias episcopales, diócesis, organizaciones eclesíásticas o civiles), sobre la base de contratos o convenios específicos. Por otra parte, la exigencia de una gestión empresarial moderna y la necesidad creciente de una diferenciación de funciones y redistribución de responsabilidades, trajeron consigo nuevas estructuras más participativas.

Se crearon así directorios, consejos directivos (*boards*) y otras instancias que hoy configuran una nueva estructura de gobierno, tanto para las instituciones de la Compañía como para las confiadas a ella. Desde el punto de vista jurídico, la Compañía tiende cada

vez más a ejercer sus responsabilidades y a delimitar sus derechos de propiedad a través de asociaciones civiles, sociedades, fundaciones, patronatos, u otras figuras legales.

Se verifica así un verdadero proceso de secularización, muy propio de la sociedad moderna, por el que las instituciones de la Iglesia se avienen a las reglas de funcionamiento de la sociedad civil, aunque sin decremento de sus objetivos propios. La misma Compañía de Jesús en su Congregación General 32 (1975), urgió la distinción entre comunidades de jesuitas e instituciones apostólicas en lo referente al destino, usufructo y administración de los bienes. Recomendó, asimismo, la separación de comunidades y obras como personas morales distintas, canónicas o civiles, "quedando siempre a salvo la finalidad apostólica de la institución y el poder de la Compañía para dirigirla a esa finalidad".¹ La aclaración no es casual. Cualquiera que sea la figura jurídica, y a quien quiera que pertenezca la propiedad, permanece bien claro el objetivo de la institución y el motivo por el que la Compañía desea conservar autoridad sobre ella: la educación es un ministerio apostólico.

Las nuevas estructuras de gobierno traen consigo implicaciones que afectan muy de cerca el funcionamiento institucional. Volveremos sobre ello más adelante.

La educación superior como cuerpo apostólico

Ignacio de Loyola concibió a la Compañía como un "cuerpo apostólico único", al servicio de una misión universal. "No sacamos

1. *Congregación General 32 de la Compañía de Jesús*, decreto 12, núms. 19-20.

partido de todas las posibilidades que tenemos por el hecho de ser un cuerpo apostólico internacional", decía en 1990 el P. Kolvenbach.² El potencial de las IES de la Compañía no se aprovecha en plenitud.

Los documentos más recientes de la Compañía insisten en la necesidad de su operación como cuerpo, e invitan a la constitución de redes. En su reciente visita a Guatemala, el Padre General de la Compañía de Jesús animaba a "constituir una red educativa ignaciana, estableciendo fuertes lazos de unión y cooperación entre todas las obras. De manera que, respetando la identidad y las competencias propias de cada una, se aprovechen las potencialidades de un cuerpo apostólico eficiente al servicio del Reino".³

La necesidad de una mutua colaboración entre IES ha venido acrecentándose cada vez más, especialmente en las últimas décadas. Este espíritu se ha visto reforzado con la conciencia global de un universo donde la interrelación y la comunicación universal se acentúan día a día. Examinemos de forma rápida el proceso que ha ido verificándose en la constitución de esta red.

En el ámbito de la Iglesia, en 1949 nació la Federación Internacional de Universidades Católicas (FIUC), dependiente de la Santa Sede, que inició un proceso de acercamiento y trabajo conjunto entre las universidades de la Iglesia.

En el ámbito de la Compañía, al margen de la mayor o menor relación que existió siempre entre universidades, fue sintiéndose cada vez más la necesidad de articular una colaboración estable

2. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Alocución a la primera congregación de provinciales", 1990. *Cfr. Congregación General 34*, decreto 18, núm. 3.

3. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Alocución a los laicos y jesuitas de las obras educativas de la Compañía de Jesús", Guatemala, enero de 1998.

entre las universidades. Mencionaré de forma breve los principales hitos que, al interior de la Compañía, han contribuido a imprimir sentido de unidad al trabajo universitario, y han ayudado a la consolidación de redes entre las IES.

Desde los años sesenta, el P. Pedro Arrupe, proyectó la Compañía a una dimensión universal, al promover proyectos de colaboración internacional, concretamente en el campo de la educación. Se verificaron varias reuniones regionales de universidades de la Compañía hasta que, en septiembre de 1968, se celebró en Roma un primer encuentro de universidades jesuitas. Fue entonces cuando se institucionalizó el trabajo conjunto de las universidades de la Compañía, y se convirtió en norma la convocación de reuniones periódicas de rectores que se realizan, por regla general, días antes de las asambleas generales de la FIUC.

En 1975 se llevó a cabo una nueva reunión en Roma, pocos meses después de finalizada la Congregación General 32, que reformulara la misión de la Compañía en términos de servicio de la fe y promoción de la justicia.

En 1985, en la reunión de las IES de la Compañía celebrada en Frascati, el P. Peter-Hans Kolvenbach, General de la Compañía, pronunció el primero de sus discursos programáticos: "La universidad jesuítica hoy". Las alocuciones del P. Kolvenbach a las universidades han marcado de manera decisiva la trayectoria de las IES de la Compañía, en especial las pronunciadas en Georgetown (1989).⁴ La más reciente Congregación General de la Compañía

4. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "En el centenario de la Universidad de Deusto" (1987); "A la asamblea de enseñanza superior de los jesuitas de los Estados Unidos" (Georgetown, 1989); "Conmemoración del pasado para el futuro" (Georgetown Preparatory

(1995), incluyó también un importante documento sobre el apostolado universitario de la Compañía.⁵

Después de Frascati, los rectores, presidentes y principales de las universidades, *colleges* e IES de la Compañía se reunieron sucesivamente en Toulouse (1991), Georgetown (1994) y Santiago de Chile (1997). En 1994 se constituyó el ICJHE (International Committee on Jesuit Higher Education), como instancia consultiva del Secretariado de Educación de la Compañía para las IES. Este comité está compuesto por cinco representantes de las IES de la Compañía en las respectivas regiones del mundo.

Entre tanto van tomando cuerpo las redes de instituciones de educación superior de la Compañía: Jesuit Educational Association, JEA (India, 1961); Association of Jesuit Colleges and Universities, AJCU (1970); Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina, AUSJAL (1985); East Asia and Oceania Jesuit Education Conference for Colleges and Universities, EAOJEC-CU.

School, 1987); "La universidad: espacio para la unidad de las ciencias" (discurso en la Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 1990), "Educación y valores" (Universidad Iberoamericana, México, 1990), "Apostolado educativo, familia y sociedad nueva" (A la comunidad educativa del ITESO y del Instituto de Ciencias, Guadalajara, 1990), "En el centenario de la Universidad Pontificia Comillas" (Madrid, 1992); "Eduquer des hommes et des femmes aujourd'hui dans l'esprit de Saint Ignace" (docentes del ICAM, Toulouse, 1996); "Address to Jesuit Principals" (Mumbai, 1997); "Universidad, fe y cultura" (Universidad Rafael Landívar, Guatemala, 1998); "Apostolado de frontera y universidad católica" (Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, 1998). Muchos de estos trabajos se encuentran recopilados en: *Selección de escritos del P. Peter-Hans Kolvenbach* (1983-1990), Provincia de España (1992), *Kolvenbach en México* (ITESO, Guadalajara, 1990), *El Padre Kolvenbach en Colombia* (Bogotá, 1990).

5. *Congregación General 34*, decreto 17.

Además de las anteriores redes, existen muchas otras asociaciones y redes nacionales e internacionales con objetivos, alcances y características muy diversas. Su enumeración resultaría interminable. Estas redes, constituidas sobre todo por académicos jesuitas que trabajan en el campo de las ciencias positivas: la matemática, las ciencias sociales y otras, alcanzan cada vez mayor cobertura y adquieren insospechadas dimensiones y perspectivas, especialmente a través de Internet.

La red en marcha

La red de educación superior de la Compañía es hoy una realidad. Con sus logros y sus dificultades, la red se encuentra en marcha con propuestas y acciones concretas en el campo de la colaboración interinstitucional. Las reuniones internacionales, realizadas desde 1968 hasta hoy, han sido algo más que un simple ejercicio académico. Presentaré a continuación algunos de los más importantes temas que a lo largo de estos años han resultado la preocupación dominante de la red de educación superior de la Compañía, y la temática con la que se enfrenta en este momento.

Se ha dado una clara evolución de la red en los últimos 20 años. En un principio, el acercamiento mutuo y la colaboración internacional parecían los temas dominantes, en el marco de una identidad común asumida por todos. A partir de 1975, a raíz de la Congregación General 32, saltó a primer plano el tema de "la fe y la justicia". Este *leit-motiv*, así como los de la "opción por los pobres" y la "inculturación", no abandonarán en adelante la educación superior de la Compañía. El P. Arrupe en su discurso final invita a los jesuitas a cumplir con un "rol profético" en las universidades.

Son años de duro cuestionamiento institucional que pone en duda la capacidad de las instituciones educativas de contribuir a la justicia y al cambio. Ante las acusaciones a la universidad como parte integral de estructuras injustas y del sistema dominante, cundió una sensación de abandono. La desafección de muchos, incluidos los jesuitas, hacia el trabajo educativo como contrapuesto al trabajo social, trajo como consecuencia una gran desazón y la desestabilización, de hecho, de muchas instituciones.

En 1983, la Congregación General 33 tuvo que dar un espaldarazo a la educación de la Compañía, atacada desde tantos frentes, al ratificar que "el apostolado de la educación y el intelectual deben ser considerados de gran importancia entre los ministerios de la Compañía", y el hecho de que pueden contribuir grandemente a la "liberación plena e integral del ser humano" siempre que se ejerciten a la luz de la misión de la Compañía hoy.⁶ La educación de la Compañía necesitaba de esas palabras de ánimo y de ese voto de confianza.

En 1985, en la reunión de Frascati, la red de educación superior volvió al tema de la justicia y de los pobres. El P. Kolvenbach subrayó entonces el carácter apostólico del trabajo universitario y la enorme contribución que pueden hacer las universidades a la causa de la justicia en el mundo. De nuevo aclara que la opción por los pobres, o la promoción de la justicia en nombre del Evangelio, no está en conflicto con el apostolado de la educación. Nuestras universidades, al ser de verdad católicas, debían dar testimonio de esta prioridad.⁷

La red de universidades de la Compañía asumió el reto. Fueron años marcados por la efervescencia de la transformación. Se

6. *Congregación General 33*, decreto 1, núm. 44.

7. Kolvenbach, Peter-Hans, s.j. "La universidad jesuítica hoy", Frascati, 1985.

elaboraron cartas de principios y declaraciones de misión, se revisaron las estructuras y la práctica universitaria en la búsqueda de coherencia con ella, se pusieron en marcha programas de servicio a la comunidad y a los marginados, se estrechó la cooperación entre universidades del primer y del tercer mundo, se realizaron investigaciones y estudios, se tomó posición ante los problemas sociales, económicos y políticos, se ofrecieron propuestas concretas para los problemas que afectan a la realidad ambiente, se buscó la integración entre fe y cultura, y se potencializó la labor pastoral.

En una palabra, de muy diversas maneras la educación superior de la Compañía tomó en serio el desafío de la fe y la justicia. Para muchas instituciones y personas, el precio que hubo que pagar condujo a la contradicción, la persecución y hasta al testimonio del martirio. El camino no ha terminado y queda todavía mucho por andar. Pero resulta innegable el esfuerzo de la red de educación superior de la Compañía por responder a los nuevos desafíos y por transformar su modo de actuar. Las universidades y las IES de la Compañía no son hoy lo que eran hace 20 años. En 1995, la Congregación General 34 afirmó que ni la universidad como forma institucional, ni el compromiso de la Compañía con la vida universitaria, necesitaban de nueva defensa.⁸ La situación se había revertido.

Sin embargo, el mundo de la educación superior se encuentra lejos de caer en la autosatisfacción. De manera permanente surgen nuevos desafíos e inquietudes, producto tanto de los profundos cambios económico sociales que transforman al mundo, como de

8. *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 2.

las nuevas corrientes que se abren paso en la Iglesia y en la Compañía.

Mencionemos entre ellos el problema de la identidad, la colaboración jesuitas-laicos, el carácter jesuítico o ignaciano de las IES de la Compañía, la espiritualidad y la pedagogía ignaciana. Varios de estos temas fueron planteados por la Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*,⁹ tal como el de la identidad y misión de la universidad católica. Otros cobraron actualidad a raíz de la última Congregación General de la Compañía (1995), principalmente en lo que toca a los desafíos de la justicia, la cultura y el diálogo.

La problemática del momento

Para conocer el momento en que se encuentra la red de educación superior de la Compañía, en cuanto a problemática y proyectos en curso, tal vez convenga referirse a la última reunión de rectores de las universidades y de las IES de la Compañía celebrada en Santiago de Chile en octubre de 1997.

El punto de partida fue el planteamiento de la Congregación General 34 de la Compañía (1995), que presentó como única razón de ser de la Compañía de Jesús la misión. Servir a ella es el punto focal de la Compañía de Jesús. Misión que no es otra que la de Cristo y que se inscribe en la misión evangelizadora de toda la Iglesia.¹⁰ Esta misión tiene para la Compañía tres dimensiones estrechamente entrelazadas entre sí como ramas de un mismo tronco: la justicia, la cultura y el diálogo.

9. Juan Pablo II. *Constitución apostólica sobre las universidades católicas*, 1990.

10. *Congregación General 34*, decreto 2.

Estas tres dimensiones no constituyen nuevos objetivos para la Compañía, sino que vienen a ser una formulación actualizada de su misión fundamental, que continúa siendo la misma: el servicio de la fe y la promoción de la justicia.

La red de educación superior reunida en Santiago se propuso:

- 1) Analizar los principales desafíos de la realidad en las distintas regiones del mundo, desde la perspectiva de la justicia, la cultura y el diálogo.
- 2) Buscar la manera como la educación superior de la Compañía puede responder a tales desafíos.

Todo ello con el propósito de:

- 1) Determinar la aportación específica de las universidades y de las IES de la Compañía como tales para brindar una solución a esta problemática.
- 2) Buscar la manera de articular algún o algunos proyectos comunes entre todas las instituciones de la red.

Los resultados de la reunión trazan un cuadro completo de la problemática a la que se enfrenta hoy la educación superior de la Compañía y el punto donde se encuentra. De Asia hasta América y Europa, y de Norte a Sur, llama la atención la coincidencia en una problemática común. Señalemos a manera de síntesis algunos de sus temas.

- La pobreza, nuevo rostro de la injusticia hoy, fue la preocupación dominante en la totalidad de los informes. En distintos contextos geográficos y culturales se percibió una misma realidad: brecha creciente entre ricos y pobres, marginalización, exclusión

bajo todas sus formas (racial, de género, cultural, política, económica, etc.), explotación (mano de obra, trabajadores migrantes, etc.), desempleo.

No resultó difícil la identificación de las principales causas de esta realidad en la manera como se aplican: el libre mercado, la globalización de la economía, y las medidas de ajuste estructural, entre otras.

Relacionados con este mismo tema, salieron a la luz el creciente materialismo y consumismo, la corrupción, la contaminación ambiental, la constante disminución del rol social del Estado, la disgregación de la familia.

El problema de la pobreza se consideró como ineludible para la agenda de las IES de la Compañía.

- La cultura, en toda la extensión del término y con todas sus ambigüedades, resultó otro de los temas que dominaron las discusiones. Cultura de la tecnología y de los medios, cultura de la información y de la comunicación, cultura de la pobreza y de la violencia, nueva "cultura mundial", cultura dominante y dominada, y el choque cultural entre Oriente y Occidente, Norte y Sur, ricos y pobres, que no conoce fronteras.

El abanico de temas conexos apareció en toda su extensión: Iglesia y mundo, secularismo, culturas tradicionales e invasión cultural, pluralismo religioso y cultural, posmodernismo. Se hizo hincapié en la concepción de la persona y del mundo, los valores, la ética, la bioética, la ecología, la democracia, la participación política, la sociedad civil.

Hacia el futuro

La misión, como punto focal de todo el ser y quehacer de la Compañía de Jesús, emergió en definitiva como la única razón que da sentido a nuestra educación superior. Se reafirmó la necesidad de vincular en la práctica el trabajo universitario con la misión, y no solamente con las declaraciones de principios. Este objetivo no puede llevarse adelante si docentes, estudiantes y la totalidad de la comunidad universitaria no se incorporan a ella. La misión debe colocarse en el centro de la cultura universitaria; es decir, en ese modo de proceder propio de la universidad —por usar una expresión ignaciana—, que como el aire que se respira, o mejor, como el espíritu, lo llena todo y lo penetra todo.

Los rectores y demás representantes de la red que se reunieron en Chile insistieron en la necesidad de socializar la misión. Las preguntas que fueron consecuencia de los trabajos de grupos resultaron candentes: ¿conocen los docentes de verdad en qué consiste esta misión de la Compañía?, ¿conocen los ejercicios espirituales de san Ignacio, lo que dicen los documentos de las congregaciones generales con relación al mundo universitario?,¹¹ ¿conocen la pedagogía ignaciana?, ¿la conocen los estudiantes y los demás miembros de la comunidad universitaria?, ¿qué estamos haciendo los jesuitas para darlo a conocer y compartirlo?

La impresión general de los rectores en Santiago era que este espíritu no siempre se asumía y compartía en los claustros, y que se hacía necesario un mayor diálogo al interior de la universidad, como metodología permanente de mutua interacción.

11. *Congregación General 34*, decretos 17, 13 y 14.

Las conclusiones unánimes de los representantes de las IES de la Compañía en Santiago, fueron únicamente dos, pero resumen bien el punto en que se encuentra en la actualidad la educación superior de la Compañía, y las prioridades del momento en el ámbito mundial. Al mismo tiempo vienen a dar respuesta a los temas mayores de la pobreza, la cultura y la misión, que surgieron en la reunión como preocupaciones dominantes.

- La primera se refiere a la formación de los estudiantes, a partir de una metodología del aprendizaje que surja de la experiencia y del servicio. Esto supone exponerlos a un contacto con la realidad de los pobres y marginados. Esta experiencia debe acompañarse de una rigurosa reflexión intelectual que conduzca al compromiso y a la acción. (Es fácil la identificación en este proceso de las etapas clásicas de la pedagogía ignaciana: contexto, experiencia, reflexión, acción, evaluación).
- La segunda se relaciona con la formación del profesorado, mediante una puesta al día de los directivos y personal docente, tanto laicos como jesuitas, acerca de los temas de la misión de la Compañía en la educación superior. El objetivo es lograr que todos se comprometan en la misma misión, cada uno desde su puesto y con su función específica.

Ambas conclusiones constituyen los proyectos comunes que todas las IES de la Compañía se comprometen a llevar adelante, cada una conforme a su propio contexto cultural, político, económico, social, religioso. Se solicitó a la totalidad de las universidades y demás instituciones la realización de un esfuerzo por compartir e intercambiar ideas acerca de la manera de instrumentar ambos proyectos. Se pidió igualmente al Secretariado de Educación que coordinara el intercambio de iniciativas y de información entre las

cinco grandes regiones en que se distribuye la educación superior de la Compañía.

Conclusión

En estos dos proyectos, en apariencia muy sencillos, se empeña la red de la educación superior de la Compañía a escala mundial. El reto está en el aire.

Si tuviera que resumir en una frase todo lo expuesto hasta aquí diría que *la educación es una misión*. Encontrar y dar sentido a la docencia y a la investigación, a partir de la identificación y el compromiso con la misión, siempre con el polo a tierra del contacto con la realidad y la problemática ambiente, transforma no sólo a las personas sino a la universidad y al país. Directivos, docentes y estudiantes comparten conjuntamente la misma misión.

La misión es lo que hace la diferencia entre una institución de educación superior de la Compañía y cualquier otra institución. El tema de la misión no resulta nuevo ni extraño. Hace 40 años inició la marcha de un largo camino que emprendieron muchos caminantes, inspirados por Ignacio, a quien le gustaba denominarse "el peregrino". No estamos solos ni perdidos en el camino. Peregrinamos todos juntos. La misión continúa.

LA EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS

Universidades / colleges

Países	Número
India	32
Estados Unidos	28
México	6
Filipinas	5
Japón	4
Francia	4
Canadá	4
Brasil	3
España	2
Gran Bretaña	2
Venezuela	2
Otros	11
Total	103

Continentes	Número
Asia	42
Estados Unidos y Canadá	32
América Latina	22
Europa	8
África	1
Próximo Oriente	1
Total	103

Educación terciaria

Países	Número
Italia	7
España	6
Francia	5
Brasil	4
India	2
Irlanda	2
Otros	8
Total	34

Continentes	Número
Europa	22
América Latina	6
Asia	4
África	1
Próximo Oriente	1
Total	34

Residencias universitarias

Países	Número
España	6
Australia	4
Italia	3
Tailandia	2
Hong Kong	2
Otros	5
Total	22

Continentes	Número
Europa	11
Asia	7
Australia	4
Total	22

Facultades de teología y filosofía

Continentes	Número
Europa	14
Asia	7
Estados Unidos y Canadá	5
América Latina	3
África	3
Total	32

Total de IES de la Compañía de Jesús

Continentes	Número
Asia	60
Europa	55
Estados Unidos	37
América Latina	28
África	5
Oceanía	5
Próximo Oriente	1
Total	191

LA RED DE EDUCACIÓN SUPERIOR DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS EN AMÉRICA LATINA *

*Paulo Severino Theodoro Peters, S.J. ***

Traducción de Juan Carlos Solís

Introducción

Con el pontificado del papa Juan XXIII la Iglesia vivió una primavera y un renacer de sus fuerzas más íntimas al convocar al concilio ecuménico Nuevo Pentecostés. Fue un acontecimiento que marcó al siglo y a la Iglesia católica al echar una mirada sobre sí, su acción pastoral y su misión. La Iglesia abrió al mundo su vocación universal, dialogó con la modernidad, con la realidad, con el nuevo orden mundial. Estableció cooperación con otras iglesias, con otras religiones.

Tiempo de optimismo, tiempo de renovación. Fase de *aggiornamento* vuelta a sus raíces, renovación de la vida religiosa, regreso a

* Conferencia.

** Rector de la Universidad Católica de Pernambuco (UNICAP), Presidente de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL), Brasil.

las fuentes, fidelidad a los carismas para una mayor coherencia con la intención, con el carisma fundador, constitutivo de la propia Iglesia, de las diversas familias religiosas. Proceso de ambientación, de idas y vueltas, de búsquedas de cooperación. Percepción de los puntos comunes de unión, contribución y aceptación del nuevo proceso en la conducción de problemas estructurales, coyunturales, crónicos.

Con base en el concilio fue notándose la necesidad de una nueva respuesta para declarar la identidad, la misión y la vocación de cada familia religiosa. Así, la Compañía de Jesús convocó a su magna Congregación General 31, que mostró líneas directrices de acuerdo con los deseos de la Iglesia al promulgar los decretos del Concilio Vaticano II.

Fue un gran paso hacia cambios de mentalidad, de interpretación, de renovación. Sus trabajos concluyeron el 16 de noviembre de 1966. Años después, la Congregación General 32 reinterpretó esos acontecimientos y forjó la expresión actualizada de la misión de la Compañía al percibir el nexo entre la causa generadora de la injusticia o miseria y la que es consecuencia del llamado *efecto-estructura*, principalmente en el tercer mundo, en América Latina. Sus decretos se publicaron el 8 de mayo de 1975.

Fue también un tiempo privilegiado en el acontecer de la Iglesia latinoamericana con las asambleas de Medellín y de Puebla, donde se hablaba claramente de la necesidad de liberación, donde se acuñó la expresión "opción preferencial por los pobres". La percepción del nexo entre confesar la fe, entre devoción cristiana profunda y acción por la justicia en defensa del oprimido, del pobre, del marginado, no fue inmediata ni con ausencia de sufrimiento y de largos dimes y diretes. Hubo un gran debate, y poco a poco fue

asimilándose una nueva mentalidad, un lugar común para el trabajo apostólico.

Ese clima de crecimiento, de cambio, de voluntad, permitió a la Compañía de Jesús, y a otras congregaciones educativas, convivir con la fuerte tensión entre el apostolado social directo (inserción en los medios populares) y el apostolado educativo institucionalizado. No resultaba fácil lograr una integración articulada. El apostolado educativo institucionalizado había ganado fama de tradicional, de reforzador del consolidado *status quo* social. Parecía como si reforzara las estructuras de opresión, que en el caso de América Latina se manifestaba en un contexto representado por muchos gobiernos de tipo autoritario y dictatorial. Los estudiantes que asistían a nuestros colegios y a nuestras universidades continuaban separando el trabajo profesional de la fe. En algunas asambleas provinciales se votaba, en ocasiones, por el cierre de alguna obra educativa, principalmente de colegios. Muchas instituciones universitarias se mantuvieron a distancia del conflicto, como si el mundo académico fuera neutro o estuviera por encima, o más allá, de las controversias. Hubo malestar en algunas provincias, cuyos estudiantes jesuitas no percibían que la institución educativa se mantuviera alineada con la misión de la Compañía de Jesús para la que fue formada. Se vivía un momento álgido cuando el actual Padre General convocó en 1985 a los rectores y directores de instituciones universitarias de la Compañía de Jesús, a un coloquio en Vila Tuscolana, Frascati; en su conferencia inaugural declaró que la misión de la universidad de la Compañía de Jesús era el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Añadió que si la universidad no llevaba a cabo esta misión la Compañía de Jesús no cumpliría entonces con su misión universal.

La Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina

En este contexto surgió el embrión de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL). Después de la reunión general en la Curia Generalicia, se convocó a una más de los representantes de América Latina para que se lanzaran las bases de nuestra vasta red latinoamericana. Desde su inicio el 10 de noviembre de 1985, la AUSJAL quiso dar respuesta a los deseos de la Compañía de crear organismos que apoyaran, incentivaran y generaran la cooperación internacional interinstitucional. En reuniones posteriores (Río de Janeiro, 1987; Quito, 1990) la asociación fue consolidándose, estructurándose, institucionalizándose. En enero de 1995 se completó el largo trabajo de intensa participación que, a lo largo de cuatro años, representó la redacción, durante la Congregación General 34, de los *Desafíos de América Latina y propuestas educativas AUSJAL*. Se lanzaron entonces las bases para nuestro trabajo común, de consenso, de aproximación, trabajo de argumentación. Nuestras comunidades universitarias participaron en la difusión del documento y en la elaboración de ideas clave para el perfeccionamiento del texto propuesto. Se trataba de un texto general a interpretarse y adaptarse a cada situación, a cada circunstancia. No hay que olvidar que las 22 instituciones afiliadas a la asociación están distribuidas en 12 países y se expresan oficialmente en dos lenguas, castellano y portugués; y que las lenguas indígenas también tienen presencia.

Se trata de instituciones autónomas, con especificidades, con puntos fuertes y con debilidades. Son instituciones de renombre en sus respectivos países, que viven situaciones parecidas a las de sus similares en la red pública y en la red privada propiamente

dicha. Son instituciones de inspiración cristiana con decisiones comunitarias. Su estatuto jurídico no las contempla como instituciones comunitarias de derecho público no estatal. Desarrollar una cultura de filantropía representa una dura tarea cuando se tiene necesidad de recursos públicos, de exención de impuestos y aranceles, de incentivos para la importación de equipos científicos y de laboratorio para el desarrollo de estudios y de la investigación.

No siempre queda claro que una institución pública no estatal requiere de una aportación del estudiante por el servicio que recibe por parte de la institución.

Al mismo tiempo, se vive un momento de reajuste económico. Nuestras economías nacionales no son independientes, se comunican internacionalmente, sufren los impactos de las demás economías y exigen ser redimensionadas, lo cual normalmente afecta a nuestro proceso de financiamiento, desarrollo y continuidad de proyectos.

La contribución de la Congregación General 34 para el trabajo universitario en América Latina

La última Congregación General, contemporánea del documento de la AUSJAL, ofrece un amplio margen para el trabajo universitario de cada institución, y para la cooperación entre las afiliadas a la asociación. Algunos decretos muestran nuevos enfoques para llevar a cabo, con inspiración y creatividad, lo que se desea concretar. El decreto segundo nos dice que la misión es la de Jesucristo, la misión de Jesús tiene dimensiones para ser desarrolladas y conocidas por todos. Así, en el decreto tercero se manifiesta que nuestra misión es la justicia; en el cuarto, que nuestra misión es la cultura, y en el quinto, el diálogo interreligioso. El decreto 12 nos refiere al

ecumenismo. El decreto 13 alude a la colaboración con los laicos. El decreto 14 a la situación de la mujer en la Iglesia y en la sociedad. El decreto 15 nos habla sobre una nueva cultura y el decreto 16 sobre la dimensión intelectual del apostolado de la Compañía. Del mismo modo, el decreto 17 describe la vida universitaria, y el decreto 18 versa sobre la educación.

La Congregación ofrece una sólida y amplia base para que nuestras comunidades universitarias logren cohesión a fin de que sus integrantes, jesuitas y laicos, desarrollen la misión de Cristo como servicio. En la Asamblea de Guatemala, el padre Menéndez constató la gran complementación entre nuestro documento y las orientaciones de la Congregación General 34. La ventaja con que cuenta es que siendo universal, es una plataforma para la cooperación internacional a nivel mundial. A tal grado, que la reunión de rectores convocada para Santiago de Chile se refirió a este asunto justamente a partir del enunciado de la misión universal de la Compañía de Jesús.

Mencionaré a continuación algunos de los proyectos que se encuentran en marcha en las universidades reunidas en torno a la AUSJAL.

Proyecto de formación de capital humano para América Latina

Se firmó un convenio en la Universidad de Deusto (España), institución promotora de la formación de capital humano para América Latina. La Universidad de Deusto fue pionera en la recepción de una gran cantidad de profesores seleccionados por las universidades de la AUSJAL para proyectos de investigación y doctorado. Participan muchas universidades latinoamericanas, y la Universidad Católica de Pernambuco (UNICAP) cuenta actualmente con

22 profesores en fase de investigación o de redacción de su tesis doctoral.

Proyecto de intercambio de publicaciones entre las universidades de la AUSJAL

Gracias a este proyecto, acordado también en Deusto, nuestras universidades afiliadas intercambian entre sí la totalidad de sus publicaciones.

Propuesta de convenio para doctorado con la Universidad de Comillas y otras instituciones españolas

Las instituciones de la Compañía de Jesús en España se encuentran en proceso de conformación de una red y están dispuestas a establecer intercambios con la AUSJAL. El padre Juan Lafarga, comisionado por esta última, es el encargado de los estudios pertinentes.

Proyecto sobre la pobreza y el subdesarrollo

Se trata de un proyecto común de nuestras universidades coordinado por la Universidad Andrés Bello de Caracas. Cada una de las instituciones que participan en él, trabaja el tema de los orígenes de la pobreza. Es un proyecto ambicioso y que representa un gran desafío.

¿Tiene solución la pobreza en que están inmersas nuestras poblaciones y gran parte de la humanidad? ¿Es capaz la universidad de participar en la búsqueda de una solución en ese sentido? ¿Qué propuestas puede ofrecer?

Algunas universidades participan ya con gran disposición. Este proyecto ha sido pilar de la cooperación apostólica e intelectual entre todas las bases de la provincia mexicana: apostolado intelectual, apostolado universitario, apostolado social y de formación de jesuitas. De Brasil participan la UNICAP, con un grupo de cuatro profesores y seis estudiantes extranjeros; la Universidade do Vale do Rio dos Sinos (UNISINOS), con un equipo grande, y la São Luis de Sao Paulo, que cuenta con un investigador de tiempo parcial. Al parecer la Pontificia Universidad Católica de Río de Janeiro (PUC-RJ) también está muy motivada en este proyecto.

Red de informática CATI/AUSJAL

Por iniciativa del grupo de nuestros homólogos estadounidenses iniciamos una reunión en la Universidad Iberoamericana. Sufrimos posteriormente una serie de reveses para su continuidad. No obstante, surtió el efecto multiplicador de una red en la AUSJAL con la participación de directores y decanos de informática. Gracias a esa red es hoy posible el intercambio de información sobre equipos, programas y precios de instalación. Se creó un correo electrónico en tiempos en que Internet y los programas www y otros eran apenas un sueño. Contamos con redes de contactos y direcciones electrónicas en tiempo y velocidad real. La red permite, además, la actualización informática de bancos de datos para la investigación y la administración, como obtener información acerca de las bibliotecas y para la creación de redes de fibra óptica, entre otras. Es un campo muy dinámico que avanza de forma rápida. Por otro lado, abre un espacio para el intercambio de experiencias con Estados Unidos.

Red de administradores y economistas, International Association of Jesuit Business Schools

Se trata de una asociación que surgió por iniciativa e invitación de los decanos estadounidenses, que en la actualidad es muy fuerte y cuenta con gran participación. Promueve reuniones anuales y alentó a la AUSJAL para que creara su propio capítulo en la materia a fin de que se integrara a sus foros. Entre sus distintas preocupaciones ha prevalecido la formación de economistas y administradores en los valores de las éticas humana y cristiana. Favorece también la reflexión, la búsqueda de programas comunes y el intercambio de información.

El capítulo latinoamericano ha fomentado el intercambio de estudiantes y de profesores.

Red AUSJAL de apoyo a la pequeña y micro empresa

Se trata de un grupo especial del propio capítulo latinoamericano que logró ya su consolidación. Recientemente se verificaron dos reuniones, una en 1997 en Lima, Perú, donde fue elaborada la *Carta de Lima* y la red AUSJAL/PYME (pequeña y micro empresa); y la segunda reunión se realizó en enero de 1998 en la Universidad del Táchira, en Venezuela. La red tiene como meta lograr el desarrollo e instrumentación de la micro y pequeña empresa como solución a los diversos problemas de desarrollo de América Latina. Es una red prometedora, optimista y con futuro.

Red de teología

Es una red en formación que en la actualidad se encuentra organizando un gran seminario, a realizarse en Bogotá, Colombia, para

la atención en nuestros centros universitarios de teólogos, investigadores, asesores y profesores de cultura religiosa.

Red de ética y economía denominada Taller permanente de ética y economía

Fue iniciativa del Instituto Latinoamericano de Doctrina y Estudios Sociales (ILADES), y de la Universidad de Deusto. Se reúne de forma anual y tradicionalmente publica las actas de sus seminarios.¹ El próximo encuentro a realizarse en la UNICAP, será coordinado por el padre Paulo Meneses, y versará sobre ética y teoría económica y sus implicaciones para la docencia. La institución sede se encargará de la publicación de los anales. Este grupo solicitó formalmente su adscripción como organismo de la AUSJAL, por lo que se instituirá un sistema de informaciones sobre actividades relacionadas con el tema general "Ética y economía", que estará a cargo de la Universidad Iberoamericana, quien se propone ejecutarlo, además de fomentar el intercambio de profesores y estudiantes y establecer un doctorado interuniversitario sobre ética económica.

Red pastoral

Se han realizado ya algunos encuentros, el más grande fue el de Guadalajara, México, en colaboración con la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM). El grupo se reúne cada dos años e intercambia experiencias, éxitos y fracasos.

1. Su inspirador, el P. Mario Zañartu, y el profesor Nailton Santos, ambos promotores de estos encuentros, fallecieron en enero de 1998.

Red de comunicación social

Se constituyó oficialmente en octubre de 1997 en colaboración con la Comisión Jesuita para las Comunicaciones (JESCOM).

Red de estudiantes: Encuentro Latinoamericano de Estudiantes Ignacianos

El IV Encuentro será en la Universidad Iberoamericana plantel Santa Fe. Fundó el movimiento libertadores con sus propios estatutos y existen propuestas de conformación de un núcleo. Irradian optimismo.

Se encuentra en elaboración la propuesta hecha por Sarrià (Barcelona) sobre la constitución de una red internacional de investigadores y docentes en química. La red sobrepasa a la AUSJAL, sin embargo se conformará un capítulo latinoamericano para la preparación de estos encuentros internacionales.

Se creó una maestría en la Universidad Javeriana de Colombia abierta a todas las universidades de la AUSJAL, bajo la coordinación del padre Javier Sanin, para la formación de líderes políticos y de altos funcionarios.

Está programada la Reunión Iberoamericana de Programas en Educación de Universidades Jesuitas, prevista para los días 21, 22 y 23 de septiembre de 1998 en la Universidad Javeriana de Bogotá. El responsable es el doctor Rafael Campo Vázquez, decano de la Facultad de Educación.

Confío en haber ofrecido aquí una visión panorámica de cómo surgió, actúa, y se propicia el trabajo en común entre las universidades latinoamericanas de la red AUSJAL. No quisiera concluir sin hacer alusión al mensaje del Padre General para los rectores de la

Asamblea 14, realizada en Guatemala, donde se hicieron las siguientes anotaciones dignas de rescatarse aquí:

- La AUSJAL se ha convertido en una valiosa plataforma de encuentro, reflexión y acción de gran importancia para el trabajo conjunto de nuestras universidades.
- La propuesta educativa de la AUSJAL y su estudio en curso sobre la pobreza y el subdesarrollo son una muestra del deseo de cohesión y coherencia que les anima.
- Las universidades prestarán un gran servicio en la medida en que se diseñen e implementen ofertas concretas para la formación de laicos.
- Se invitó a "emprender un esfuerzo intelectual de gran envergadura en las ciencias sociales, la teología y la filosofía" para desentrañar los alcances del neoliberalismo desde el punto de vista científico, y su impacto sobre la sociedad y sobre la naturaleza.
- En términos propositivos, el aporte de la AUSJAL puede resultar determinante para la construcción de esa sociedad solidaria y fraterna, más cercana a la justicia del Reino, a la que aspiran la totalidad de los hombres y mujeres de este continente.
- Consolidar estructuras de comunicación y cooperación mutuas, tanto entre nosotros como con otras universidades.²

En esa misma asamblea, el padre Valentín Menéndez comunicó a los rectores dos inquietudes: la primera se refería a la evangelización de la cultura, la labor de reflexión y la producción teológi-

2. 6 de marzo de 1997 Col. 97/Part.

ca. Por mi parte me pregunto si en nuestras universidades la teología tiene la debida importancia y si nuestras facultades (de teología) no se encuentran demasiado lejanas de los sitios donde se produce la cultura, entre ellos las universidades.

La segunda inquietud del padre Menéndez se refería a si América Latina, desde el punto de vista cultural podía resultar más compleja que los países del primer mundo. Mi pregunta al respecto es si el estudio de las culturas está llevándose a cabo suficientemente entre nosotros. En ello radicaría la labor de formación en el análisis sociocultural que nos pide la Congregación General 34.

EL SISTEMA EDUCATIVO UNIVERSIDAD
IBEROAMERICANA/INSTITUTO TECNOLÓGICO Y DE
ESTUDIOS SUPERIORES DE OCCIDENTE *

*Juan Lafarga Corona, S.J. ***

Introducción

Una federación es la unión de entidades independientes vinculadas por algunos propósitos o estrategias comunes. Bastaría con la existencia de un propósito o de alguna estrategia común para que se diera una federación de entidades sociales.

Un sistema, en cambio, es la organización armónica, interactiva, de diferentes elementos en una acción común. Así descrito, estaríamos refiriéndonos a un sistema mecánico. Pero si además promueve desde adentro el desarrollo de la propia identidad individual y de la unidad, salud y bienestar del conjunto, nos enfrentaríamos a un sistema biológico, a un sistema psíquico, o a un sistema social.

* Conferencia.

** Rector del Sistema Educativo Universidad Iberoamericana/ Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, México.

Los sistemas sociales pueden constituirse de dos formas fundamentales, entre otras posibles. Primera, por decisión de una autoridad legítimamente constituida que marca los ámbitos de autonomía y subordinación de cada uno de los integrantes. Segunda, por acuerdo de todas las partes, quienes delimitan los ámbitos de autonomía y de interdependencia de cada una con las demás.

Las universidades de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, en 1996 contaban con características de ambas modalidades.

Estamos hablando, en esa época, de seis universidades establecidas, algunas económicamente solventes y prósperas, con un total de 25 mil estudiantes, 22,600 de licenciatura y 2,400 de posgrado; con 4,700 profesores, 800 de tiempo y 3,900 de asignatura; con 52 jesuitas de tiempo y 22 de asignatura, algunos de ellos con amplia formación y experiencia universitaria, fundamentalmente identificados con el modelo educativo de la Compañía de Jesús. Incluían además un amplio y creciente grupo de laicos, muchos comprometidos con el modelo y con una extensa formación y experiencia universitaria. Estas universidades contaban, asimismo, con prestigio de calidad académica y profesional. Eran también pioneras de varias carreras y programas de posgrado universitarios de alto impacto y sus 64 mil egresados trabajaban en todos los ámbitos de la actividad profesional, en la academia y en la educación, en la industria privada y en el gobierno, muchos de ellos líderes de opinión en el país.

Las cinco instituciones que conforman la Universidad Iberoamericana (UIA) constituían entre sí un sistema y formaban con el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) una federación.

El Sistema Educativo Universidad Iberoamericana adolecía en 1996, sin embargo, de las siguientes limitaciones:

- El Rector de Santa Fe lo era al mismo tiempo del Sistema y ejercía su autoridad según la personalidad de quien ocupara el puesto.
- Desde la Reforma Académica, en 1974, el gobierno de la universidad, al menos estatutariamente y muchas veces en la práctica también, radicaba en los cuerpos colegiados, de los cuales rectores, funcionarios y directores habían sido ejecutivos, aunque contaran también con ámbitos de autoridad unipersonal. Sin embargo, algunos rectores de las universidades procedían en forma muy independiente de sus cuerpos colegiados, o acomodaban los cuerpos colegiados a las exigencias de su estilo personal. Contaban con un Estatuto Orgánico promulgado por los rectores, sin aval explícito, aunque visto con respeto por parte de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús.
- Los acuerdos de la Junta de Rectores tenían un valor relativo, según el criterio individual de cada uno. El ITESO caminaba por su cuenta, con un mínimo grado de vinculación, a través de las juntas de homólogos y la colaboración en algunos proyectos de carácter aislado.
- El Comité Académico General y el Senado Universitario de Santa Fe eran la autoridad suprema del Sistema en lo académico. La gestoría de los servicios escolares y el intercambio de alumnos, tanto nacionales como extranjeros, se hacía también en Santa Fe.
- Aunque existía un Rector del Sistema, cada universidad acudía en forma unilateral al asistente del Provincial, o al propio Provincial, para asuntos universitarios de diferente índole, de suer-

te que la curia se convertía en recurso último y árbitro del Sistema.

- El modelo educativo estaba contenido en los documentos fundacionales y en los oficiales; en la práctica, sin embargo, se manejaba con enorme laxitud por cada una de las universidades.

Los acuerdos de los homólogos contaban con un valor impreciso y estaban sujetos siempre a las políticas administrativas de cada universidad.

- No existían objetivos ni planes estratégicos de conjunto, como sistema, y la misma autoridad de la Compañía de Jesús, con respecto a las seis universidades, resultaba estatutariamente oscura y ejercida en forma diferente según la persona que ocupara el puesto de Provincial.
- El así llamado Sistema Educativo Universidad Iberoamericana era en realidad una federación de universidades vinculadas fundamentalmente por algunos programas de estudio comunes y por la buena voluntad de laicos y jesuitas, enriquecida por las reuniones de homólogos que, sin embargo, estatutariamente no estaba reconocida como federación, sino como sistema.

Para atender esta problemática, el padre Carlos Vigil, entonces Rector de la Universidad Iberoamericana Santa Fe, a sugerencia del Provincial, José Morales, nombró una comisión para que formulara una propuesta que no sólo respondiera a la problemática descrita, sino que ofreciera elementos para la integración de un genuino sistema para la educación superior en la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús.

Los trabajos de dicha comisión se prolongaron por cuatro años. El nuevo Provincial, Mario López Barrio, habiendo estudiado el proyecto con sus asistentes, la consulta, los rectores de las univer-

sidades, la comisión formuladora de la propuesta y el recientemente designado Rector de Santa Fe y del Sistema, Enrique González Torres, tomó la decisión de emprender la segunda etapa del proceso con los propósitos que se enumeran a continuación, y que fueron explícitamente formulados el día de la instauración del primer Consejo de Educación Superior de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús y toma de posesión del Rector del Sistema, y en su introducción a la primera junta de rectores de la nueva etapa a donde también fueron convocados los rectores del Instituto de Teología y del Instituto de Filosofía.

- Que la Compañía de Jesús asumiera una responsabilidad claramente definida sobre la promoción de su modelo educativo en la educación superior de México, a través de un Consejo de Educación Superior que a este propósito fuera la autoridad suprema, compuesto por representantes de las seis universidades, dos representantes de los rectores, el representante del Provincial, el Secretario del Consejo y el Rector del Sistema.
- Que las universidades de las que se responsabilizara la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús tuvieran como suprema autoridad, en lo académico y educativo, un cuerpo colegiado, a semejanza del modelo de la Universidad Iberoamericana, regido por cuerpos colegiados de quienes las autoridades unipersonales son ejecutivos.
- Que dicha autoridad, suprema en el ámbito de lo académico, en quien la Compañía de Jesús delegaba su autoridad, estuviera compuesta fundamentalmente por académicos.
- Que existiera un Rector del Sistema, ejecutivo del consejo, como interlocutor unipersonal del Provincial de la Compañía de Jesús; y que no tuvieran recurso ordinario directo al Provincial ni

jesuitas ni laicos para asuntos relacionados con las universidades.

- Explicitar el modelo educativo universitario contenido en los documentos y hacer congruente el quehacer universitario con dicho modelo.
- Sumar recursos y esfuerzos en acciones comunes y elevar niveles educativos y académicos en beneficio de México.
- Hacer efectivos en los planteamientos universitarios el compromiso social y la acción preferencial por los pobres, expuestos en los documentos tanto de la Compañía de Jesús como de las universidades.
- Presentar un frente común ante la opinión pública.
- Servir de enlace con las diferentes instituciones de educación, públicas y privadas, tanto en el país como en el extranjero.
- Firmar convenios en beneficio de todos.
- Buscar fondos y recursos para su aplicación a proyectos sistémicos.
- Apoyar proyectos privilegiados en alguna de las universidades.
- Cobijar eventualmente a todas las instituciones de educación superior, es decir, a los institutos y a los centros de investigación de la Compañía de Jesús.
- Incluir también a los colegios y a la educación no formal en el Consejo de Educación Superior de la Provincia Mexicana.

El Padre General hizo únicamente dos recomendaciones con respecto al proyecto del Sistema en su segunda etapa: la primera, que no fuera una federación de universidades, sino un sistema. Es decir que incluyera una serie de acciones integradas para la promoción, custodia y desarrollo de modelo educativo de la Compañía de Jesús

para la educación superior. La segunda, que el consejo estuviera constituido por una mayoría de jesuitas.

La forma como Mario López Barrio, Provincial de la Compañía de Jesús en México, llevó a la práctica la voluntad del Padre General en beneficio de un sistema y no de una federación, siguiendo la tradición de gobierno por grupos colegiados de la Universidad Iberoamericana desde la reforma de 1974, y en aprovechamiento de los trabajos que durante cuatro años emprendieran diferentes grupos de Profesores Universitario, A.C. (PROUNIVAC) fue la siguiente:

Delegó el gobierno de nuestras instituciones de educación superior en un cuerpo colegiado de académicos representantes de las cinco universidades iberoamericanas y del ITESO, en el que también estuvieran representados los rectores y la autoridad de la Compañía de Jesús. Las atribuciones de dicho Consejo de Educación Superior de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús quedarían descritas en el Estatuto Orgánico que sería promulgado por el propio consejo, instituido como asamblea constituyente el 11 de abril de 1997.

Siguiendo también la tradición de la Universidad Iberoamericana de que los rectores, directores generales académicos y directores de departamentos fueran ejecutivos de sus respectivos cuerpos colegiados, además de contar con atribuciones propias, el Provincial quiso que el Consejo de Educación Superior eligiera de entre los candidatos propuestos por él un rector para el Sistema, que fuera ejecutivo del propio consejo y que contara con atribuciones propias.

Así describió el Provincial este puesto en su discurso el día en que yo recibí la misión para desempeñarlo: "Elemento central de esta nueva forma de organización, definitivo en su funcionamiento,

es el Rector del Sistema Educativo UIA. Entre otras funciones tocará al rector de éste custodiar y promover la realización del modelo educativo en todas sus características; realizar la supervisión académica y administrativa a las universidades, y ejecutar los acuerdos y políticas que dicte el Consejo de Educación Superior”.

El Sistema Educativo UIA/ITESO, entonces, es una combinación de las dos modalidades descritas anteriormente en la formación de un sistema. Por una parte fue iniciado por voluntad expresa de la Compañía de Jesús, que delegó en el consejo su autoridad para el gobierno del Sistema; por otra, es resultado de los acuerdos tomados por el Consejo de Educación Superior y la Junta de Rectores para la delimitación de las fronteras de lo que es común o sistémico y de lo que es peculiar a cada una de las instituciones.

El Sistema Educativo UIA/ITESO, según estos elementos fundacionales de su segunda etapa, es la organización armónica e interactiva de las universidades de la Compañía de Jesús en México, que promueve la identidad individual de cada institución y la unidad, la salud y el bienestar de todas, a través de un modelo educativo universitario para el desarrollo social de inspiración cristiana y corte ignaciano.

Son responsabilidades del consejo y de la rectoría del Sistema proteger y promover, por una parte, la identidad individual de cada institución en la comprensión y difusión del modelo según las necesidades regionales; y por la otra, impulsar los valores comunes del humanismo cristiano, a través de acciones sistémicas genuinamente universitarias, como son el diálogo para el estudio profundo de los asuntos, y la negociación inteligente a todos los niveles, a fin de garantizar eficiencia, eficacia y pertinencia en el trabajo.

Así se inició la segunda etapa de un proyecto generoso y audaz, con amplio horizonte en el tiempo y en el espacio, concebido y

desarrollado por encargo de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús al Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente y a la Universidad Iberoamericana.

Una nueva estrategia

La creación del Sistema Educativo UIA/ITESO responde, sobre todo, a una demanda de la sociedad mexicana expresada en términos urgentes: trabajar más intensa y eficazmente en la integración de recursos para la formación de personas —mujeres y hombres capaces— comprometidas en el servicio a los demás.

Esta tarea ha sido el desafío y el propósito presentes en el cerebro y en el corazón de nuestras dos instituciones principales: el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente y la Universidad Iberoamericana, desde su origen.

No han cambiado ni el propósito ni el desafío. Cambia ahora la estrategia.

El Sistema se inscribe en un contexto que nos da sentido histórico y cultural. Reconoce la existencia y la historia de las varias acciones educativas de la Compañía de Jesús y busca la creación de una red de vasos comunicantes para la integración de experiencias, recursos, esfuerzos y entusiasmos. Para contar además, con un mayor y mejor conocimiento de lo que somos, de lo que queremos ser y de lo que hacemos para conseguirlo. Para lograr una presencia más clara y más fuerte: para servir mejor a México, de preferencia a los más desprotegidos.

El punto de partida

La Universidad Iberoamericana y el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente son nombres reconocidos por una

trayectoria de medio siglo, enraizada en la tradición educativa de la Compañía de Jesús en México.

Alrededor de estas instituciones universitarias, el Sistema Educativo UIA/ITESO busca estructurar orgánicamente las varias empresas educativas de la Compañía de Jesús: universidades, colegios, centros de investigación e institutos de formación religiosa.

En principio, el Sistema está conformado por seis universidades:

- Universidad Iberoamericana Golfo-Centro (en Puebla, Puebla).
- Universidad Iberoamericana Laguna (en Torreón, Coahuila).
- Universidad Iberoamericana León (en León, Guanajuato).
- Universidad Iberoamericana Noroeste (en Tijuana, Baja California Norte).
- Universidad Iberoamericana Santa Fe (en la ciudad de México).
- Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (en Guadalajara, Jalisco).

Las seis comparten el mismo modelo educativo que da sentido al Sistema y que abre la puerta para la eventual participación, bajo diversos esquemas, de otras instituciones afines.

Lo que nos hace distintos: pluralidad en la unidad

Cada una de las instituciones del Sistema, fiel a su vocación regional, aporta un modo propio de ver y de entender a México, con su manera también propia de concebir sus preguntas y de proponer las respuestas acerca de los problemas nacionales.

Es esencial en el Sistema el respeto por lo singular y por lo característico de cada institución: su historia, su tradición, su dinámica.

Jurídica y administrativamente cada una de ellas es independiente, con su particular cuerpo de gobierno y su modo cotidiano de operar, pero todas, mediante un convenio, aportan talentos y recursos para la consecución de los propósitos del Sistema y se obligan a funcionar bajo el mismo modelo educativo.

Un modelo educativo común: lo que nos hace iguales

La energía central del Sistema emana de un modelo educativo compartido desde hace años por las instituciones que hoy se estructuran orgánicamente. En esencia ese modelo, enraizado en la inspiración cristiana, establece la prioridad de la persona humana concebida como una totalidad integral puesta al servicio de los demás. De ello se desprenden un ideario y un cuerpo de orientaciones donde se promueven los valores educativos de la Compañía de Jesús, que subrayan la excelencia académica y profesional, la formación humanista, el compromiso social, la inspiración cristiana (entendida como la vivencia de los valores evangélicos en la universidad), la pluridisciplina en torno a la unidad del conocimiento y la formación para la audacia ignaciana.

Los beneficios

Los programas académicos, con un tronco común para todas las universidades, atienden las necesidades y situaciones específicas regionales a través de un grupo de materias optativas o subsistemas. Esto garantiza la fortaleza de una formación sólida compartida por todos y la flexibilidad necesaria a nivel regional.

La configuración del Sistema permitirá, tanto a los alumnos como a los profesores, una ágil movilidad de una a otra institución

para el desarrollo de carreras profesionales, proyectos de investigación, posgrados, acciones de difusión cultural, actividades deportivas y artísticas.

De este modo, los recursos de todos —programas, profesores, información académica, extensión universitaria, servicios de pastoral y otros— estarán al servicio común para la consolidación del Sistema como una opción pertinente en la educación superior de México.

... CAPÍTULO II ...

LA TRADICIÓN UNIVERSITARIA DE LA
COMPAÑÍA DE JESÚS

IGNACIANIDAD *

Pablo Humberto Posada V., S.J. **

En diciembre de 1996 se realizó en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) un seminario celebratorio del décimo aniversario de la promulgación de las *Características de la educación de la Compañía de Jesús*. Nos aplicamos entonces al análisis de los efectos producidos por la puesta en práctica del documento aludido y reflexionamos en torno a las perspectivas que, desde él y desde la *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico*, se visualizaban para el futuro en las instituciones educativas de la Compañía y en las que le han sido confiadas.

Las actividades de aquel seminario nos permitieron llegar a un punto —en ese presente— referido tanto al pasado (lo que había venido realizándose) como al futuro (lo que podíamos y debíamos

* Conferencia.

** Rector del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

emprender). De esta manera, nos afirmamos en el convencimiento de la ganancia que entraña lo que podemos denominar el modelo educativo de la Compañía de Jesús, impregnado de ignacianidad, y nutrimos así el entusiasmo para seguir trabajando en esa línea.

Meses después, nuevamente el ITESO fue sede de otro seminario, promovido y organizado en la misma tónica, con el anhelo de continuar avanzando intencionalmente por el camino emprendido desde los orígenes de la actividad educadora de los jesuitas, impulsada por el propio Ignacio de Loyola y la fuerza de su pensamiento, enraizado en el Evangelio.

Universidad jesuita en Guadalajara, integrada a una impresionante red de universidades jesuíticas en el mundo, el ITESO incluye este seminario como una de sus actividades relevantes para la celebración de su cuadragésimo aniversario, el 31 de julio de 1997: día en que alcanzó cuarenta años de vida fecunda, colmada de retos, realizaciones y esperanzas fundadas.

Debido a que el seminario en cuestión eligió como asunto medular el modelo educativo universitario de la Compañía de Jesús —que no ha de confundirse con un modelo organizativo ni con uno administrativo— debemos recurrir a las afirmaciones expresadas al respecto en la Congregación General 34, atendiendo directamente al decreto 17, que se refiere a la Compañía de Jesús y a la vida universitaria.

En la introducción nos encontramos con algunas declaraciones dignas de ser ponderadas:

[...] se ha sugerido en ocasiones [dice el P. Eguiluz], durante los últimos años, a los jesuitas de nuestros centros superiores que evitaran un posible

peligro de alejamiento de la proyección jesuítica tal como se entiende desde la Congregación General 32.¹

A este respecto se impone recordar que la Congregación General subrayó la importancia de la interdisciplinariedad como característica necesaria de los niveles de educación superior. Esa llamada de atención, válida para los años setenta, se mantiene vigente en el momento actual, que reclama a las instituciones educativas de la Compañía —precisamente en razón de la interdisciplinariedad— mantener viva y operante la necesaria conexión entre la justicia y la cultura, atendida de manera expresa e intencionada por el conjunto del trabajo universitario en su dinámica propia a través de la docencia, la investigación y la extensión.

En efecto, como lo expresa Eguiluz, “de forma imprescindible, como orientación general, nuestros centros de educación superior deben continuar esforzándose por llevar a cabo y desarrollar, desde sus propias coordenadas, el servicio de la fe y la promoción de la justicia”.²

Aludir a las “propias coordenadas” es hablar de ubicaciones concretas. Es una invitación a tener presente lo que, como entidades universitarias, somos y debemos ser en proyección y acción sin duda universitarias: emprender lo que nos corresponde y no caer en la tentación de apropiarnos de lo que atañe a otras formas de acción para la construcción de un mundo más justo y del Reino.

Dada la complejidad del asunto en el decreto sobre la vida universitaria y la Compañía se señalan “la Misión y la garantía de

1. *Congregación General 34*, decreto 17.

2. *Congregación General 32*.

su cumplimiento por parte de la Compañía, como puntos únicos esenciales a todo centro jesuítico que deberá buscar una estructura adecuada al mundo actual para lograrlo".³

Las universidades jesuíticas, por tanto, deberán mantenerse fieles a su identidad por el impulso y la guía de las características de la educación de la Compañía de Jesús, que entienden la labor educativa como una misión que habrá de cumplirse en tesitura de servicio, con la determinación de formar profesionales (mujeres y varones) competentes, en la dinámica de la excelencia humana, con y para los demás.

Para la intelección del decreto sobre las universidades, nos advierte el P. Eguiluz que conviene diferenciar los temas que resultan claves, a saber: la relación obra/comunidad y entramado jesuítico, en primer término; misión y responsabilidad de parte de la Compañía como asunto medular, en segundo término. Subraya además los dos grandes retos que han de ser asumidos por los centros jesuíticos de educación superior en el mundo actual: la conjunción del sustantivo *universidad* con el adjetivo *jesuítica*, el primero; y la exigencia de que se preserve y fomente la misión ineludible de estas obras y se ratifiquen sus efectos y alcances a través de un modelo educativo común en el que debemos adentrarnos progresivamente, entendidas y asumidas las divergencias que han de darse, el segundo.

El documento exhorta a la búsqueda de nuevos derroteros, a la colaboración interinstitucional, a la vivencia de la interdisciplinariedad, al trabajo denodado en favor de los universitarios. Todo ello en una dinámica de acción compartida entre laicos y jesuitas

3. Congregación General 32.

que, en espíritu de colaboración, consigan el avance y la proyección de nuestras instituciones.

Para las obras educativas alentadas por la Compañía de Jesús, precisamente en virtud de la ignacianidad que las sustenta, no debe haber aspectos de la realidad que resulten ajenos, aunque deban considerarse desde diferentes límites, los que la concreción de las obras expresen por su propia naturaleza. “De la astronomía al baile clásico, de las humanidades a la teología, hemos intentado ocupar-nos del lenguaje y temática de las culturas heredadas o nacientes”, refiere el documento de la Congregación General 34.

Las universidades de la Compañía de Jesús han de avanzar progresivamente en la renovación y promoción del conocimiento; han de respetar la autonomía de las diferentes disciplinas académicas y ponerlas en diálogo con la fe. Tal fue la intuición de Ignacio de Loyola al enviar jesuitas a las universidades, como lo recuerda el documento aludido.⁴ A lo largo de su historia, la Compañía de Jesús ha mantenido ese propósito en la posibilidad de trascender los medios universitarios inmediatos.

En los tiempos actuales, como antaño, en la verificación de los cambios y demandas sociales y culturales los centros educativos de la Compañía de Jesús han de ser terrenos fértiles —con el propósito irrenunciable del bien más universal— en los que el empeño por el progreso social de los más necesitados sea el motor de sus afanes. Por eso, en las universidades jesuíticas deberán promoverse la investigación y el debate “sobre la ética, los derroteros de la economía y la política, el sentido mismo de la vida humana”.⁵

4. *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 1, p. 344.

5. *Ibidem*, decreto 17, núm. 2, p. 345.

Para el presente de nuestras universidades, en intención de futuro, hemos de asumir dos retos que las lleven a mantener su identidad, a progresar en ella y a promoverla: seguir avanzando en el fortalecimiento de la universidad como obra jesuítica y evolucionar en la clarificación de las implicaciones suscitadas por el hecho de que la universidad (el conjunto de nuestras universidades) sea jesuítica: "para mantener y aun fortalecer el carácter específico de cada una de nuestras instituciones: en cuanto jesuítica y en cuanto universidad" como reza el decreto anteriormente citado,⁶ y subraya unas líneas más adelante: "tenemos que permanecer muy en alerta para que tanto el sustantivo 'universidad' como el adjetivo 'jesuítica' sean siempre plenamente respetados".⁷

Lo expresado supone, indudablemente, la consolidación de un modelo educativo que encuentra su raíz en el pensamiento y la experiencia de Ignacio de Loyola, en la fundación de la Compañía de Jesús y la fuerza de su tradición; en los *Ejercicios espirituales*, las *Constituciones de la Compañía de Jesús* y el conjunto de documentos que han sido promulgados a través de la historia de la Compañía por su compromiso con la educación y en favor de ella.

Afirmar que para postularse con autenticidad como jesuíticas, nuestras universidades han de estar impregnadas de ignacianidad, supone un alto grado de responsabilidad para con nuestros centros educativos y para el mundo en el que se desarrollan. Supone un grave compromiso. Tal convicción, retomada explícitamente en los últimos años, es la que debe alentarnos en el propósito de seguir caminando en pos de la verdad y de la libertad surgida de ella.

6. *Ibid.*, decreto 17, núm. 5, p.346

7. *Idem.*

Se trata, ciertamente, de un andar y seguir haciendo camino, en fidelidad incuestionable con la identidad y misión fundamentales de la Compañía, en la obligación de parte de la universidad de descubrir en su propia contextura institucional y en sus genuinos objetivos un ruedo específico y adecuado para el encuentro con la fe que obra la justicia, la fe y el fomento de la *humanitas* trabajando mano a mano, tal como lo propone el P. Kolvenbach.

En el ITESO hemos asumido tales retos en la aceptación del ignaciano como el estilo pedagógico propio. Aunque nos falta mucho por hacer, verificamos empero la obtención de grandes logros en lo referente a planes y programas, en la actividad universitaria en su conjunto. Y contamos con propuestas para el ITESO mismo y para otros para continuar por la vía emprendida. Asimismo, hemos hecho nuestras las iniciativas presentadas en diferentes ámbitos: en el Sistema Educativo de la Compañía de Jesús en México y en la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL), entre otros.

Existen pues alientos para continuar con el trabajo y se pone de pie un conjunto de temáticas para ser atendidas y profundizadas: nuestra identidad y la cultura, el diálogo interreligioso, ecumenismo, la corresponsabilidad con los laicos, la situación de la mujer, la cultura de la comunicación, la ecología, la cooperación internacional, etcétera.

El entramado, a la vez que desafiante, es profundamente atractivo y esperanzador. Estamos, empeñados en el mayor esclarecimiento y consolidación del modelo educativo universitario de la Compañía de Jesús, ante la misma disyuntiva de ser o no ser planteada por los *Ejercicios*, desde la consideración clave del principio y fundamento.

LAS CARACTERÍSTICAS TRADICIONALES DE LA EDUCACIÓN IGNACIANA *

*Carlos Escandón Domínguez, S.J. ***

Hablar de educación tradicional en este mundo de cibernética, de telecomunicaciones y de globalización, montados como estamos en la tercera ola de Toffler, y viviendo aceleradamente el presente para prever el shock del futuro, puede resultar anacrónico y carente de interés para quienes nos encontramos ya en las playas del nuevo milenio. Profesores y educadores nos vemos hoy cuestionados por las diarias novedades de la tecnología de punta y las nuevas metodologías que, de entrada, niegan el pasado y pasan a la educación tradicional las facturas del caos socio-cultural que nos ha tocado vivir.

Si esta acusación es válida ¿tiene sentido gastar tiempo en volver la página de la historia educativa y analizar las características de esa tradición?

* Conferencia.

** Universidad Iberoamericana (UIA), plantel Golfo-Centro, México.

Permítaseme anteponer otra pregunta ¿Es válida la acusación?, y en caso de serlo ¿no estaremos construyendo una casa sobre arena, como nos advierte Jesucristo en su Evangelio, o construiremos como dice el refrán "castillos en el aire"?

El planteamiento de las características tradicionales de la educación ignaciana solamente resulta válido si negamos la acusación contra la llamada educación tradicional, o si al menos establecemos una distinción escolástica para la aclaración del término "tradicional" en educación.

Si por tradicional se entiende esa pseudoeducación memorística, conceptual, impersonal y dogmática, entonces la acusación adquiere validez. Sobre todo si se toma en cuenta que la tradición nacida de la modernidad ha llegado a su fin, y se verifica un cambio de época, un cambio sociocultural que ya se denomina postmodernismo, entonces es preciso el enfrentamiento de los nuevos retos y nuevos desafíos en la educación y en la vida misma de las personas y de las comunidades.

Pero si por tradicional entendemos el adjetivo derivado de la tradición como sabiduría acumulada en el proceso del difícil ascenso del hombre, con sus grandes errores, sus caídas, sus regresiones, pero también con sus descubrimientos, sus iluminaciones y sus avances a nivel personal y colectivo, entonces hablar de las características tradicionales de un modelo educativo, como el ignaciano en nuestro caso, se traduce en el entendimiento de nuestras raíces para cobrar conciencia acerca de nuestra identidad y aprovechar así la experiencia y la sabiduría de quienes nos han precedido. No para la calca unívoca, ni para la repetición acrítica de modelos anteriores, sino para observar lo que hoy como ayer resulta válido. Es propio de la naturaleza del ser humano saber dejar lo que ayer fue quizá bueno y eficaz porque se inscribía en características coyun-

turales, accidentales, que en nuestras circunstancias no tendrían vigencia alguna y sería impreciso e ineficiente seguir practicándolo.

En este contexto, resulta evidente que en los siglos XVI y XVII, cuando nace y se consolida la educación ignaciana en los colegios y convictorios de la Compañía de Jesús, el Renacimiento, eminentemente literario y artístico, ofreció un esquema o imprimió una característica de educación especial a partir de la literatura grecolatina que resultaba entonces coyuntural, pero la prioridad de la formación del hombre, de la revalorización del conocimiento de las leyes de la naturaleza como ciencia empírica, y el replanteamiento de las relaciones humanas en la sociedad, son características perennes en la aventura de cada ser humano y en su enfrentamiento al misterio de su propia realidad y del ser mismo del mundo que vive en su temporalidad y en su historicidad. A estas características tradicionales queremos referirnos aquí.

La educación ignaciana, o modelo educativo inspirado en la experiencia espiritual de Ignacio de Loyola, supone la definición del modelo como la estructura de un proceso de enseñanza-aprendizaje gracias al cual la persona humana desarrolla al máximo sus potencialidades.

El modelo educativo de la Compañía de Jesús será fecundo, nos advierte la introducción al documento de *Características*,¹ en la medida que conserve "la fidelidad a su particular herencia jesuítica", y el manantial de esta herencia lo constituye la experiencia espiritual de Ignacio, centrada en los ejercicios de Manresa.

1. Comisión Internacional para el Apostolado Educativo de la Compañía. *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, ITESO, Guadalajara, 1996, núm. 2, p.11

De esta herencia ignaciana, de este cofre del viejo sabio, quiero sacar tres características de la tradición educativa jesuítica: personalizada, cristocéntrica y comunitaria.

Educación personalizada

Ignacio, en Manresa, fue un discípulo que contó con un tutor o un maestro interior para él solo, y aprendió que Dios tiene señalado para cada persona un camino único por donde llevarlo en su crecimiento espiritual. Gracias a ello comprendió la importancia del director espiritual, ya que la experiencia personal necesita de una luz exterior que le ayude a discernir las diversas mociones interiores para encontrar la finalidad o sentido del camino de la vida. En términos ignacianos: "la santísima voluntad de Dios".

En la tradición educativa jesuítica esta herencia se ha traducido en un humanismo integral, con gran conciencia del respeto a la dignidad de la persona humana, de aquí que el proceso de enseñanza-aprendizaje procure centrarse en la persona del educando, sujeto activo de su propia educación.

Esta educación personalizada respeta también el proceso de crecimiento que parte de la experiencia singular, pasa por la meditación reflexiva, y concluye en la toma de decisiones para la acción comprometida y transformadora de sí mismo y de la realidad circundante.

Este respeto personal al proceso de enseñanza-aprendizaje supone, en su ruta crítica, la atención a la totalidad de los mensajes que llegan a la conciencia, y la reflexión crítica o discernimiento a la luz de Dios, de la evaluación cuidadosa y de la toma de decisiones con la mayor libertad posible, libre de frenos y contrapesos que Ignacio llama afectos desordenados.

Educación cristocéntrica

El número 60 de las *Características* se titula "La educación de la Compañía" y "propone a Cristo como el modelo de vida humana",² ya que la herencia ignaciana quedaría despojada de su mayor valor si omitiera a Jesucristo. La vida y obra de Ignacio no se entenderían sin el amor apasionado a la persona de Jesucristo.

Al asumir esta inspiración cristiana, la educación jesuítica no pretende ser dogmática, ni coercitiva, lo cual negaría la libertad propia del personalismo, sino que se ofrece como una opción preferencial de sus instituciones educativas y una invitación a conocer, querer y seguir las enseñanzas del maestro interior que se expresa con palabras de vida eterna. Finalmente, se propone a Jesucristo como el amigo imprescindible en el camino de la vida que cada uno debe realizar.

Los números 61 y 62 de *Características* dicen:

Todos pueden extraer inspiración y aprender acerca de su compromiso, a partir de la vida y de la doctrina de Jesús [...] Los miembros cristianos de la comunidad educativa se esfuerzan por adquirir una amistad personal con Jesús [...] Ser cristiano es seguir a Cristo y ser como Él.³

Este es el tesoro escondido y el secreto del éxito del modelo educativo de la Compañía.

2. *Ibidem*, núm. 60, p. 31.

3. *Ibid.*, núms. 61-62, pp. 31-32.

Educación comunitaria

Desde mi punto de vista, el concepto de persona no se entiende sino en relación con la comunidad, y ésta no representa sino a la suma de personas y su interacción.

Pero si volvemos a la herencia ignaciana, hay que ver que la conclusión de los *Ejercicios* se alcanza en la contemplación para alcanzar amor, y allí se nos propone como ideal de la vida amar y servir en todo.

La vida de Ignacio, después de Manresa, es un constante servicio a la comunidad y una búsqueda de amigos en el Señor y compañeros en Jesús.

En alusión al objetivo de la educación jesuítica, el documento afirma que pretende la formación de "hombres y mujeres para los demás", y el Padre General ha completado la frase "con los demás" que subraya su esencia comunitaria.

En la comunidad aprendo que mi crecimiento es también el crecimiento de la comunidad, y que mi destrucción lo es también parcialmente de la comunidad.

La educación de la Compañía ayuda a los estudiantes a darse cuenta de que los talentos son dones que deben desarrollarse, no para la propia satisfacción o la propia ventaja, sino más bien, con la ayuda de Dios para el bien de la comunidad humana. Los estudiantes son estimulados a emplear sus cualidades en servicio de los demás, por amor a Dios.

"Nuestra meta y objetivo educativo es pues formar hombres que no vivan para sí, sino para Dios y para su Cristo; para Aquél que por nosotros murió y resucitó; hombres para los demás, es decir, que no conciban el amor a Dios sin el amor al hombre; un amor eficaz que tiene como primer postulado la justicia. Este amor es además la única garantía de que nuestro amor a Dios no es una farsa o incluso un ropaje farisaico que oculte nuestro egoísmo".

En orden a promover una conciencia de los otros, la educación jesuítica acentúa los valores comunitarios, tales como la igualdad de oportunidades para todos, los principios de justicia distributiva y social, y la actitud mental que ve el servicio a los demás como una realización propia más valiosa que el éxito o la prosperidad.⁴

Sin duda hay otras características tradicionales de la educación ignaciana, pero estos tres vectores nos ayudan a percatarnos de que a partir de una auténtica y valiente introspección es posible experimentar en el interior al amor encarnado, Jesucristo, y desde Él se ame y se sirva a los demás seres humanos, y se cuide, además, la naturaleza, que se nos ha encomendado para su administración y no para su destrucción.

4. *Ibid.*, núms. 82-83, p. 37.

LA TRADITIO VIVA EDUCANDI DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS.
ALGUNAS APORTACIONES HISTÓRICAS DE SU TRABAJO
UNIVERSITARIO *

Xavier Cacho, S.J. **

La tradición universitaria de la Compañía de Jesús tiene tres referentes incuestionables que la sitúan en una tradición viva y abierta a vivificar en el futuro. Su primer referente está en el carisma fundacional de los diez “maestros de París” quienes deliberaron en Roma durante la primavera de 1539 y decidieron unánimemente fundar la Compañía de Jesús. El carisma que brotaba de los “letrados” se hizo ley en las *Constituciones*¹ para los futuros miembros de la Compañía, algo mucho más importante que las concreciones diversas que pudieran establecerse en el amplio mundo de las instituciones educativas.² El segundo referente se

* Conferencia.

** Universidad Iberoamericana (UIA), plantel Golfo-Centro, México.

1. Loyola, san Ignacio de. *Constituciones en Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963.

2. En el proemio a la cuarta parte de las *Constituciones*, san Ignacio nos dice: “Siendo el *scopo* que derechamente pretiende la Compañía ayudar las ánimas suyas y de sus

encuentra en la ininterrumpida serie de sabios que han mantenido, por cuatro siglos y medio, encendido el fuego de las creaciones culturales en las ciencias, las humanidades y la pedagogía, en la inculturación del Evangelio en horizontes ajenos al Occidente, en la promoción de la espiritualidad cristiana, en la renovación teológica y escriturística, en el diálogo ecuménico e interreligioso. El tercer referente lo encontramos en la universidad multicultural y multisocial de los sabios jesuitas que han servido a la investigación, la docencia y la difusión académica en el amplio espectro de la geografía mundial, por lo que la Iglesia católica, tanto en la santa sede romana como en el episcopado, se ha valido de su pericia. El ignaciano "buscar y hallar a Dios en todas las cosas" en su vertiente universitaria de criticismo, pedagogía y socialización, presenta un consistente aval histórico. La pregunta no será, pues, si la Compañía de Jesús posee o no una tradición universitaria, sino cómo ha sido esa tradición, qué peculiaridades manifiesta, qué logros ha obtenido, en vistas a la evaluación del pasado y la mejor visualización del futuro.

próximos a conseguir el último fin para que fueron criadas, y para esto, ultra del exemplo de vida, siendo necessaria doctrina y modo de proponerla; después que se viere en ellos el fundamento debido de la abnegación de sí mismos y aprovechamiento en las virtudes que se requiere, será de procurar el edificio de letras y el modo de usar dellas, para ayudar a más conocer y servir a Dios nuestro Criador y Señor. Para esto abraza la Compañía los Colegios y también algunas Universidades, donde los que hacen buena prueba de las Casas y no vienen instruidos en la doctrina que es necesaria, se instruyan en ella y en los otros medios de ayudar las ánimas. Y así tratando primero de lo que a los Colegios toca, después se dirá de las Universidades, con el favor de la divina y eterna Sapiencia a mayor gloria y alabanza suya". Las Normas Complementarias convalidan lo dicho con base en decretos de las congregaciones generales 32 y 34: "La Compañía confirma su propia opción en pro de una profunda formación de sus futuros sacerdotes en los estudios, tanto teológicos como filosóficos, humanísticos y científicos, en la persuasión de que, supuesto el testimonio de la vida, no hay camino más apto para realizar nuestra misión".

Entre las claves de lectura posibles para la comprensión de la índole del proceso en la historia universitaria de la Compañía de Jesús, prefiero la clave aporética de tradición y cambio. En efecto, la característica que los académicos jesuitas comunican a las instituciones universitarias que sirven, alude a la fe *crisológica* de la Compañía que se arraiga en Jesucristo, Dios verdadero, tanto como en la contingencia de Jesucristo, hombre verdadero, que va completando su pasión y su gloria en la humanidad histórica. Se trata de la misma vocación a la Compañía encendida en el carisma de Ignacio de Loyola y vivida en la diversidad de los tiempos y lugares: fidelidad a los valores fundamentales (tales como enseñar mediante el testimonio, buscar la excelencia de todo el hombre, apreciar la diferencia de las personas) y guardar fidelidad al discernimiento de los signos de los tiempos a la luz de las necesidades y primacías del entorno social propio. Esta sorprendente peculiaridad de las universidades regidas por jesuitas a lo largo y ancho del mundo, bien puede servirnos de clave de lectura para profundizar en su ser y en su quehacer. La sincronía de la tradición convive con la diacronía del cambio.

Queda por contestar la difícil pregunta sobre la identidad de las universidades de la Compañía. La historia nos dice que más que de un punto de llegada definible por la metafísica, se trata de una meta por alcanzar en medio de la diversidad y el cambio de las circunstancias. Pero, la identidad *crisológica* o búsqueda de la mayor semejanza y unión con el Dios humano (sus hechos y sus dichos, sus pretensiones y sus acciones), identidad conscientemente perseguida por los jesuitas y por muchos de los colaboradores laicos en sus planteamientos, políticas y acciones universitarias, ha signi-

ficado en la historia la fuerza cohesionante y la fuente de inspiración.³

La historia de los académicos jesuitas presenta notables logros en diversos campos del conocimiento. Tan sólo en lo que respecta a los últimos cincuenta años, podemos señalar diez de estos campos del conocimiento crítico de "verdades objetivas" y dos modalidades extraordinariamente eficaces en la creación cultural y en la docencia profesional.

- Investigación y publicación de las fuentes primarias de la tradición cristiana, de la historia de la Compañía de Jesús y de algunos horizontes socioculturales regionales. Destacan los trabajos en la patrística, la rica colección de *Monumenta histórica*

3. Hace unos meses el Padre General Peter-Hans Kolvenbach, ante los educadores jesuitas de India, expresaba la identidad en sus efectos socioculturales históricos: "Estoy seguro de que todos coincidimos en afirmar que la razón de ser de las instituciones cristianas y por tanto de las instituciones jesuitas es la evangelización entendida en su más amplio y profundo sentido. Cada una de las instituciones, cada uno de los colegios y universidades regidos por los jesuitas tiene que ser un instrumento de evangelización. Una definición precisa de "evangelización" la encontramos en el tema escogido para el Sínodo de Asia: comunicar la vida divina en Cristo a las personas a las que servimos. Dar vida a plenitud; en todas sus dimensiones. Esto es evangelizar.

Sí aceptamos que evangelizar no es tanto el proceso por el cual se incrementa el número de cristianos como resultado de una conversión más o menos auténtica, sino la cooperación con la acción de Dios para el establecimiento del Reino en la tierra, entenderemos con facilidad la eficacia evangelizadora que pueden tener nuestros colegios y universidades. Podremos reconocer con profunda alegría la enorme contribución que nuestras instituciones han hecho, y siguen haciendo, para la consecución de este fin.

Sí estamos de acuerdo que el verdadero servicio del Reino la auténtica evangelización es, según la *Declaración de Katmandú*, "[...] 'formar comunidades de amor, solidaridad, libertad, justicia y armonía', entonces podremos regocijarnos en el hecho de que la historia de la educación cristiana y jesuita en esta parte del mundo haya sido en verdad, gloriosa [...]"

Societatis Jesu e historias regionales; como por ejemplo Grillmeier, A. *Jesus der Christus in Glauben der Kirche*; *Analecta Bollandiana*, Bruselas; Orbe, Antonio. *II Cristo—Texti teologici e spiritali del I al IV secolo*; Danielou, Jean. *Théologie du Judeo-Christianisme. Message évangélique et culture hellénistique*.

- Desarrollo de la teología cristiana bajo los métodos de la historia crítica y de la hermenéutica. Por ejemplo *Historia de los dogmas*, con la dirección de Bernard Sesboüe.
- Investigación y docencia académicas de la Sagrada Escritura. Por ejemplo las publicaciones del Pontificio Instituto Bíblico de Roma.
- Fundamentación de la espiritualidad cristiana (ignaciana) y su difusión en varios niveles. Como el *Dictionnaire de Spiritualité, Christus y Manresa*.
- Desarrollos filosóficos en antropología, ética, comunicación. Tales como las publicaciones de la Universidad Gregoriana, Roma; de la Universidad Deusto, Bilbao; de la Facultad de Filosofía de Pullach, Munich.
- Investigación y divulgación en ciencias sociales: educación, psicología, derecho, sociología, economía; como *Action Populaire*, en París; y los trabajos de la Universidad Georgetown, Washington; y de la Universidad Iberoamericana plantel Santa Fe, México.
- Investigación y docencia de lenguas modernas, así como la investigación y publicación sobre lenguas antiguas e indígenas. Como la *Gramática de lenguas extranjeras* (Rarámuri); y el *Diccionario Chino-Occidental*.
- Investigación y docencia en ciencias de la naturaleza, tales como las publicaciones del Observatorio del Vaticano.
- Participación en el diálogo ecuménico e interreligioso.
- Participación en la investigación y desarrollo de la educación.

Por lo demás, los jesuitas académicos se han distinguido en dos tareas de extraordinaria eficacia en el ámbito de las creaciones socioculturales y en la alta divulgación de los conocimientos profesionales. Las creaciones a las que me refiero tienen que ver con mejores planteamientos, nuevas síntesis interdisciplinarias que conducen a nuevos significados. Son ejemplos de ello: la obra de Pierre Teilhard de Chardin en antropología; la obra de Bernard Lonergan en epistemología y metodología; la obra de Karl Rahner en teología; la obra de Carlo M. Martini en la cosmovisión y praxis cristianas; la obra de Luis Alonso Schökel en el estudio y versión castellana de la *Biblia*. Por su parte, la socialización de conocimientos en el mundo de la docencia académica ha sido ampliamente enriquecida por jesuitas y por profesores laicos de las universidades de la Compañía a través de manuales didácticos, publicados tanto en colecciones como por separado. Tal es el caso de las colecciones de manuales de la Facultad de Teología de la Universidad Gregoriana, las de la Universidad Pontificia Comillas, Madrid, y los textos universitarios publicados en la mayoría de las instituciones de la Compañía en América, Europa y Asia.

Termino con un breve apunte acerca de los logros de nuestro trabajo universitario en la Universidad Iberoamericana (UIA) y en el Sistema UIA-ITESO. Juzgo que podemos hablar de dos logros valiosos en estos últimos cincuenta años para nuestra patria.

El primero es la Reforma Académica preparada durante cinco años bajo la guía del P. Ernesto Meneses y puesta en marcha a partir de 1973, habiéndose obtenido la autonomía académica de parte de la Secretaría de Educación Pública (SEP) y, poco después, de parte del propio Presidente de la República. La reforma académica de la UIA, al avanzar de forma lenta pero segura, ha persuadido a directivos y profesores, ha mostrado otros horizontes y ha logrado definiciones valiosas como "La filosofía educativa" y

el "Manual de introducción al problema del hombre", ambos trabajos debidos al P. Juan Bazdresch. La UIA ha conseguido un lugar indiscutible en el ámbito universitario mexicano gracias a la personalidad que le brinda su Reforma Académica y su desarrollo. Ha venido hablándose de forma reiterada del modelo educativo de base ignaciana y, al presente, no estamos lejos de plasmarlo por escrito y comunicarlo en beneficio de muchos.

El segundo es el planteamiento de Sistema Educativo UIA-ITESO con la peculiaridad jesuítica de la unión que respeta las diversidades, esquema más cercano a lo eclesial que a lo empresarial, con el objetivo de priorizar la calidad educativa más que el crecimiento por franquicias, esquema más ignaciano que de mercado liberal lucrativo. Con una experiencia de apenas quince años, nuestro Sistema ha avanzado hasta concretar una rectoría y un consejo, pero sabemos que aún falta mucho por experimentar, planear y definir. No podemos dudar, sin embargo, que nuestro Sistema y su modelo educativo resultarán valiosos para México y para otras regiones del mundo, tanto por la optimización de recursos humanos jesuíticos y laicos, como por la consecución de mayores impactos educativos a través de más intensas y profundas comunicaciones universitarias y comuniones humanas fraternas.

RESPUESTAS Y COMENTARIOS DE LOS EXPOSITORES *

Xavier Cacho, S.J. Con relación a la pregunta ¿cuál es la interrelación prevista entre los modelos educativos ignaciano, organizativo y administrativo? Creo que estos órdenes no son excluyentes sino integrables. Y la integración yo diría que al modo ignaciano se hace mediante un discernimiento comunitario que no resulta fácil y que incluye una serie de elementos que creo que no es el momento de explicar. Lo que sí convendría ponderar es la prioridad de las opciones fundamentales y de los valores en nuestro modelo sobre lo jurídico y lo administrativo, que resulta incuestionable. Es a la luz de esa prioridad que se establecen las interrelaciones y las opciones fundamentales, como dirigir la educación hacia el bien de la persona centrada en Jesucristo, en la fe cristiana, en la relación con Jesucristo y para bien de la comunidad en la que se vive. De ahí se derivan una serie de calores, de actitudes. Luego

* Transcripción: Arsinohé Quevedo.

habrá que discernir, según las condiciones del entorno sociocultural, cómo van a integrarse la comunidad universitaria y su servicio.

Pablo Humberto Posada, S.J. En lo que se dice la letra del discurso resulta excelente, pero ¿cómo hacer que la práctica docente del maestro realmente se apegue al proyecto ignaciano? Yo creo que la respuesta puede resultar muy simple: de manera progresiva, adentrándose en él, precisamente a través del conocimiento para llegar al convencimiento, y tratando de vivir auténticamente una vivencia comunitaria según la distinción que si mal no recuerdo expresó Carlos Escandón que no incluye simplemente un sujeto y la sociedad, sino una persona y una comunidad. Yo creo que cuando va integrándose una realidad verdaderamente comunitaria, entonces existe la posibilidad de ser testigos de una convicción que debe iniciarse mediante el conocimiento. Por lo que toca a la práctica de los últimos años en el ITESO hemos intentado a través del Centro de Pedagogía Ignaciana dar oportunidad a la interrelación con los maestros de la universidad, precisamente en apoyo a esta línea.

Carlos Escandón, S.J. Dos o tres de las preguntas vienen a propósito de mi planteamiento acerca de la diferencia entre la universidad confesional y la universidad de inspiración cristiana. Tuve la oportunidad de asistir a Roma cuando nos llamaron a varios rectores a discutir a propósito de la *Ex Corde Ecclesiae* donde se presenta una disputa muy seria sobre este punto de vista. Como ejemplo, unos padres de India decían: "Si nosotros nos declaráramos formalmente católicos tendríamos que cerrar el 80% de las universidades". Algunas universidades del mundo árabe afirmaban por su parte: "Imposible, imposible siquiera mencionarlo".

¿Cuál es la diferencia entre una inspiración y una confesionalidad? Yo diría que el énfasis o la formalidad de la letra y el espíritu. Si por confesional entendemos la necesidad de una confesión de fe para poder fungir como maestros o como alumnos, entonces la Universidad Iberoamericana en México no podría contar con 7% de su alumnado de hermanos judíos; o el ITESO no podría incluir a quienes se declaran como ateos, o a profesores que no tuvieran una visión cristiana a pesar de ser grandes profesionales o científicos. Con tal de que respeten el proceso ¿por qué habría de omitirlos? En una estricta universidad confesional no habría lugar para esas personas. En cambio, en la universidad de inspiración cristiana ocupan un lugar y estamos abiertos al diálogo como elemento fundamental de las universidades jesuitas: diálogo interconfesional e interreligioso. Puede hablarse, por tanto, con un budista, puede aceptarse algún alumno de ideas comunistas, etc. Se trata de un problema de dimensión, de apertura, de interdisciplinariedad y de respeto al pensar y al caminar de cada una de las personas.

Otro problema que me plantean algunos alude al modelo educativo ignaciano de la personalidad: el personalismo contra la masificación educativa. Yo admito que se trata de un problema no exclusivo de las universidades jesuíticas, sino de la totalidad de las universidades. El problema del número y la calidad, o del número y la individualización o personalización de la educación es delicado. Se trata de retos muy grandes. Yo propondría que consideráramos por ejemplo los elementos informativos, que pueden considerarse como masificantes o masificadores. La información puede ofrecérsese a diez, a uno, a mil, o a un millón, pero la formación tiene que ser personal. De ahí la importancia de la estructura que el padre Meneses y aquel cuadro que conformaba entonces el consejo universitario de la Ibero, que planteó la estructura organizacional que consideraba las tutorías, las asesorías curriculares y

personales. Es un modelo que está puesto ahí como un reto, como un desafío, y creo que cada profesor debería disponer de un tiempo para la atención personal de diez o de doce muchachos.

Si revisamos el número de maestros, lo que también es cuestión de organización y administración educativa, podríamos preguntarnos ¿cuántos maestros de tiempo debemos tener por alumno? Los antaño Centro de Educación Psicológica y Centro de Educación Educativa, etc. servían a ese acompañamiento ideal que pretendemos de maestros con alumnos, y los centros de pastoral están pensados para ello, para que cada quien pueda llegar a encontrar su camino personal y su camino hacia el Señor.

Este es un asunto que es preciso considerar al nivel de decisiones de rectores y de administradores educativos. Cómo lograr que el maestro, a pesar de tener un grupo de trescientas personas al que explica un concepto, un proceso o una metodología, no olvide que parte de su hacer es acompañar a seis, a ocho a diez personas en el semestre.

Alguna persona me comentaba si no tendrían razón quienes pasan las facturas a la educación tradicional. Si realmente entendiéramos por educación la parte conceptual, memorística, la parte atemporal, pues evidentemente que así sería. Pero yo creo que "tradicional" es un concepto mucho más amplio, un poco lo que decía el padre Xavier Cacho a propósito de aquella teoría de la tradición y el cambio. El cambio no significa hacer de nuevo todo, es partir de algo que ya existe para la creación de otra cosa. La impotencia, por ejemplo, de la cual hablaba el viejo Aristóteles ya está en el ser actual y se ha transformado en otra cosa. Efectivamente debe hacerse una revisión constante del pasado para despojarse de lo accidental, pero ello no significa romper con todo: liquidar al niño con los trapos sucios cuando lavamos la ropa.

Alguien preguntaba acerca de las nuevas tendencias y si hemos tenido cuidado de analizar de forma constante el tipo de alumnos y las materias que ofrecemos. Tiene mucha razón quien hace este cuestionamiento. Nuestras universidades tienen que ser autoevaluativas y realizar críticas constantes, debe cuidar sistemáticamente al grupo de estudiantes a su cargo. Preguntarse ¿quiénes son los alumnos? ¿cuáles son sus inquietudes? atender su vida, sus preocupaciones, su existencialidad. Es muy importante hacer investigación sociológica interna, e ir más allá hasta las familias de estos jóvenes. En Torreón realizamos una investigación sociológica del perfil de la familia de La Laguna. ¿Por qué?, porque de ahí provienen los jóvenes. Nos preguntamos no sólo por sus visiones, sus valores, sus expectativas, su ser interno, sino también por su ambiente familiar y su ambiente sociológico. De otra manera hablaríamos en el vacío.

Xavier Cacho, S.J. Muchos de nuestros alumnos pasan por nuestras universidades sin establecer contacto con los jesuitas, sin haber escuchado nada acerca de Cristo, sin la idea de ser para los demás. La pregunta es ¿cómo vamos a hacerle para socializar todo esto?

Por supuesto que se trata de un reto muy grande. Yo quisiera responder que en un marco de fe. En el mundo contemporáneo del que el padre Gabriel Codina, o el padre Theodoro Peters hablaban, se viven procesos secularizantes. Y ello sólo acontece en el mundo de lo humano, lo que los humanos pretendemos y hacemos, lo que los humanos planteamos, discernimos y logramos. Yo como cristiano, como persona que cree en Jesucristo como Dios verdadero, como Hombre verdadero, como miembro de la Trinidad divina, afirmo aquí que algunas de las persuasiones que se nos hacen son falsas.

Por supuesto que tenemos la responsabilidad de desarrollar nuestro mundo. Dios no ha dado la libertad para desarrollarlo, y podemos echarlo todo a perder, eso resulta incuestionable, pero es igualmente incuestionable que Dios está presente en la historia, que él es el Creador, el conservador del cosmos y el Señor de la historia. Haré alusión a un texto evangélico, que si mal no recuerdo es el capítulo cuarto de san Marcos, donde un señor sembró por ahí su semilla, y se fue después a dormir. A la semana siguiente se levantó muy descansado y se percató de cómo iban brotando el tallo y las ramitas. Pasó el tiempo, y él comía y dormía. Llegó un momento en que fue por una hoz y cortó el grano, obtuvo así su cosecha. Ahora quiero referirme a los maestros, quienes tenemos un serio compromiso de trabajar verdaderamente por conocer, por asumir, por testificar este modelo ignaciano educativo que tenemos en germen o en fermento.

Ahora que, algo que no debemos olvidar y resulta básico, es orar, esperar. Como la persona del Evangelio obtendremos la cosecha tarde o temprano. Termino con una frase de san Agustín a este respecto que nos dice "Haz lo que puedas y hazlo honradamente y luego pide lo que no puedas". Y lo confirmo: debemos hacer lo que podamos, y orar y esperar lo que no nos sea posible. Quiero subrayar la importancia de lo que Dios haga con nosotros.

Pablo Humberto Posada, S.J. En defensa del trabajo propiamente universitario, por momentos se ha esfumado o se ha eludido el compromiso ante una realidad a todas luces injusta. Pero considero que existen instituciones comprometidas de verdad con la realidad social, éstas son las instituciones de la Compañía de Jesús. Con relación al panorama mexicano, puedo referirme, de manera expresa, tanto a la Universidad Iberoamericana como al ITESO donde

hemos asumido como compromiso un acompañamiento muy cercano a la realidad social.

Esta misma pregunta le fue planteada a don Samuel Ruiz cuando estuvo de visita aquí en el ITESO, le preguntaron qué teníamos que hacer las personas, los miembros del ITESO para responder a la situación en Chiapas, y el obispo Samuel Ruiz respondió: "Prepararse adecuadamente como universitarios para dar una respuesta estrictamente universitaria". Llegando a extremos de caricaturización, yo diría, en esa misma línea que apoya aquello de "zapatero a tus zapatos", que si vamos a promover la cultura no nos vamos a dedicar al *show business*. Debemos entender muy claramente cuál es nuestra función como universitarios, con disposición, con apertura, realizando lo que nos corresponde.

Quiero ahora referirme a la corresponsabilidad entre jesuitas y laicos de formarnos en la pedagogía ignaciana con el costo que ello suponga. Creo que estamos definiéndonos muy claramente en esa dirección. Por otro lado lo ignaciano va construyéndose también entre los jesuitas. El documento de las *Características de la Compañía de Jesús*, por ejemplo, ante la inquietud que se perfilaba como una falta, como crisis de identidad, fue un documento que fue elaborado en corresponsabilidad a lo largo y ancho del mundo. Cuatro años aproximadamente duró la investigación; un tiempo similar a las propuestas, a los desafíos planteados por la AUSJAL.

¿Cuáles son los límites de esta apertura a la corresponsabilidad? Que nos cruzáramos de brazos y que nos sintiéramos satisfechos con lo alcanzado en la línea de identidad y de conocimiento de lo que realmente somos y queremos, es lo que no nos sería permisible. Tenemos que seguir avanzando en este camino, ante una propuesta interesante, eficaz, que ha demostrado a lo largo de la historia su eficacia en su intención constantemente renovadora.

... CAPÍTULO III ...

ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL MODELO
UNIVERSITARIO IGNACIANO

LOS ELEMENTOS CONSTITUTIVOS DEL MODELO UNIVERSITARIO DE INSPIRACIÓN IGNACIANA *

Gabriel Codina, S.J. *

El tema de la identidad de las universidades de la Compañía de Jesús ha cobrado especial relevancia en los últimos años. Varios documentos recientes han tratado sobre la identidad y función de estas universidades en la actualidad y de cara al futuro; sin duda el más importante de ellos es la Constitución Apostólica de Juan Pablo II, *Ex Corde Ecclesiae* (1990). Este documento viene a ser como la carta magna de las universidades de la Iglesia hoy en día, y constituye un instrumento fundamental para reflexionar sobre el significado de la universidad católica.

En el ámbito de la Compañía de Jesús, la última Congregación General (1995), en un documento sobre la vida universitaria hace alusión a las transformaciones que experimentan las universidades, y subraya la dificultad que existe para mantener y fortalecer el

* Conferencia.

** Secretario para la Educación de la Compañía de Jesús, Roma.

carácter específico de las universidades de la Compañía, en cuanto universidades y en cuanto jesuíticas.¹

Determinar lo que caracteriza a una universidad de la Compañía, en un momento en que la estructura de gobierno de las universidades está en proceso de cambio, no resulta nada fácil.

El cuestionamiento a la identidad de la universidad católica

Pero no sólo se cuestiona su estructura sino también el sentido mismo que tiene hoy la universidad católica. Cuando el cristianismo y todo compromiso religioso parecen superados en muchas culturas, o en vía de ser superados ¿tiene sentido todavía una universidad confesional o de inspiración cristiana? Más aún, en el marco del libre mercado ¿cuál es el "valor agregado" que aporta una universidad católica, o qué tiene de específico para poder competir con otras universidades públicas o privadas?

Si la especificidad se cifra simplemente en el factor religioso entonces debe admitirse que este elemento no constituye hoy un valor de mercado. La humanidad encuentra en la ciencia respuestas que antes buscaba en la religión. Para algunos, "ni la fe cristiana ni cualquier otra creencia son buenas para la humanidad".² El proceso de secularización que experimenta el mundo ha llevado a cuestionar tanto el sentido de la religión en la sociedad, como la confesionalidad de muchas instituciones y estructuras. Ignorar la religión en la esfera pública y relegarla, en el mejor de los casos, al ámbito privado se ha constituido en norma en un mundo posin-

1. *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 15.

2. *Congregación General 34*, decreto 4, núm. 19.

dustrializado, heredero del capitalismo y del comunismo, sintomáticamente coincidentes en este punto.

A estas alturas del siglo, hablar de universidades "católicas" les suena a muchos como un anacronismo. Muchos prevén que las universidades confesionales irán derivando de manera paulatina hacia modalidades completamente seculares, como ha ocurrido a lo largo de la historia con tantas universidades que nacieron a la sombra de la Iglesia católica o de otras iglesias, y que se convirtieron en instituciones seculares. El único resabio de sus orígenes cristianos se ha conservado, a lo más, en su título, en su arquitectura o en el gran sello de sus diplomas.

Por otra parte, si la nota distintiva de la universidad católica es la inspiración cristiana, para muchos esta sola orientación sería ya en sí un factor negativo, en la medida en que condicionaría en cierto modo la autonomía y la libertad de docencia y de investigación, absolutamente básicas e irrenunciables en toda universidad que se precie de serlo.

El cuestionamiento está lejos de ser sólo bizantino. ¿Cómo conjugar autonomía y libertad con la sujeción a declaraciones de principios y a cartas magnas, por añadidura de carácter confesional? ¿constituirá el carácter "católico" una limitación al pensamiento y a la investigación? ¿Cómo ubicarse frente a otras universidades públicas o privadas que no tienen tales restricciones? ¿Qué distingue a una universidad católica de otras que no se proclaman como tales? ¿En qué es diferente su oferta?

El tema no es banal. En noviembre de 1997, en el Sínodo de América, el P. Peter-Hans Kolvenbach, General de la Compañía de Jesús, recogió la inquietud de muchas universidades católicas del continente y transmitió a los obispos una interrogante candente:

[...] la universidad católica sigue preocupada hasta hoy con el temor de que pudiera resultar verdad la afirmación de George Bernard Shaw de que una universidad católica es una contradicción en términos.³

Me adelanto a señalar la respuesta que el mismo P. Kolvenbach apunta. La contradicción es insoluble si se plantea en términos de dilema: o universidad o católica. La solución está en conjugar ambos extremos, considerándolos como dos aspectos de una misma institución, no contradictorios sino complementarios. Volveré más adelante sobre este punto.

El modelo universitario de inspiración católica

La identidad de la universidad católica

Para tratar de aclarar lo que es característico de una universidad católica, es indispensable remitirse a la Constitución Apostólica *Ex Corde Ecclesiae*. El documento desarrolla dos aspectos: la identidad y la misión de la universidad católica.

En lo relacionado a la identidad, los dos términos, *universidad* y *católica*, deben conjugarse como dos elementos inseparables de un único todo. En cuanto *universidad*,

[...] es una comunidad académica que, de modo riguroso y crítico, contribuye a la tutela y desarrollo de la dignidad humana y de la herencia cultural mediante la investigación, la enseñanza y los diversos servicios ofrecidos a las comunidades locales, nacionales e internacionales.⁴

3. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Intervención en el Sínodo de los Obispos de América", 21 de noviembre de 1997.

4. Juan Pablo II. Constitución apostólica *Ex Corde Ecclesiae*, núm. 12, 1990.

La universidad debe gozar, para ello, de la necesaria autonomía institucional que garantice la libertad académica, salvaguardando siempre los derechos de las personas y de la comunidad, en el marco de las exigencias de la verdad y del bien común.

En cuanto *católica*, debe constituir institucionalmente “una presencia cristiana en el mundo universitario, frente a los grandes problemas de la sociedad y de la cultura”.⁵

El documento señala cuatro características esenciales que debe poseer la universidad en cuanto católica.

- Inspiración cristiana, por parte de cada miembro y de la comunidad universitaria como tal.
- Reflexión continua, a la luz de la fe católica, sobre el saber humano, aportando el elemento de investigación.
- Fidelidad al mensaje cristiano presentado por la Iglesia.
- Esfuerzo institucional al servicio del pueblo de Dios y de la familia humana en su caminar hacia su objetivo trascendente.

Por ser a la vez universidad y católica, la institución debe ser, por un lado, una comunidad de académicos que representen las distintas ramas del saber humano y que, con la metodología propia de cada disciplina, examinen e investiguen a fondo la realidad en busca de la verdad. Y, por otro lado, debe ser una institución académica donde la fe católica esté presente de manera vital.

Se subrayan de igual manera las características que debe tener la investigación científica: integración del saber, diálogo entre fe y razón, preocupación ética y perspectiva teológica.⁶

5. *Ibidem*, núm. 13.

6. *Ibid.*, núms. 13-15.

En cuanto a la comunidad universitaria, se recalca que debe estar animada por el espíritu de libertad y de caridad, y debe caracterizarse por el respeto recíproco, el diálogo y la tutela de los derechos de cada uno. Los docentes deben distinguirse por su competencia y, además, por encuadrar su enseñanza y su investigación en una visión coherente del mundo. De quienes se profesan cristianos, se espera, además, un testimonio de vida cristiana y que sepan integrar competencia profesional y sabiduría cristiana.

Por su parte, los estudiantes deben esforzarse por compaginar formación profesional con sentido humanista, lo cual significa una actitud de búsqueda permanente de la verdad y el cultivo del juicio personal y del sentido religioso, moral y social, en una perspectiva de apertura y eventual compromiso con la dimensión cristiana en sus vidas.⁷

La misión de la universidad católica

- La misión no puede ser otra que la búsqueda de la verdad mediante la investigación, la conservación y la comunicación del saber. A través de ello, la universidad presta un servicio a la Iglesia y a la sociedad. Se enfatiza la relación que la investigación debe tener con los graves problemas contemporáneos —justicia, calidad de vida, ecología, paz, distribución de recursos del mundo, ordenamiento económico y político— prestando especial atención a la dimensión ética y religiosa de los problemas. La universidad debe también tener la valentía de tomar posición.

7. *Ibid.*, núms. 21-23.

- La universidad debe comunicar a la sociedad los principios éticos y religiosos que dan sentido a la vida humana, a través de una auténtica antropología cristiana. Se hace especial énfasis en la promoción de la justicia social, como objetivo compartido entre profesores y estudiantes y demostrado en la práctica concreta. Se menciona también la necesidad de diálogo y cooperación con otras universidades, católicas o no, en proyectos comunes de investigación, y el desarrollo de programas de educación permanente de adultos.⁸
- La pastoral universitaria merece una mención especial, como oferta abierta a todos para integrar la vida con la fe. Esta pastoral no se agota con los servicios que pueda ofrecer el departamento correspondiente, sino que constituye una dimensión que penetra todo el quehacer de la universidad. Naturalmente, incluye la vivencia concreta de la fe cristiana, así como la participación en la vida activa y el culto de la Iglesia por parte de quienes profesan un compromiso cristiano.
- El diálogo cultural, en especial el diálogo entre pensamiento cristiano y ciencias modernas, constituye otra de las notas distintivas de la misión de la universidad católica. Todo ello se inscribe en la misión evangelizadora de la Iglesia por la que el mensaje de Cristo se lleva a todos los ambientes de la humanidad y transforma a la persona y a la sociedad.⁹

Estas cuatro notas características en sí mismas dan ya un sello distintivo propio a la universidad católica y la diferencian de cualquier otra.

8. *Ibid.*, núms. 30-37.

9. *Ibid.*, núms. 38-49.

El modelo jesuítico de universidad católica

Hasta aquí lo que podríamos llamar las “señas de identidad” del modelo universitario de inspiración católica. Detengámonos ahora en lo característico de un modelo jesuítico de universidad. Evidentemente, no se trata de contraponer lo jesuítico a lo católico. Las universidades de la Compañía de Jesús se inscriben en el marco de las universidades de la Iglesia porque no puede ser de otra manera, y hacen suyas las orientaciones de la *Ex Corde Ecclesiae*. Sin embargo, dentro del marco general, presentan peculiaridades propias.

El carácter específico de una universidad de la Compañía viene dado por la complementación de dos conceptos: *universidad*, como sustantivo, y *jesuítica*, como adjetivo.¹⁰ Los documentos de la Compañía de Jesús no hablan propiamente de universidades ignacianas. El término ignaciano se aplica en otra acepción, como veremos más adelante. Me referiré de momento al carácter jesuítico de una universidad.

Lo primero y lo sustancial de una universidad de la Compañía es que sea universidad. No se trata de una tautología ni de una perogrullada sino del reconocimiento de que la universidad goza de entidad propia, que no le viene de su adjetivación. Donde falla el sustantivo, el adjetivo está de más.

Ignacio sabía perfectamente que un colegio es un colegio y una universidad una universidad. Tienen su propia finalidad y no son meras oportunidades para la evangelización o la defensa de la fe.¹¹

10. *Congregación General 34*, decreto 17, núms. 5ss.

11. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. “La universidad jesuítica hoy”, Frascati, 1985.

Si en algo el Concilio Vaticano II es claro al hablar de la Iglesia y la actividad humana en el mundo, es en la afirmación de la legítima autonomía de las realidades terrestres. La ciencia, la técnica, el arte, la cultura, las ciencias humanas tienen sus propias leyes y su propia metodología, que deben ser respetadas. La autonomía humana, la sociedad, la ciencia no pueden sufrir trabas de la religión, por más que muchas veces se dé el extremo contrario y se llegue a un verdadero divorcio entre fe y vida diaria, lo cual es de lamentar.¹²

Es verdad que la educación, y en concreto la educación universitaria, constituye para la Compañía un terreno privilegiado para el ejercicio de su ministerio apostólico. Pero entenderíamos mal este hecho si la interpretáramos como una instrumentalización de la ciencia, puesta al servicio de la fe, en una especie de intento de bautizarla.

El sustantivo *universidad* "garantiza el compromiso con la autonomía fundamental, la integridad y la sinceridad de una universidad precisamente en cuanto universidad: un lugar de serena y abierta investigación y discusión de la verdad", dice la Congregación General. Y remite luego a la *Ex Corde Ecclesiae*, en lo referente a los objetivos propios de la universidad, como ya se ha indicado más arriba.¹³

Este solo elemento, el de ser universidad en el sentido más pleno, pone ya a una universidad de la Compañía de Jesús en pie de igualdad con cualquier otra universidad. Esto mismo constituye en sí un "valor de mercado". Una universidad de la Compañía, si

12. *Gaudium et Spes*, 36, 43.

13. *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 6.

piensa aspirar a competir con otras universidades, debe ser ante todo por su calidad como universidad, no por otras motivaciones ajenas a ello.

Pero el adjetivo *jesuítica* no es accesorio, al menos para nosotros. Que una universidad se llame jesuítica, tanto si funciona bajo la última responsabilidad de la Compañía de Jesús como si funciona bajo otra forma, implica que esta universidad participe genuinamente en la identidad y misión fundamentales de la Compañía. Tampoco en este punto sería legítimo instrumentalizar la universidad, de manera reduccionista, poniéndola al servicio de la misión propia de la Compañía de Jesús.

Pero, respetando siempre la estructura y los objetivos propios de la universidad, sí se puede y se debe descubrir la forma para que la universidad sea un espacio de encuentro con la fe que obra la justicia. "Esta tarea es posible: cuenta con mártires que han testimoniado que una institución superior de enseñanza e investigación puede convertirse en instrumento de justicia en nombre del Evangelio".¹⁴

Que nadie pueda acusarnos de valernos de nuestra condición jesuítica para pretender competir en el mercado. Pero que nadie nos quite el derecho de dar a nuestras universidades un sello propio. Esto no está en absoluto en contradicción con la autonomía y la libertad de que debe gozar una universidad. El ser universidad no se contrapone a su condición de jesuítica; y el ser jesuítica no debe restarle nada de su esencia de universidad. Una vez más, no debemos elegir entre dos extremos: o ser universidad o ser jesuítica. Sería éste un mal planteamiento del problema.

14. *Congregación General 34*, decreto 17, núms. 7-8.

No deja de ser paradójico, dice el P. Kolvenbach en su alocución al Sínodo de América, que en algunos campus todo el mundo puede dejar oír su voz, en nombre de la libertad de expresión, pero que la voz de la Iglesia no se deje sentir, por miedo de que esto pueda tener un efecto negativo en la credibilidad y libertad académica.

Cuando el temor o la simple sospecha de sectarismo lleva a admitir sin la menor crítica cualquier tipo de opiniones o enfoques, la responsabilidad docente de la Iglesia en relación con las universidades católicas puede llegar a ser considerada como una interferencia intolerable.¹⁵

La identidad de una universidad de la Compañía de Jesús deriva de la misión propia de la Compañía. Esto implica no sólo que en sus declaraciones de principios la universidad proclame su identificación con la misión, sino también que en la práctica esta afirmación se haga realidad. La palabra del P. Kolvenbach, al referirse a las universidades católicas, no puede ser más clara:

Todas las declaraciones de principios resultan estériles si los consejos de administración, los docentes, los directivos y los administrativos de estas instituciones no encarnan estos principios, al menos en la medida en que sean capaces de garantizar clara y explícitamente la identidad católica, y de hacer frente a la erosión de tal identidad.¹⁶

Conocemos la misión de la Compañía: el servicio de la fe y la promoción de la justicia. Los temas de la opción por los pobres, el formar hombres y mujeres para los demás, el servicio, la excelencia

15. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Intervención en el Sínodo de los Obispos de América", 21 de noviembre de 1997.

16. *Ibidem*.

académica y humana, el ser competentes, conscientes, comprometidos, compasivos, etc., se están convirtiendo casi en *slogans* de tanto repetirlos. Estos principios siguen siendo válidos y fundamentales. El problema es pasar de la verbalización a la interiorización y a la práctica. Sólo así la misión se encarnará en la realidad.

La práctica de esta orientación debe marcar la dinámica toda de la universidad. Será incluso necesario establecer indicadores para verificar el cumplimiento de estos objetivos en la realidad cotidiana. "Para poder llamarse institución de la Compañía, habrá que evaluar y responder periódicamente ante ésta, a fin de comprobar si su dinámica se desarrolla o no en línea con la misión de la Compañía", dice la Congregación General de la Compañía de Jesús.¹⁷

Entramos al punto álgido de las estructuras de gobierno y del control de la Compañía sobre una universidad. Como ya hemos visto, el esquema tradicional en el que tanto la propiedad como el poder estaban en manos de la Compañía ha dado paso a estructuras más participativas, en donde intervienen nuevos actores que comparten con ella parcelas de responsabilidad. En buena hora. La cuestión clave es cómo garantizar la identidad propia de la Compañía, a través de estas distintas instancias de poder.

En el modo como se ejerza esta responsabilidad corporativa se juega la identidad misma de la institución. Si una universidad de la Compañía no tiene la última palabra en lo que toca a la aplicación de esta línea en la práctica, esa universidad deja de ser jesuítica.

Tengo la impresión de que existen por el mundo instituciones educativas, incluso universidades, que sólo técnicamente son de la

17. *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 9.

Compañía. En ocasiones se han delegado o transferido las responsabilidades de tal manera que, queriéndolo o no, parecen más un abandono que un relevo. La misma disminución del número de jesuitas no tiene por qué ir acompañada de un debilitamiento de la identidad jesuítica de la institución. Hay instituciones que, de ser obras de la Compañía, se están convirtiendo en obras donde trabajan algunos miembros de la Compañía. La Compañía de Jesús es libre de traspasar una obra a otras manos; tratando de mantener la identidad jesuítica de la obra, o renunciando a ello. Lo que no se puede es dejar una obra a su suerte, sin cuidar de mantener viva la llama de la identidad, hasta que ésta acabe por extinguirse.

Quién toma las decisiones que afectan a la identidad jesuítica —la pervivencia de la misión— y quién tiene la última palabra, no es cuestión anodina. Existe claridad respecto a lo que es una obra de la Compañía:

Una obra de la Compañía contribuye sustancialmente a llevar a cabo la misión de ésta, manifiesta los valores ignacianos y se denomina jesuítica con aprobación de la misma Compañía. La Compañía asume la responsabilidad última de la obra.¹⁸

Como en una especie de marca registrada, la Compañía de Jesús tiene derecho a controlar el uso del nombre jesuítico, por adjetivo que éste sea, y reservar la denominación para aquellas instituciones que cumplan con determinados requisitos. Concretamente, con la garantía de asegurar el cumplimiento de la misión.

18. *Congregación General 34*, decreto 13, núm. 11.

El que una obra sea jesuítica no significa que deba ser dirigida por un jesuita, o que un laico no pueda ser director de la misma. Por el contrario, la Compañía sostiene que "los laicos, según sus capacidades y compromiso, deben acceder a cargos de responsabilidad y prepararse para ello. Un laico puede ser director de una obra de la Compañía".¹⁹ El hecho de que un laico sea quien dirija una obra jesuítica no pone en riesgo, en absoluto, su identidad, siempre que esté verdaderamente identificado con la misión.

Por ello, uno de los desafíos que la Compañía de Jesús tiene por delante es diseñar diversos modelos de gestión de las universidades, de modo que se asegure la identidad jesuítica. No existe una estructura de gobierno unívoca: las alternativas son múltiples. Dentro de esta variada tipología de modelos, habría que ver cuáles se adecuan más al mantenimiento de la identidad, y cuáles, por el contrario, la dificultan. Hay estructuras de gobierno que, de hecho, dificultan cada vez más el preservar y fortalecer las características específicas de una universidad jesuítica.

La inspiración ignaciana de una universidad jesuítica

Hasta aquí me he referido al modelo jesuítico de universidad. Entremos ahora al aspecto ignaciano. Jesuítico e ignaciano son términos íntimamente relacionados, pero que no coinciden con exactitud.

Lo jesuítico se refiere a la Compañía de Jesús. Dice una presencia institucional de la Compañía y una identificación con su misión. Implica incluso una presencia física de jesuitas. Las obras de la

19. *Congregación General 34*, decreto 13, núm. 13.

Compañía normalmente no están confiadas a una sola persona sino a una comunidad de jesuitas, enviados en misión a la obra.

Lo ignaciano, en cambio, se refiere más a la espiritualidad de Ignacio de Loyola. El término ignaciano se relaciona con la vertiente espiritual de la vida y obra de Ignacio, más que con la institucional. Aunque sería un error aislar la una de la otra: lo jesuítico sin lo ignaciano queda privado de sentido, y lo ignaciano tiene siempre algo que ver con la Compañía de Jesús. La Compañía comparte el carisma y la experiencia espiritual de Ignacio, cuya visión del ser humano, del mundo y de Dios se refleja en el libro de los *Ejercicios espirituales* y se plasma en las *Constituciones* de la Compañía. Si lo jesuítico tiene que ver con la misión de la Compañía, lo ignaciano tiene que ver con la visión de Ignacio.

La inspiración o visión ignaciana de una obra educativa refiere a un tipo de relación con la Compañía que no implica necesariamente una responsabilidad institucional de la Compañía, o la presencia de jesuitas en la obra. Cada vez se tiende más a diferenciar lo ignaciano de lo jesuítico. Hoy en día existe alrededor del mundo toda una red de universidades, centros superiores, colegios y escuelas que, dentro de una asombrosa diversidad, se remiten a un proyecto educativo de la Compañía de Jesús o, en términos actuales, a las características de la educación ignaciana.

[Cerca de dos mil instituciones] se ven reflejadas en este mapa, ignaciano más bien que jesuítico [como dice el P. Kolvenbach] para subrayar así que una institución puede asumir libremente una orientación ignaciana sin que para ello sea necesaria en esa institución una presencia física de jesuitas.²⁰

20. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "A los docentes del ICAM", Toulouse, 1996.

Lo ignaciano y lo jesuítico se aplican también a la pedagogía. La *Ratio Studiorum*, o plan de estudios de los jesuitas (1599), constituyó en su momento todo un sistema pedagógico que durante siglos marcó la educación de los jesuitas. Con justicia se pudo hablar entonces de la pedagogía de los jesuitas. Con las disposiciones legales actualmente en vigencia y las estrictas reglamentaciones de la enseñanza que existen en los diferentes países, resulta difícil hablar hoy en el mismo sentido que antes de una pedagogía de los jesuitas, pero sí se puede hablar de una pedagogía ignaciana.

El acento de esta pedagogía hay que ponerlo en la ignacianidad. La pedagogía ignaciana tendrá muchos elementos en común con otras pedagogías, y podrá acomodarse a la legislación de cada país. Pero lo que hace la diferencia con cualquier otra escuela pedagógica es su estrecha vinculación con la vida y la experiencia espiritual de Ignacio de Loyola. La referencia a san Ignacio no apunta a un sistema pedagógico, como podría ser el de Montessori, Dewey, Piaget o Paulo Freire, sino a una determinada concepción o visión de la realidad, que es la de Ignacio. Lo ignaciano inspira y fundamenta lo pedagógico.

Es necesario haber pasado por la experiencia de los ejercicios espirituales de Ignacio de Loyola para comprender hasta qué punto esta visión transforma a la persona y a las instituciones y puede marcar a una pedagogía y a una universidad. Tal visión y su aplicación al campo de la pedagogía se presentan con claridad en las *Características de la educación de la Compañía de Jesús*.²¹ Éste fue el tema del seminario realizado en el ITESO en 1996 para conmemorar el décimo aniversario de la publicación de ese documento que,

21. Comisión Internacional para el Apostolado Educativo de la Compañía. *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, ITESO, Guadalajara, 1996.

como dice el P. Kolvenbach, hoy sería mejor titularlo "Características de la educación ignaciana".

No toca aquí describir esta visión ignaciana, que doy por conocida. Lo que sí quiero recalcar es que hablar de jesuítico o ignaciano no es una sutil distinción escolástica sino que enfatiza distintas notas características de un trabajo educativo. Ni se piense que lo ignaciano es una devaluación de lo jesuítico, o un premio de consolación a las instituciones que, a falta de jesuitas, tienen que contentarse con encontrar otro punto de referencia de cierta significación.

El carácter jesuítico de una universidad ya de por sí lleva muy lejos. La connotación ignaciana significa otro tipo de exigencia: la de los ejercicios espirituales. Para ponerlo de manera gráfica, una universidad de inspiración ignaciana es una universidad que ha hecho los ejercicios de san Ignacio, y que vive día a día el espíritu de los ejercicios. La espiritualidad de los ejercicios no es algo etéreo y vago. Es la espiritualidad de la inserción en la realidad para transformarla. Es la meditación de la encarnación de los ejercicios, donde Ignacio nos presenta a la Trinidad volcando su mirada sobre el mundo y decidiendo enviar al Hijo: "hagamos redención del género humano".

A partir de ese momento, la realidad terrestre y la historia humana se convierten en escenario de la salvación. Ya no hay historia sagrada e historia profana: toda la historia del ser humano y del mundo está repleta de la presencia salvadora de Dios, en Jesucristo. Ya no hay economía por un lado y ética por el otro, o ciencia enfrentada a la fe, o todas las dicotomías y falsos dilemas que tantas veces nos torturan: tecnología y religión, desarrollo humano y progreso del Reino, fe y justicia, identidad católica y autonomía docente, universidad y católica, lógica académica y lógica ignaciana.

La espiritualidad de Ignacio es la de zambullirse en el mundo, no la de distanciarse de él. Tal vez por esto se ha dicho que Ignacio amaba las grandes ciudades, con preferencia sobre las montañas o los desiertos. Para Ignacio no hay disyuntiva entre Dios y el mundo. El encuentro con Dios no se puede dar al margen del mundo sino en el mundo, donde el Hijo de Dios, Jesucristo, se ha encarnado y ha plantado su carpa.

Ésta es la dimensión ignaciana de un modelo universitario. En cierto modo, lo ignaciano es lo que da sentido último a lo jesuítico. Una universidad de inspiración ignaciana no implica añadir nuevos elementos a lo académico sino dar a lo académico una orientación determinada, la ignaciana. Vivida en su plenitud, la espiritualidad de los ejercicios da a la universidad una dimensión completamente nueva y apasionante. La diferencia entre una universidad de inspiración ignaciana y cualquier otra es la que existe entre quien ha hecho los ejercicios de san Ignacio y quien no los ha hecho. Aquí es donde radica nuestro valor agregado. Un valor que tal vez no se cotiza en el mercado pero que da sentido a toda nuestra educación.

Esta inspiración garantiza la persistencia de la misión y la identidad propia de una universidad de la Compañía, no importa cuál sea la estructura o quién gobierne la universidad. Lo específico de la oferta educativa ignaciana estriba en definitiva en el espíritu de los ejercicios. Una vez más, para no refugiarse en el fácil recurso a las palabras, o para no caer en el mito, no hay otra solución que, de una u otra forma, exponer a la universidad a la experiencia de

los ejercicios, que, por definición, no se dicen sino se hacen. "El amor se debe poner más en las obras que en las palabras".²²

Conclusión

Jesuitas y laicos compartimos una misión común, cada uno desde su propia vocación y su propio contexto. El carácter ignaciano de una obra no puede hoy asegurarse sin una adecuada formación de jesuitas y laicos en el carisma y pedagogía ignacianos, particularmente de parte de quienes han de ocupar puestos de responsabilidad.²³ La inspiración ignaciana de una universidad depende en último término de la inspiración ignaciana de quienes la dirigen, y de quienes enseñan, investigan, trabajan, estudian y aprenden en ella.

En el documento de la última Congregación General de la Compañía de Jesús sobre la colaboración con los laicos, se encuentra un término muy expresivo sobre la forma de llevar una obra apostólica: en "auténtico compañerismo ignaciano de laicos y jesuitas".²⁴ Actuando cada uno de acuerdo con su propia vocación, y comprometidos todos en la misma misión. La frase recuerda el título con que se designaban a sí mismos Ignacio y su grupo de universitarios: los compañeros, amigos en el Señor. El espíritu de Ignacio nos llevó a los jesuitas a ser compañeros de Jesús. Y el espíritu de Ignacio ensancha la Compañía, con nuevos amigos y compañeros de la misión de Cristo.

22. Loyola, san Ignacio de. *Ejercicios espirituales*, en *Obras completas*, Biblioteca de Autores Cristianos, Madrid, 1963.

23. *Congregación General 34*, decreto 18, núm. 2.

24. *Congregación General 34*, decreto 13, núm. 20.

EL MODELO EDUCATIVO UNIVERSITARIO DE INSPIRACIÓN IGNACIANA *

*Alberto Vásquez Tapia ***

El contenido de este trabajo está organizado en los siguientes tópicos: planteamiento del tema, los aprendizajes necesarios, el sustantivo *universidad* y el calificativo *ignaciano*, las lógicas apostólicas y las lógicas académicas, los elementos centrales y específicos de la oferta educativa ignaciana.

Planteamiento del tema

El planteamiento del tema en la Compañía de Jesús

En los documentos oficiales de la Compañía de Jesús referidos al trabajo intelectual y a la educación superior, y también en los textos institucionales de las universidades jesuitas, nacionales y extran-

* Conferencia.

** Asistente de la Rectoría del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

teras, se expresan las finalidades, las características, y el estilo del quehacer educativo de las casas de estudios que pertenecen a esa orden religiosa. Este artículo, en cambio, incluye una reflexión personal que no se apega a las declaraciones oficiales, cuya pretensión es plantear inquietudes y preguntas, más que respuestas, que permitan contextualizar la problemática acerca de los elementos del modelo educativo de inspiración ignaciana que, a juicio del autor, necesitan resignificarse para potenciar la labor que se desarrolla en estas universidades.

Hemos de declarar de entrada la convicción de que los elementos del modelo están ya presentes en la realidad del hacer universitario y en la conciencia de muchos educadores que trabajan en estas universidades, pero los cambios ocurridos en la actualidad, el momento que viven las universidades en general, el relevo constante del personal adscrito a ellas, y el desgaste natural en la interpretación de los términos clásicos asociados a ese modelo, ameritan que se haga un alto para reflexionar, volver a conceptualizar y dilucidar el sentido y comprensión actual de ese modelo, y de las relaciones dinámicas subyacentes a los elementos que lo conforman.

Asimismo, se declara la convicción de que la universidad jesuita es una entidad querida y diferente a otras concreciones institucionales, además de pertinente y necesaria, en especial en este momento histórico en que se asiste, una vez más, a un cambio radical en los escenarios científico, tecnológico, económico, político y cultural. Cambio en la sociedad que afecta los modos de entender, de valorar y de hacer en todos los órdenes de la actividad humana, lo que ha producido rupturas, quiebres y desorientación acerca del sentido de la educación, y del propio sentido del hombre inmerso en esta cultura, en su relación con los demás, con Dios y

con la naturaleza. El contexto actual, ciertamente, reclama lecturas atentas y reflexivas, pues su trama entraña desafíos pedagógicos nuevos y complejos que precisan desvelarse, asumirse y responderse de forma lúcida.

En estos días de turbulencia se experimenta una situación análoga a la que vivieron los primeros educadores en los orígenes de esta red universitaria, en el siglo XVI, quienes a su vez enfrentaron un momento caracterizado por sobresaltos, quiebres y desconcierto a consecuencia del descubrimiento de nuevos mundos y de los profundos cambios sociales, culturales y religiosos que trajo consigo el movimiento renacentista y la reforma de la Europa de entonces.

El P. Peter-Hans Kolvenbach, S.J., en su discurso "Pedagogía ignaciana hoy", promulgado el 29 de abril de 1993, señala que los jesuitas que iniciaron esta labor educativa fueron capaces de leer su cultura para apropiarse y aportarle elementos cristianos al humanismo del Renacimiento. Así decidieron "[...] fundar una red de centros educativos, que representaban una renovación y respondían a las necesidades urgentes de su tiempo [...] Así como los primeros jesuitas contribuyeron al humanismo del s. XIV de forma peculiar, a través de sus innovaciones educativas, así nosotros estamos llamados a una tarea semejante [...]" Agrega el Padre General:

[...] esto requiere de creatividad en todos los campos del pensamiento, educación y espiritualidad. Será el resultado de una pedagogía ignaciana que sirva a la fe, a través de una autorreflexión sobre el sentido pleno del mensaje cristiano y de sus exigencias en nuestro tiempo. El servicio a la fe y la promoción de la justicia es el fundamento del humanismo cristiano contemporáneo [...] En otras palabras, el humanismo cristiano de finales del s. XX incluye necesariamente el humanismo social. Como tal, participa en gran parte de los ideales de otras creencias.

El planteamiento en el contexto educativo de América Latina

El actual contexto caracterizado como un cambio de época, ha impactado a las universidades latinoamericanas en un sentido tanto positivo como negativo, al generar, por ejemplo, nuevas posibilidades y accesos más rápidos y seguros a la información y a las tecnologías, aunque de manera simultánea ha provocado una cierta pérdida de sentido acerca de su papel formativo, crítico y social. Las universidades jesuitas de América Latina están inmersas dentro de este contexto socioeducativo que en las dos últimas décadas ha vivido tres tipos diferentes de crisis.

La primera crisis es la de la calidad, entendida como el desequilibrio entre los aumentos en la cobertura y los recursos de que se dispone para su atención, provocada por la masificación acelerada de la oferta educativa. El fuerte incremento del ingreso de estudiantes, del número de programas y del número de universidades que han experimentado los países de la región, no estuvo acompañado de los recursos necesarios para asegurar la calidad en cuanto a docentes, directivos, materiales didácticos e infraestructura operativa para garantizar la calidad del desarrollo de los programas académicos y del proceso de enseñanza-aprendizaje.

La segunda crisis es una crisis de equidad, relacionada directamente con el costo de la educación y con la capacidad de pago. Hoy puede ofrecerse educación de calidad, aunque a un alto costo, lo que provoca un claro desnivel entre la educación a la cual pueden acceder los jóvenes de las clases media alta y alta, en comparación con la que se ofrece a los jóvenes de los estratos económicos medio y bajo. Así, los que pertenecen al primer grupo, en vista de que cuentan con la capacidad económica para pagar sus estudios, acceden a universidades e institutos de prestigio y alto nivel aca-

démico; mientras que los del segundo grupo ven limitadas sus posibilidades y se ven obligados a ingresar a instituciones que cuentan con escasos recursos para ofrecer y administrar sus programas educativos.

La tercera crisis es una crisis de pertinencia social, consiste en una especie de divorcio entre universidad y sociedad, sobre todo con los sectores que carecen de poder de compra, que se refleja en un distanciamiento entre lo que se investiga y enseña en los programas formales (licenciaturas, maestrías y doctorados) y las necesidades y demandas que experimentan las personas, las ciudades y las organizaciones que conforman el contexto inmediato del centro universitario. Así, las necesidades y problemas reales que enfrenta el ciudadano común y las organizaciones que no tienen capacidad de financiar consultorías o investigaciones van quedando marginadas de las universidades. Para ilustrar esta modalidad de crisis basta reconocer, por ejemplo, que la mayoría de las universidades latinoamericanas ofrecen la carrera de administración, y se basan en los modelos que toman como base las grandes corporaciones empresariales, a pesar de ser países donde predomina la micro y pequeña empresa.

Esta suerte de divorcio entre universidad y sociedad se refleja también en la escasez de investigaciones y esfuerzos educativos destinados a pensar y a enfrentar los quiebres culturales que experimenta el hombre latinoamericano, campesino, pobre, inmerso en grupos primarios, habitante de las ciudades pequeñas, en este cambio de época que tiende hacia una sociedad globalizada, regida por el mercadeo, impactada por los avances tecnológicos, en especial en lo que toca a los medios de comunicación.

Esta crisis debe tenerse en cuenta de forma debida para evitar que se desatienda la investigación y los proyectos de intervención

social, para evitar que en lo que toca a la docencia se pase directamente de los datos que genera la ciencia y la experiencia del primer mundo a la pretensión de su aplicación casi mecánica, sin la debida reflexión y el examen de su pertinencia en el contexto en el que los futuros profesionales tendrán que operar.

Esta crisis de pertinencia contribuye a la pérdida de sentido, al deterioro del hombre y de la sociedad latinoamericana. Si no se toman medidas no estarán formándose hombres con capacidad de reflexión y de aprendizaje; con capacidad de aportar conocimientos útiles a la sociedad a la que pertenecen y a la que deben servir. Universidades con esta crisis son parte del problema y no de la solución de nuestros países.

Planteamiento de las preguntas

¿Cuáles son, en consecuencia, las repercusiones para el modelo educativo universitario de inspiración ignaciana que se derivan de este nuevo cambio de época? ¿cómo impactan a las lógicas de planeación y gestión universitaria las rupturas y quiebres culturales y sociales que hoy se experimentan? ¿qué está haciéndose para superar la crisis de pertinencia social que vive la educación latinoamericana en la actualidad? ¿cuáles son las consecuencias pedagógicas que representan las demandas y búsqueda de sentido y de posibilidades que reclama el hombre y la sociedad de este tiempo? ¿qué repercusiones tiene para el modo de entender y hacer universidad el tránsito hacia un humanismo cristiano que incluye el humanismo social?

Estas y otras preguntas justifican la decisión de iniciar un trabajo de reflexión destinado a pensar y a resignificar el modelo educativo universitario de la Compañía de Jesús, en lo que se refiere a sus

elementos constitutivos, sus valores esenciales y sus propuestas para este nuevo tiempo. En verdad que se trata de una tarea importante cuya complejidad indica que sólo puede realizarse con éxito si se utiliza un planteamiento que integre de forma simultánea la inteligencia académica, espiritual y social que existe en estas universidades.

Esta tarea viene precedida de un conjunto de reflexiones realizadas, incluso documentadas, a nivel universal por la Compañía de Jesús en los textos que fueron consecuencia de las congregaciones generales y los que han promovido la Comisión Internacional para las Actividades en la Educación Jesuita (ICAJE), a nivel latinoamericano la AUSJAL, y al local los documentos redactados para la definición y/o actualización de las declaraciones de misión, objetivos estratégicos y orientaciones fundamentales de cada universidad.

Los aprendizajes necesarios

No obstante que se cuenta con esos documentos, hace falta insistir en la necesidad de un proceso de significación y no simplemente de información. Esto es, se requiere motivar, facilitar y conducir un proceso destinado a involucrar a los académicos de las universidades en la tarea de priorizar y resignificar los elementos pertinentes del modelo, y a formalizar en un todo, posiblemente en un texto, el modelo propiamente como tal.

Para llevar ese proceso de significación a buen término se necesita, por un lado, adoptar una estrategia participativa, dialogal y plural, único modo de propiciar procesos que conduzcan a que los sujetos adscriban, libre y responsablemente, el modelo y se comprometan a impulsarlo y aplicarlo en su hacer universitario.

Por otro lado, debe situársele dentro del marco de la lógica y de los proyectos apostólicos de la Compañía de Jesús, en sus distintas escalas, en diálogo con la lógica y con los proyectos académicos e institucionales de cada universidad en particular.

Se reconocen al menos tres aprendizajes claves y significadores dentro de ese proceso para las universidades jesuitas: aprender en qué consiste "ese" modelo de universidad a que se alude en los documentos oficiales, aprender a ser universidad a la luz de ese modelo, y aprender a ser universidad dentro una red educativa organizada a escala mundial, regional y nacional.

La primera tarea consiste en actualizar o resignificar la especificidad y la globalidad del modelo de universidad jesuítica que desea concretarse en cada institución, a la luz del contexto social que hoy se experimenta. En otras palabras, la determinación de los elementos y los valores esenciales del modelo que deben ser destacados, y la dinámica en que se integran. Es verdad que no se parte de cero, se cuenta con una probada tradición educativa, con rasgos esenciales que se señalan en los documentos oficiales aludidos, y con valiosas experiencias en cada una de las instituciones.

La segunda necesidad de aprendizaje, aprender a ser universidad a la luz de ese modelo, tiene relación con las estrategias y con los medios para concretar el modelo en la realidad de cada institución, conforme sus circunstancias, personas, recursos y proyectos. Esta tarea supone un proceso sostenido de realización de análisis del contexto, diagnósticos internos, y de la adopción de las lógicas correctas para la planeación, gestión y seguimiento de los cambios que necesiten realizarse. Ello supone a la vez perseverancia y paciencia para poner en práctica y reforzar lo que resulta afín y pertinente con el modelo, para incorporar nuevos elementos necesarios encaminados a aumentar la congruencia, pertinencia y calidad del servicio que cada universidad presta.

La tercera necesidad de aprendizaje, aprender a ser universidad dentro de una red o sistema mayor, tiene relación con las posibilidades de creación de medios y sistemas que permitan optimizar los beneficios del intercambio y cooperación internacional, de propiciar y reforzar las asociaciones, de establecer un tipo de relaciones que favorezca a cada universidad y a las asociaciones a las que pertenezca.

El sustantivo *universidad*, el calificativo *ignaciana*

Resulta evidente que las bases de un modelo de universidad ignaciana deben ser primariamente intelectuales y éticas, para la reafirmación de una institución llamada por vocación y tradición a constituirse en un auténtico espacio socioeducativo destinado a la generación plural de las ideas, a la formación de sujetos autores de la historia, al desarrollo de la ciencia y del humanismo, al cultivo de la inteligencia y del conocimiento. Un espacio privilegiado para la investigación, producción y aplicación de todo conocimiento, incluidos el religioso y el ético, con una direccionalidad muy clara: generar procesos productores de sentido del hombre y su cultura, y de esta manera influir en la conformación de sociedades más humanas y más justas.

El calificativo *ignaciana* imprime a la universidad un estilo específico de relacionar al hombre con Dios, consigo mismo, con los demás y con lo creado, que se basa en la experiencia espiritual de san Ignacio de Loyola. Y en un estilo propio, cuyo sustento es la propia pedagogía ignaciana, que concibe la relación entre la fe y la ciencia y entiende la educación como la perfilación del modo a través del cual se acompaña a los estudiantes en sus procesos de

aprendizaje y se construyen y conquistan las verdades del saber, del saber ser y del saber hacer.

Obviamente que las concreciones de esos elementos sustantivos y cualificativos no ocurren de igual manera, entre otras razones a razón del mayor o menor conocimiento, conciencia y voluntad que existe entre los actores universitarios para ejercerlos. Este punto, por un sentido de realidad, es preciso resaltarlo con toda honestidad. Es necesario además afirmar la opinión personal de que conocer y aplicar esos elementos, o no hacerlo, resulta válido para todos los sujetos, con o sin sustrato religioso.

También es evidente que esos elementos no se concretan de la misma manera en cualquier espacio histórico y geográfico, se requiere de las adaptaciones necesarias para dotar su concreción de pertinencia social, institucional, académica y pedagógica. En todo caso, esas adaptaciones no pueden desconocer o lesionar lo sustantivo y lo peculiar de estas universidades; por lo tanto no deben concebirse la instrumentación de los espacios universitarios en plataformas meramente academicistas, o en el servicio de determinados intereses de poder, sean estos de carácter ideológico, partidista, económico e incluso, en su sentido más profundo, ni siquiera religioso.

Las lógicas apostólicas y las lógicas académicas

Surge así el contexto dentro del cual desea sugerirse la distinción entre la dinámica de las diversas lógicas propias del modelo de universidad ignaciana. En primer término cabe señalar el sentido de la expresión "lógicas", con este concepto quiere expresarse un modo de aproximación a una realidad, impregnado de una racionalidad particular y de una teleología específica.

Así, por ejemplo, la Compañía de Jesús, basada en su espiritualidad y en sus constituciones, analiza los signos de los tiempos, los significa, discierne y, a la luz de ese marco ético, espiritual y religioso toma decisiones con relación a los énfasis diferenciales que deberá imprimir en sus obras y actuaciones para la consecución de fines determinados. Esas opciones y prioridades suelen llamarse apostólicas. Eso es lo que quiere insinuarse con la expresión "lógicas apostólicas". A partir de ellas se redactan documentos oficiales, algunos de los cuales se dirigen al sector del trabajo intelectual y educacional, por lo que deben considerarse debidamente en las universidades jesuitas.

Existen también las "lógicas académicas" que impactan los modos de planeación, organización y producción de la investigación, docencia y extensión. Así, por ejemplo, en un determinado departamento, una comunidad de educadores que se basa en sus ciencias, sus valores y en función de un objeto de estudio, analiza las posibilidades de prácticas académicas a desarrollarse y toma decisiones para articular y generar programas, productos y servicios educativos, para satisfacer determinados objetivos y finalidades.

Ambas lógicas pueden no necesariamente coincidir, sobretodo porque una está iluminada por criterios de orden eclesial, y la otra por criterios de orden científico. Pero tampoco puede afirmarse, *a priori*, que esas lógicas sean excluyentes, fundamentalmente porque en ambos casos se sigue un proceso semejante (contexto, experiencias, decisiones, paso a la acción y verificación) ya que, en general, los valores suelen ser similares, y ambas lógicas están direccionadas al servicio del hombre y de la sociedad. Lo que sí importa subrayar es que el modelo educativo universitario debe reconocer la existencia de ambas lógicas como sus componentes constitutivos, debe hacerlas dialogar, integrarlas y traducirlas en

procesos de institucionalización, para que sus prioridades, objetivos y finalidades impacten las prácticas y logren verificarse en los hechos.

Para ello no debería cometerse el error de intentar imponer una por encima de la otra, tampoco de mantenerlas sobre líneas paralelas, ni de localizarlas en instancias organizativas diferentes. No es asunto de jerarquías, ni de territorios, se trata de algo más hondo y dinámico. Dicho en otras palabras, la misión apostólica de la Compañía de Jesús, en lo que respecta al aporte del sector educativo, debe ser puesta en medio, no encima, ni al lado de la cultura académica universitaria. Es evidente que así lo desean las autoridades de la Compañía de Jesús.

Esa tarea de diálogo, integración y puesta en práctica, parece ser el papel que corresponde desempeñar a las lógicas institucionales que, a la luz del modelo educativo aludido, determinan y guían los procesos de planeación, organización, gestión y evaluación del hacer universitario, aprobando o descartando programas, productos y servicios en función de su pertinencia institucional, conforme a sus recursos y posibilidades. En definitiva, en esta lógica institucional se asumen e integran lo apostólico, lo académico y lo social.

Lo central y específico de la oferta educativa ignaciana

La universidad ignaciana, al enfrentarse al actual contexto, se distingue por los siguientes elementos centrales: su voluntad de no doblegarse al pragmatismo, al economicismo y al materialismo que se han instalado en estas sociedades; voluntad también de darle su justo lugar a la ciencia y a la tecnología, al no elevárlas a la categoría de fines, sino de medios; su insistencia en una formación

integral, y no exclusivamente técnica, para los jóvenes que lleguen a sus aulas; su afán por rescatar y fomentar los valores que forman el talante que da sentido ético y social al uso de los talentos, como parte esencial de la currícula y del proceso de aprendizaje; la insistencia en la formación humanista y espiritual que construye el carácter del sujeto, aquello que le da sentido a la vida y al quehacer del hombre.

La universidad ignaciana se distingue peculiarmente por sus constantes esfuerzos, ocupación y capacidad de pensar el hombre, el país y el mundo, y mediante este pensamiento de orden superior —ontológico, científico y ético— diseña y ejecuta programas formales de docencia, investigación y vinculación social que contribuyen al rescate del hombre de sus quiebres y de toda opresión, en respuesta a su demanda de una mejor calidad de vida.

Desde siempre estas universidades han dado testimonio de la autoaplicación de un pensamiento reflexivo, crítico y propositivo y, aún más, han sido ejemplo palpable de que en sus ambientes educativos se vivencian los valores que estructuran su denuncia y que soportan sus propuestas. Hoy por hoy, están conscientes de que sin ese testimonio su papel social y el trabajo de sus educadores quedarían en entredicho. Saben que no basta con declarar que su universidad forma, por ejemplo, para la justicia, la calidad, la democracia, sino que es preciso realizarlo en justicia, con calidad y con democracia. Asumen el dilema comprometido en esa doble postura institucional: el servicio a la sociedad y la vivencia interna de los valores que anuncia, como sus propios desafíos pedagógicos e institucionales. Desafíos que constituyen un reto, en definitiva, del modo de ser universitario y del modo de hacer universidad ignaciana hoy.

Para la consecución de todo lo anterior se valen de una pedagogía propia que consiste en: partir por considerar y ponderar el contexto socio cultural en que se sitúa; reflexionar sobre sus efectos sobre la persona y la sociedad; deducir y explicitar críticas y auto-críticas; atreverse a realizar cambios en sus procedimientos y en sus lógicas de producción intelectual; generar propuestas sólidas y capaces de devolverle el sentido ético y humanista al conocimiento, al hacer científico y a la formación superior para, en definitiva, fundamentar y alinear su hacer en favor de la persona y de la sociedad a la que pertenecen y quieren servir.

Finalmente, es necesario señalar algunos rasgos que sintetizan y resaltan lo que considero específico de la oferta educativa ignaciana:

Su apuesta en la persona, en la confianza, en la libertad, en la reflexión, en la construcción con otros, y en los valores.

Su búsqueda intencionada, apasionada y constante de síntesis entre: fe y ciencia, teoría y práctica, razón y emoción, docencia e investigación, crítica y propuesta y tradición y futuro.

En definitiva, pensar, actualizar y resignificar nuestro modelo educativo representa la ocasión para probar que nuestro credo institucional es posible, que nuestro saber es útil, que nuestra fe se traduce en obras, que nuestros programas y servicios son socialmente pertinentes. En sentido último, nos permite verificar nuestra capacidad de reflexionar y de formular alternativas de gestión y de producción universitaria, que demuestren que continuamos siendo un espacio socioeducativo capaz de ofrecer respuestas lúcidas y posibles a los quiebres, necesidades y demandas del hombre y de la sociedad de este tiempo.

ELEMENTOS PARA UN MODELO DE UNIVERSIDAD IGNACIANA *

*Juan Jorge Hermsillo Villalobos ***

Si tus planes son a un año, planta arroz;
si son a veinte años, planta árboles;
si son a más de un siglo, desarrolla a las personas
Proverbio chino

Advertencia

El presente trabajo es producto de las reflexiones ocasionales a lo largo de muchos años de participar en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) como profesor e investigador dentro de la rama de las ingenierías. Es consecuencia también de la frecuente convivencia con los alumnos y de la búsqueda de mejores maneras de servirles desde el trabajo docente, también es el resultado de algunas discusiones con colegas dentro del propio ITESO y de la Universidad Iberoamericana. Escribo desde la visión de un profesor de las llamadas "ciencias duras"¹ y no desde la de un especialista en ciencias sociales o en educación. Aunque este

* Conferencia.

** Jefe del Departamento de Procesos Tecnológicos e Industriales, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

1. En fechas recientes he enseñado termodinámica, mecánica de fluidos y astronomía.

trabajo refleja un punto de vista personal, con el objeto de favorecer la fluidez del texto evitaré en lo sucesivo el uso de expresiones como "desde mi punto de vista...", "creo que debería ser...", "a mi modo de ver...", confiado en que el lector habrá pasado por esta advertencia.

Introducción

La universidad es una institución cuya razón de ser fundamental es servir a la sociedad donde se encuentra, con los medios y modos que ella misma determina. Sin embargo, las formas de servir a la sociedad que corresponden a la universidad guardan características específicas. Son formas de servir para el desarrollo y mejoramiento social de las personas, para el uso racional de los recursos, y para la conservación, acrecentamiento y uso humanista del conocimiento. Haciendo un paralelo entre la sociedad que evoluciona a través de su historia y una embarcación que navega por el océano, diría que la universidad debe servir a la sociedad no desde una posición de esclavo o grumete, tampoco desde la de capitán o timonel, sino desde la posición del vigía que observa desde lo alto del mástil y trasmite la información privilegiada que obtiene, o desde la del copiloto que traza la ruta en los mapas utilizando esa información, previendo sus implicaciones. Sin embargo, aunque todas las universidades tienen, en principio, muchos elementos en común, diversas instituciones pertenecientes a la misma región o ciudad pueden tener formas radicalmente opuestas de trabajar, originadas de planteamientos filosóficos diferentes desde su raíz.

La universidad es un género institucional que ha existido por más de 800 años. Si nos atenemos al inicio del uso del término, habría que remontarnos hacia el siglo XII, a las universidades de

París y Bolonia. Las estructuras sociales han cambiado de manera significativa a lo largo de casi un milenio y, sin embargo, el concepto de institución universitaria sigue vigente hoy día, en diversas formas, en todos los países. La situación actual, sin embargo — radicalmente diferente desde muchos puntos de vista a la de hace medio siglo y hacia atrás— exige una renovada labor universitaria por crear que no puede ser copia de lo hecho en siglos pasados. Aun con los cambios que se vengan, es tarea difícil cuestionar la pertinencia de la educación superior. En este sentido me parece que la universidad seguirá teniendo vigencia. Sin embargo, este hecho no garantiza la adecuación ni la supervivencia de algún modelo universitario particular.

En este contexto, la búsqueda de un modelo educativo propio de la Compañía de Jesús, adecuado al siglo XXI, resulta especialmente útil y necesaria. Se trata, pues, no sólo de un asunto de pertinencia y supervivencia, sino de la búsqueda de la mejor manera de ser útil a la sociedad desde la labor universitaria.

Los elementos constitutivos de la universidad

Al entrar en este tema doy por hecho lo más básico: que toda universidad está compuesta por personas, maestros y alumnos, funcionarios y personal de apoyo (y en algunos casos por un patronato), que al hacer uso de la infraestructura universitaria y del tiempo, materializan los objetivos de la universidad. Pero los constitutivos fundamentales de la universidad no radican en la infraestructura, sino en sus quehaceres y en el sentido que los mueve. Parafraseando a León Felipe, nuestra riqueza no se mide por lo que tenemos, sino por la forma en que organizamos lo que tenemos.

La diversidad de productos de la universidad del siglo XX puede agruparse en las tres funciones tradicionalmente atribuidas a la universidad: investigación, educación superior y extensión-vinculación. Estos son los canales concretos a través de los cuales una institución universitaria puede y debe servir a la sociedad. Los tres quehaceres fundamentales constituyen tres dimensiones del trabajo universitario que permiten la obtención de un producto global *tridimensional* plenamente realizado. En la historia de las universidades no siempre han estado presentes estas tres dimensiones. Una primera pregunta sería si ante el panorama del tercer milenio o, más humildemente, del siglo XXI, esas tres dimensiones siguen siendo pertinentes, o si debe omitirse alguna, o buscar otras nuevas. Como elementos constitutivos de la universidad me ocuparé de las tres dimensiones mencionadas, dejaré pendiente la pregunta y mantendré en mente que bajo el término "extensión-vinculación" cabe casi todo lo que no incluye la investigación o el trabajo educativo.

Con el fin de realizar eficaz y eficientemente esos tres quehaceres, la universidad debe contar además con otras líneas de actividad, digamos internas, que no se manifiestan de forma expresa como productos a la sociedad. Por ejemplo la capacitación continua de su personal docente, directivo y de apoyo, así como la totalidad de las funciones administrativas. Estas funciones indirectas, sin embargo, no son de carácter secundario: resultan verdaderamente claves en la puesta en práctica de cualquier modelo universitario.

La investigación

Es el trabajo de profesores y alumnos que se encamina a la generación de elementos para el entendimiento del mundo en sus múlti-

ples aspectos: individual, social, natural, etc. En este sentido, no considero como investigación la búsqueda bibliográfica —así sea hecha con alta tecnología— ni el levantamiento de censos o de encuestas que pueden resultar elementos útiles para una investigación determinada, pero no constituyen la investigación en sí. La investigación es la actividad intelectual que aporta nuevos elementos para la explicación y predicción de fenómenos naturales, sociales, de la persona, etc. Habría que especificar para quién resultan nuevos estos elementos: ¿para un alumno o un grupo de alumnos?, ¿para un profesor o un grupo de profesores?, ¿para una comunidad determinada? En principio, al hablar de investigación sería de la universidad me refiero a nuevos conocimientos para la totalidad de la humanidad, sin embargo, si consideramos la realidad de nuestras universidades, ello puede convertirse en una restricción demasiado fuerte.

En el campo particular de las ciencias físicas y de la ingeniería, la generación de elementos para el entendimiento puede traducirse específicamente en la generación de conocimientos nuevos alrededor de fenómenos físicos fundamentales, o aplicados a la solución de problemas concretos, o de nuevas formas prácticas de resolución de necesidades humanas mediante la aplicación de los conocimientos ya existentes. A diferencia de otras ciencias, en las ciencias físicas e ingenierías se pone como prueba de la validez de un conocimiento nuevo el que éste sea capaz de predecir nuevos fenómenos, cualitativa o cuantitativamente, y que sirva, en alguna medida, para controlar los fenómenos en que se ve involucrado. Es en ello donde radica la verdadera aportación de la investigación.

En algunos modelos universitarios la investigación es parte importante de los currículos de los alumnos, incluso a nivel licenciatura. En estos casos, además de la generación del conocimiento la

investigación cobra una dimensión educativa, especialmente en dos líneas: el entrenamiento del alumno en métodos de búsqueda del conocimiento nuevo, apropiados a su profesión, y el entrenamiento en las habilidades de pensamiento crítico y creativo que se requieren para la investigación. En otros modelos universitarios la investigación tiende a mezclarse menos con la docencia, o resultan dos cosas definitivamente separadas, o se le relega a los posgrados.

La investigación realizada con seriedad es uno de los pilares más fuertes de la institución universitaria. La autonomía universitaria y la libertad de cátedra, dos características de estas instituciones que han sido proclamadas y defendidas desde la Edad Media, provienen precisamente del poder intelectual que les otorga el hecho de estar constituidas por seres pensantes que actúan con libertad responsable, lo que se traduce en su posibilidad de poseer, generar y emplear el conocimiento. En la investigación radica también una de las mayores responsabilidades universitarias que se conecta íntimamente con el trabajo educativo y con la extensión, y que consiste en compartir, dar a conocer, transmitir, divulgar ese conocimiento. En resumen, a la universidad no debe bastarle ser la depositaria y generadora del conocimiento, sino que es su obligación ponerlo al servicio de la sociedad.

La educación superior, por otro lado, es la forma universitaria de servir a la sociedad que consiste en la formación de los individuos para que se involucren de manera productiva en su comunidad. Entiendo esta expresión en sentido amplio, particularmente en lo que se refiere a las palabras "formación" y "productiva".

La educación universitaria ha incluido diversos modelos a lo largo de la historia. En el caso de las universidades latinoamericanas, tradicionalmente otorgan un título de licenciatura que se

asocia con el ejercicio de una profesión. Desde este punto de vista resulta innegable que es necesario incluir dentro del proceso educativo la capacitación concreta para el ejercicio de la profesión pero, en un sentido amplio, la educación universitaria debe incluir mucho más que esta sola capacitación. No sólo en el sentido de que la educación incluye habilidades y actitudes además de los conocimientos —estos son los más comúnmente considerados como capacitación entre los no especialistas— la educación debería fomentar en el individuo —el alumno— la visión de la relación entre sí mismo y todo lo que le rodea, y no sólo la de su relación con el mercado de trabajo.

La educación superior

La educación superior es una función universitaria verdaderamente clave para su servicio a la sociedad porque puede verse como el mecanismo mediante el cual la universidad aporta elementos —personas cabalmente formadas— para la crítica y propuesta de mejoras a los sistemas sociales, así como para la creación de conciencias colectivas: conciencia de especie, conciencia política, y conciencia de nación. Un riesgo importante en este renglón es que la universidad, con su poder académico, económico y político, se convierta voluntariamente en reproductora exacta de los sistemas, o incluso se someta a ellos con el objetivo de protegerse a sí misma y a los individuos que la sostienen.

Con mucho, el principal producto social de la universidad radica en el ámbito educativo, y se manifiesta a través de la expedición de títulos, o al menos de cartas de pasante, en un cierto porcentaje de la población. Sin embargo, es fácil cuestionar la calidad de este producto de muchas universidades, tanto desde el punto de vista

de la capacitación para el ejercicio de la profesión, como desde el que incluye la formación de la persona en su relación consigo mismo, con la sociedad y con la naturaleza. La conocida erosión del nivel académico de la escuela preparatoria, junto con las presiones del mercado educativo, han inducido una notable baja en el nivel académico de las licenciaturas y posgrados. Sin embargo, esa baja del nivel de las preparatorias —como insumo para la universidad, pero que se encuentra presente también en el resto del sistema educativo— es un dato de la realidad, y no podemos soñar o exigir de súbito niveles más altos sin atacar el problema desde varios frentes.

La extensión-vinculación

La extensión-vinculación es otro de los quehaceres universitarios que consiste en ofrecer a la sociedad productos concretos que son consecuencia del hecho de ser la depositaria y generadora del conocimiento. La extensión y la vinculación son formas de relacionar directamente al cuerpo académico con la comunidad que rodea a la universidad. Lo mismo puede hacerlo mediante la divulgación y publicación de trabajos relativos a la investigación, que mediante la puesta en práctica de proyectos en los que profesores y alumnos apliquen y practiquen lo discutido y generado en el trabajo educativo y en la investigación. Es una forma de dar salida, de aplicación y de verificación real de productos y discusiones intelectuales que de otro modo podrían quedarse en un nivel abstracto. Lo abstracto en sí no representa un defecto de la producción universitaria y, en muchos casos, puede ser precisamente su principal cualidad, por ejemplo en la investigación. Pero pueden existir productos de la universidad que sin este canal directo a la sociedad se queden sin su dimensión de servicio real inmediato.

La universidad debe establecer un balance entre las tres dimensiones antes mencionadas. Una institución que sólo incluye el trabajo educativo, pero cuyos alumnos no se ven en contacto cercano con actividades tendientes a la generación de nuevas formas de enfocar y resolver los problemas de su profesión, probablemente pueda considerársele, cuando mucho, una buena escuela, pero nunca una universidad. Si la ponderación de la investigación resulta excesiva en la institución, y los profesores sólo imparten algún curso cuando les sobra tiempo, o gracias a su inclinación personal, o peor aún por obligación contractual, probablemente sea un buen instituto de investigación al servicio de quienes estén dispuestos a financiar los proyectos, pero tampoco se tratará de una universidad. Si predominan notablemente los cursos de capacitación práctica para el mundo empresarial (o para cualquier otro) aun con las publicaciones correspondientes, probablemente se esté hablando de un instituto de capacitación especializada, quizá con varias especialidades, pero no de una universidad. El trabajo universitario adquiere volumen, genera cuerpo, tiene sentido, cuando combina en forma balanceada las tres dimensiones del servicio a la sociedad donde se inscribe.

Llevar a la práctica este modelo tridimensional implica el desarrollo de las habilidades de los profesores, porque cada una de las tres dimensiones requiere de habilidades diferentes. En mi concepto, es deseable pero no indispensable que cada profesor se desempeñe en las tres dimensiones. Habrá los que son excelentes en la investigación pero "no saben enseñar" (uno de los comentarios más frecuentes entre los alumnos); y habrá los que son excelentes en la vinculación de las actividades de los alumnos con las necesidades reales de una pequeña empresa o de una comunidad marginada, aunque no sepan hacer investigación. A estas limitaciones hay que sumar las limitaciones de tiempo, por lo que se re-

quiere de cada actividad para ser realizada a plenitud. Aunque desarrollar los potenciales de los profesores representa también un quehacer universitario en ocasiones conviene determinar el área donde se desempeña mejor cada persona en vez de pugnar rígidamente por el que todos hagan de todo. El nivel mínimo tridimensional debería darse a nivel departamental. El diálogo y la discusión académica tendría que resultar frecuente entre los profesores que se abocan a cada una de las tres dimensiones del quehacer universitario, con el objeto de que realmente se interrelacionen, se complementen, e involucren con los alumnos.

Los estilos universitarios

La tarea educativa de la universidad, en su sentido más amplio, consiste en favorecer que los alumnos en particular, y la sociedad en general, establezcan un conjunto de relaciones, coherentes, fundamentadas, sanas y equilibradas, con el universo que los rodea. Por universo entiendo, en este contexto, la totalidad del entorno que rodea a la persona, manifestado al menos por los siguientes elementos con los que debe establecer esas relaciones:

- Los demás. Aquí están incluidos los amigos, los familiares, los compañeros de trabajo, los niños de la calle, los alumnos, los maestros, etcétera.
- El trabajo. Puede tratarse de un empleo, una empresa o un negocio propio, un trabajo eventual, etcétera.
- El medio ambiente. Que incluye desde la propia casa y comunidad, hasta el entorno global.
- La belleza.
- La verdad.
- La justicia.

- El poder.
- Dios.

En la figura adjunta intento representar gráfica y sintéticamente estas relaciones. Las líneas representan las relaciones entre los diversos conceptos. El eje principal, desde el punto de vista ignaciano, que expondremos más adelante, va de abajo a izquierda: la persona hacia arriba, a la derecha Dios, y se pasa necesariamente por la sociedad: los demás. Desde luego, se trata de un bosquejo muy simplificado, con muchas de las interrelaciones omitidas para facilitar la representación. (Debería haber, por ejemplo, líneas entre la naturaleza y la belleza, entre el trabajo y la justicia o el arte y la religión). Las tres dimensiones del quehacer universitario deberían contribuir al establecimiento de estas relaciones y en este sentido las tres resultarían educativas.

Los diversos estilos universitarios se distinguen entre sí por el énfasis o ponderación que imprimen a estas relaciones entre la persona (el alumno) y los elementos del universo antes descrito. Estos énfasis se manifiestan más claramente en el trabajo educativo, pero aparecen como trasfondo de todas las actividades universitarias. A continuación expongo lo que considero como algunas caricaturas de universidades, algunas base de las instituciones que he conocido. Como caricaturas que son, algunos rasgos estarán exagerados. Debo decir, no obstante, que los tipos de alumnos y maestros típicos de estas instituciones, según se infiere, los he visto también en el ITESO. He de aclarar, además, que al describir la universidad ignaciana me referiré al ideal imaginario y no a una descripción de la realidad que se observa en la actualidad.

Existen instituciones en las que el énfasis se imprime en la relación entre el individuo y el trabajo. En ellas el currículo profesionalizante, y en muchos casos especializante, cuenta con una alta



ponderación. Los demás se toman en cuenta sólo porque resultan necesarios para el ejercicio de la profesión. La naturaleza se considera porque últimamente se ha puesto de moda y porque hasta puede brindar oportunidades de empleo. En ellas el título se obtiene de manera rápida, para poder *ejercer*: objetivo principal de los alumnos. La búsqueda de la belleza puede ser una afición válida, y la consideración de Dios no resulta indispensable en este panorama institucional. En algunas instituciones de este tipo, sin embargo, Dios aparece explícitamente porque en un país tan católico como México resulta hasta un argumento mercadológico.

Otro tipo de instituciones es el que ofrece a sus alumnos y pone énfasis en el prestigio y el poder. El trabajo y la empresa son los medios para lograr su objetivo. La "excelencia" se desborda por doquier. Las alfombras en los salones, las corbatas de los profesores, y los despliegues de tecnología son indicadores del nivel académico. Los demás son el punto de apoyo y el brazo de palanca para lograr el objetivo, porque sin ellos ¿qué es el prestigio y el poder? El arte, la ciencia, los conocimientos, las habilidades, el *know how*, tienen un precio en el mercado y también son los medios para lograr el objetivo. Se considera en ellas que la naturaleza aguanta todavía mucho los embates del hombre, siempre que no se violen los reglamentos a niveles que impliquen multas exageradas. A Dios hay que tenerlo contento, piensan, dando limosnas y cumpliendo con los ritos establecidos (los grandes pecados son los del orden sexual; en lo económico no se peca).

Hay otras universidades que son verdaderos trampolines políticos. La afiliación pública a un cierto partido les resultaba de suma importancia hasta hace poco, pero ahora parece que ha pasado de moda con el advenimiento, por fin, de la alternancia política. En este tipo de universidad la búsqueda del poder resulta también lo preponderante, pero no a través del trabajo productivo empresarial, sino por medio del "servicio público". Otra vez los demás resultan necesarios para la existencia del "servicio". La defensa de la naturaleza resulta de alta prioridad porque siempre tiene una dimensión política. El arte, la cultura, la ciencia y la tecnología se prestan para la organización de eventos masivos, gratuitos, o de precios moderados, pero con presupuestos importantes, por lo cual también resultan interesantes por el manejo de los recursos económicos. El nivel académico es el que produce la proliferación de la demagogia. Generalmente, Dios no resulta necesario para esta modalidad de universidad.

En otras más, lo preponderante es Dios. A Dios se llega por la revelación, contenida en la *Biblia*. La *Biblia* habla muy claramente de siete días de la creación y de lo que sucedió en cada uno de ellos. Por tanto, Darwin, Freud, Einstein, Hubble y un sinnúmero de astrónomos, antropólogos, físicos, biólogos, sociólogos y hasta historiadores, poetas y escritores están equivocados en sus intentos por comprender, describir o imaginar el mundo. Debido a ello, las carreras que ofrece esta modalidad de universidad se ha reducido a recetarios profesionales. La consideración de los demás resulta útil para el ejercicio profesional, pero en otro nivel, se trata de una especie de impuesto que cobra Dios al decir "amarás a tu prójimo [...]" porque en realidad la relación entre el individuo y Dios es directa, o resulta comunitaria sólo para fines rituales. La política, el poder y el dinero pueden usarse indiscriminadamente, con tal de que se justifique en términos convincentes.

Existen también las universidades o instituciones de enseñanza superior que combinan elementos de dos o más de estas caricaturas. Las hay que perderían parte importante de su razón de ser sin la existencia de un equipo profesional de algún deporte. Y hay las que tienen más activos invertidos en negocios periféricos que en la propia universidad.

Consideremos por último, la universidad de estilo ignaciano. Aquí dejo a un lado las caricaturas y paso a describir un concepto ideal. En esta universidad se comienza por el reconocimiento del mundo como un sistema complejo donde todo se encuentra interrelacionado. El equilibrio entre esas interrelaciones es su característica principal como propuesta de visión del mundo. Dios se encuentra presente de manera directa en ellas, mas su presencia no resulta absorbente o atrofiante respecto de las relaciones con los demás y con la naturaleza. El trabajo, la empresa y la política se

entienden como formas particulares y concretas de servicio a otros, pero no como las únicas. El servicio a los demás es parte importante del sentido de la existencia humana y de la relación con Dios. Igualmente importante es la promoción de la justicia. El respeto a la naturaleza y su explotación en forma racional provienen de una obligación moral, no sólo legal. El arte y la ciencia son medios para la búsqueda de la belleza y la verdad, búsqueda que se considera inherente al ser y al quehacer humanos.

Su objetivo es tratar de evitar que alguna de las interrelaciones mencionadas prevalezca respecto de las demás para evitar que éstas se atrofien, porque ellas mismas son también dimensiones propias de la existencia humana. Este objetivo puede lograrse mediante el impulso de todas esas dimensiones, o a través de la moderación de las que tiendan a dominar y a deformar la visión del mundo. Al poner el énfasis en el equilibrio y proponerlo como una de las características fundamentales para el modelo ignaciano se da lugar a dos riesgos. El primero es que el equilibrio, como tal, bien puede lograrse con mediocridad en todos los frentes. De ninguna manera buscamos llegar al equilibrio por este medio en nuestras universidades. El segundo riesgo es que, según lo expresado en la figura, puede darse un equilibrio entre todas las interrelaciones que parten de abajo a la izquierda de la persona en el esquema anterior y eliminar, para fines prácticos, el extremo de arriba a la derecha. Aunque ésta representaría una gran mejoría respecto de visiones del mundo desequilibradas como las que expresé en las caricaturas, el verdadero modelo ignaciano tiene de forma explícita presente a Dios.

Por otro lado, el equilibrio de todas esas interrelaciones produce diversidad de visiones del mundo en personas diferentes. En la universidad de estilo ignaciano no se trata de producir alumnos

con una sola visión del mundo: no se trata de un suaje o troquel. Esa diversidad de visiones es una suerte de riqueza social.

Por último, con relación a esta búsqueda del equilibrio de las interrelaciones, conviene decir que se trata de una propuesta de visión del mundo que la universidad ignaciana ofrece a sus alumnos. No obstante, es imposible garantizar o incluso medir el grado de equilibrio con que los alumnos egresan de nuestras universidades. Y conviene tener presente que muchos de los grandes hombres de nuestra cultura: científicos, artistas, empresarios, etc., no se distinguieron precisamente por una vida donde privara el equilibrio de esas interrelaciones, sino precisamente por su desequilibrio. Muchos de ellos fueron grandes por sus logros en algo específico, no por la magnitud de la dimensión humana de sus vidas.

La universidad de estilo ignaciano

El calificativo *ignaciano* aplicado a un modelo universitario, refiere necesariamente a la labor de san Ignacio de Loyola, aunque haya vivido hace más de 400 años y la universidad que le haya servido de base para algunos aspectos de su obra haya sido la de París en el siglo XVI.

El concepto clave del calificativo *ignaciano* radica en la concepción del hombre y de su relación con el universo en sentido amplio. Es decir, el individuo y sus múltiples formas de relación con los demás; el individuo y su relación con la naturaleza y con los bienes materiales. El individuo y su relación con Dios y ésta a su vez en interrelación con las dos anteriores. Esta concepción y las relaciones se encuentran implícitas o explícitas en los ejercicios espiritua-

les que, desde luego, no fueron escritos ni concebidos para servir de modelo para la construcción de universidades.

Un gran reto en el trabajo de generación del modelo educativo de una universidad ignaciana no radica sólo en la traducción del español del siglo XVI al español del siglo XXI ni al uso de las palabras, muchas de ellas todavía vigentes. Sino en lo que toca al contexto de los grandes problemas sociales de ambas épocas, que hacen que las preocupaciones, intereses, y asuntos importantes para la mayoría de la población, y en particular para nuestros alumnos, sean totalmente diferentes ahora respecto de lo que ocurría en aquel tiempo (aunque probablemente en el fondo incluyan una explicación similar).

Por ejemplo, en el "Principio y fundamento" de los *Ejercicios*, san Ignacio afirma que "El hombre es criado para alabar, hacer reverencia y servir a Dios, y mediante eso salvar su ánima". Y en renglones sucesivos indica en líneas generales lo que el hombre (y la mujer) deben hacer para la consecución de ese fin. El problema no termina con la sustitución de *criado* por *creado* y de *ánima* por *alma* para facilitar su comprensión. Seguramente, en la sociedad medieval del siglo XVI, para muchas personas esas palabras tenían un sentido inmediato y salvar su alma, en sentido literal, tenía una prioridad alta. Aun hoy, entre laicos que se sientan impulsados a la realización de los ejercicios, estas palabras deben tener un sentido más o menos claro. Sin embargo, un problema de fondo en el quehacer educativo de una universidad de estilo ignaciano, consiste en encontrar lo que significa para el mundo laico, materialista, escéptico y posmoderno de hoy, el mundo real y cotidiano de nuestros alumnos alabar y hacer reverencia a Dios, servirle, salvar el alma. Consiste también en encontrar cómo lograr que esas palabras cobren sentido no sólo dentro de un discurso coherente y

gramaticalmente correcto, sino en la vida cotidiana, así tenga que cambiárseles por otras más convincentes (sin modificar su sentido profundo). Consiste en proponer y vivir valores y actitudes adecuados al mundo de hoy, que rescaten el espíritu de lo expresado en el principio y fundamento, que ayuden tanto a alumnos como a profesores a salvar su alma, o como quiera que deba decirse en el mundo de hoy. El problema resulta serio ya desde la práctica educativa en la interacción directa con los alumnos. Pero más lo es desde la función directiva, en la que se hace necesario conciliar o combinar la libertad de cátedra y el respeto a la diversidad de opiniones y credos de los profesores, con la necesidad de proponer modos concretos y pertinentes para poner en práctica el fin propuesto en los *Ejercicios*.

Si del texto de los *Ejercicios* se infieren los elementos esenciales de lo ignaciano, queda claro que la actividad y razón de ser más importante de la universidad es, con mucho, el hombre y su relación con el universo que lo rodea, en sentido amplio. Esto imprime una dimensión, ponderación e importancia especial al aspecto educativo, por encima de la investigación y de la extensión-vinculación. En las secciones siguientes intentaré exponer algunos elementos de mi visión acerca de una universidad que merezca el calificativo de *ignaciana*.

La universidad ignaciana en el trabajo educativo

La universidad de hoy debe combinar las tres dimensiones y las características expuestas en secciones anteriores. Sin embargo, en el caso de la universidad de estilo ignaciano, la dimensión educativa, relacionada expresamente con la formación y crecimiento personal de los alumnos, adquiere una preponderancia especial. Entre los

alumnos incluyo a los de cualquier programa, no sólo los de licenciatura; y a los de cualquier edad: jóvenes o adultos. El proceso educativo y de crecimiento humano no termina, ni puede hacerlo, a los 22 años de edad y, desde luego, es imposible reducirlo a los cuatro años usuales de un programa de licenciatura que centra en la formación profesional básica.

Encuentro cinco rasgos fundamentales que debería observar una universidad ignaciana en lo que se refiere a la educación, formación y crecimiento de sus alumnos. Estos rasgos son: el uso de metodologías educativas adecuadas a cada asignatura o actividad, que utilicen todos los canales y modos de aprendizaje del ser humano, con el propósito de lograr un auténtico aprendizaje; el empleo frecuente del paradigma pedagógico ignaciano, especialmente en su núcleo central experiencia-reflexión-acción, en algunas asignaturas y actividades extracurriculares; el fomento de las características propias de la educación jesuítica (una de las cuales es el paradigma, pero he querido darle una ponderación especial); propiciar la calidad en el contenido y enfoque de ciertos elementos en la enseñanza-aprendizaje del conocimiento; imprimir un enfoque humanista en las tres dimensiones del quehacer universitario.

Estos cinco rasgos fundamentales no son del todo independientes entre sí, por lo cual seguramente que unos podrían incluirse dentro de otros. Sin embargo, considero los aspectos más relevantes del estilo ignaciano dentro del quehacer educativo. Abundaré a continuación con respecto a cada uno de ellos.

Uso de metodologías adecuadas a cada actividad

El texto de los *Ejercicios* incluye una pedagogía que ha sido ampliamente estudiada (dos líneas diferentes pueden verse en Metts, 1997

y Pérez Valera, 1993). Su interpretación es atemporal, lo que quiere decir que resulta aplicable hoy día si logra abstraerse la esencia del texto. Esto es porque la pedagogía que se descubre en los *Ejercicios* no es la de un teórico de la educación sino la de un profundo conocedor de la naturaleza y condición humanas que no parecen haber cambiado sustancialmente en los últimos 500 años. El libro de Metts (1997) ha despertado alguna discusión acerca de si Ignacio realmente "lo sabía". El hecho es que las instrucciones precisas, desglosadas, numeradas, que san Ignacio redactó en las diversas partes de sus *Ejercicios*, pueden traducirse en modos concretos de conducir una clase o un proceso educativo en general. Conceptos como la "prelección", la "aplicación de los sentidos", la "repetición", etc., (algunos de estos tomados de la *Ratio Studiorum* de 1599) pueden aplicarse a la impartición de diversas asignaturas aunque su contenido difiera totalmente del de la materia que dio pie a los ejercicios. Metts expone en su libro que los descubrimientos recientes acerca de los procesos y características de la mente, como las inteligencias múltiples, las especificidades de los hemisferios cerebrales, los estilos de aprendizaje, etc., están implícitos en los *Ejercicios espirituales* y en la *Ratio*. El conocimiento más científico y menos intuitivo —como debió ser el de san Ignacio en estos puntos— debería conducir a cualquier institución educativa a la innovación de sus prácticas docentes con objeto de hacerlas más eficaces para el aprendizaje y formación de sus alumnos, independientemente de su afiliación o credo. En otras palabras, nuestras universidades ignacianas deberían trabajar en estos aspectos por el sólo hecho de ser instituciones educativas, y no únicamente desde la investigación del fenómeno educativo sino en la práctica de todos sus programas. Pero este aspecto adquiere todavía más relevancia al descubrir que en los *Ejercicios*, el documento mismo de donde

emana buena parte del estilo que buscamos, estos aspectos se encuentran implícitos.

Aplicación frecuente del paradigma pedagógico ignaciano

El segundo rasgo fundamental es la aplicación del paradigma pedagógico ignaciano que suele resumirse en la secuencia: contexto-experiencia-reflexión-acción-evaluación (ver *Pedagogía ignaciana*, 1996). Estos cinco elementos, abstraídos de los *Ejercicios*, y por ello plenamente ignacianos, pueden sin embargo plantearse o exponerse completamente fuera de su propio contexto (están pensados para el aspecto espiritual con el propósito de ayudar al hombre a salvar su alma). El paradigma, aunque es parte central de la pedagogía ignaciana, tiene una dimensión mucho mayor que las que podrían considerarse como recomendaciones para la buena docencia expresadas en el párrafo anterior, tanto desde el punto de vista del tiempo que requiere de dedicación por parte del alumno (y del maestro), como desde las implicaciones para quien lo practica. Desde luego, en muchas asignaturas puede aplicarse el paradigma en el proceso enseñanza-aprendizaje. Sin embargo, su dimensión más trascendente consiste en que sirve, y es especialmente adecuado, para la toma de las grandes decisiones en la vida de una persona. Resulta, pues, sumamente pedagógico en un sentido mucho más amplio que el literal que suele dársele a esta palabra. Uno de los múltiples aspectos de la vida humana, y más en el acelerado mundo actual, es la necesidad de una continua toma de decisiones con implicaciones pequeñas, medianas o grandes, para la vida propia y la de los demás. Cuanto más conscientes y fundamentadas resulten estas decisiones, desde la totalidad de los aspectos de la persona —no sólo el racional—, más aportarán a su

propio crecimiento. Al referirme a que el paradigma pedagógico ignaciano resulta idóneo para las grandes decisiones no estoy sugiriendo que sea inadecuado para la toma de otras decisiones menores, o incluso para la enseñanza-aprendizaje de asignaturas concretas. Por el contrario, si el alumno (y el maestro) tiene el hábito de recorrer el camino desde la percepción del contexto hasta la evaluación de lo realizado, tanto en algunas materias del currículo como en la toma de decisiones personales, al llegar a las decisiones verdaderamente trascendentes de su vida tendrá probablemente un mejor entrenamiento para la elección del mejor camino. El paradigma pedagógico ignaciano debería estar presente, en forma expresa, en muchas asignaturas de los currículos, especialmente hacia el final de los programas, cuando ya se cuenta con una visión más amplia de la profesión, de la realidad en la que va a ejercerse y cuando se ofrecen las asignaturas de carácter integrador. Debería estar presente, también, en las actividades periféricas al currículo, como en el servicio social, las prácticas profesionales y la realización del trabajo terminal. Estas tres actividades por no tener un programa de tipo clase por clase, por no centrarse en la obtención de conocimientos específicos dentro del plan de estudios, y por contar con una duración y continuidad en el tiempo, en principio mayor que el de una asignatura, se prestan en forma idónea para ser planteadas en los términos del paradigma pedagógico ignaciano.

Fomento de las características de la educación jesuita

En adición a lo anterior, para la consideración de lo que encuentro como el tercer rasgo fundamental es necesario tomar en cuenta los aspectos de la educación ignaciana señalados en los documentos *Características de la educación de la Compañía de Jesús* (1986), y *Refle-*

xiones a diez años (1997) que apuntan una serie de características que debe reunir un proceso educativo que se siga de una inspiración ignaciana. Aunque el primero incluye varios elementos y una redacción más adecuada para la educación media, muchos de estos elementos resultan también completamente aplicables a la educación superior. No es este el espacio para repetir esas características, pero sí para tenerlas presentes como parte de los elementos del modelo que queremos construir.

Las características de la educación jesuita, tal como se expresan en el documento mencionado, tienen una importante componente de índole religioso, de insistencia en la relación del hombre con Dios, y particularmente de la propuesta que incluye a Jesucristo como modelo para la vida humana. En una institución de corte ignaciano —no necesariamente confiada a la Compañía de Jesús— es natural y necesario que existan estos planteamientos, dado que fueron el origen y motor de la obra de san Ignacio. No considero verdaderamente ignaciana una universidad en la que se empleen las técnicas modernas de la enseñanza, se practique el paradigma pedagógico en su aspecto puramente laico, y se tomen sólo las características que tienen que ver con la formación humanística en general, mientras se hacen a un lado los aspectos específicos de la religión católica.

Sin embargo, por otro lado, tampoco resultaría ignaciana, y mucho menos universitaria, la imposición de condiciones de credo religioso, o de prácticas específicas tanto a los alumnos como a los profesores. Una universidad ignaciana puede tener profesores y alumnos no sólo de diversos credos, agnósticos o ateos, sino incluso que se opongan a algunos de los puntos concretos expresados en párrafos anteriores ¿Cómo es posible, entonces, esperar que el estilo ignaciano resulte viable y pueda florecer en una universidad? En

las "Anotaciones" de los *Ejercicios*, san Ignacio —aun en el lenguaje y estilo del siglo XVI— hace recomendaciones expresas con relación al respeto a la libertad interior del ejercitante. El trasplante de estas anotaciones al medio universitario se traduce en el respeto a la libertad de alumnos y profesores, aunque sujeto a ciertas condiciones. En este sentido podría pensarse hasta que este estilo incluye en sí mismo la semilla de su propio fracaso que, sin embargo, en el ambiente apropiado y con las estrategias adecuadas al medio universitario, resultaría estéril. Lo que no puede tolerarse en la universidad, y particularmente en lo que toca a los profesores, es precisamente la falta de las características universitarias de apertura, autenticidad, congruencia y honestidad, en lo académico y en lo personal. El estilo ignaciano radica precisamente en el hecho de que al manifestarse estas características, el uso de la libertad produce un ambiente extraordinariamente propicio para el crecimiento humano, en contra de lo que sucede en un ambiente rígido y dogmático. Evaluar las características mencionadas en el comportamiento privado de un profesor resulta extremadamente difícil, riesgoso y quizá hasta indebido, porque ¿quiénes serían los integrantes de un tribunal dictaminador? Aun así, por lo menos en el ITESO —dicen los reglamentos— un profesor requiere al menos de cuatro años de mostrar éstas y otras características en lo personal, no sólo en lo académico, para poder ser candidato a profesor titular. Si realmente lográramos tener un cuerpo de profesores con estas características, no fingidas o aparentes sino encarnadas hasta el tuétano, el estilo ignaciano podría florecer en la universidad como producto de su propia fuerza y no sólo porque las discusiones en torno a problemas científicos, técnicos, educativos o sociales tuvieran también esas características, sino porque los alumnos irían involucrándose en la vivificación de estas actitudes, y esa es la mejor manera de apropiárselas.

Los tres rasgos fundamentales expuestos en párrafos anteriores: innovación educativa y la práctica tanto del paradigma como de las demás características, implican un esfuerzo importante desde la dirección de la universidad con objeto de que pasen a formar parte de su descripción cotidiana. Ello resulta prácticamente imposible mientras el principal o único criterio de contratación de profesores de tiempo fijo y variable sea su nivel académico, medido a través de títulos, sin importar sus habilidades docentes y su visión de la educación. La situación se agrava cuando priva la urgencia por encontrar quién imparta un curso en una fecha próxima. El nivel académico, manifestado en la solidez de conocimientos y habilidades del profesor, no debería ser un punto de negociación; es decir, que debería ser sólo una condición necesaria para su contratación. Sin embargo, hace falta todo un trabajo complementario, de calidad a toda prueba, en la formación académica de los profesores y de los candidatos, con objeto de pasar del estilo descrito con la expresión "viene, da su clase y se va" a un estilo con verdadera dimensión educativa, en el sentido que pretendemos.

La búsqueda de calidad en el contenido y enfoque de los conocimientos

La calidad de los conocimientos que deberían impartirse en una universidad de carácter ignaciano constituye el cuarto rasgo fundamental, que no resulta menos importante que los demás. En múltiples artículos Armando Rugarcía (1997) ha expuesto como uno de los principales problemas de nuestro sistema educativo el culto al conocimiento. Culto que, según él, se manifiesta en la administración universitaria, en la contratación de los profesores, en la importancia que se da a algunas actividades, en las prácticas docentes, y en el tipo de evaluaciones que se practica a los alumnos. El problema, evidentemente que no radica en el conocimiento en sí,

radica en que el conocimiento memorístico, donde no se comprende en realidad y no se integra e interrelaciona con otros conocimientos, no merece llamarse conocimiento. Y es eso precisamente lo que muchas de nuestras escuelas cultivan.

Sin embargo, desde mi experiencia en la impartición de conferencias y cursos de astronomía, así como de tecnologías apropiadas y desarrollo sustentable, me doy cuenta de que vivimos también un cada vez mayor culto al desconocimiento. Los temas que acabo de mencionar se prestan de forma idónea para ser tratados ante públicos más amplios que los cursos más específicos —termodinámica, mecánica de fluidos o fisicoquímica— que suelo impartir en las ingenierías. El culto al conocimiento que expone Rugarcía es de tipo reverencial o de *magister dixit*. El culto al desconocimiento al que me refiero es diferente: es de tipo “esperanza perdida”, “por si las dudas”, “uno nunca sabe”. Es de tipo mágico. El primero es de excesiva soberbia, el segundo no es de humildad, sino de ignorancia y de derrotismo.

Bosquejo brevemente a lo que me refiero con este culto al desconocimiento. Normalmente se mencionan los avances científicos del siglo XX, junto con su notable desarrollo tecnológico, como íntimamente relacionados con los cambios sociales de nuestra época. Sin embargo, estamos a punto de cerrar el segundo milenio de nuestra era con panoramas regionales, nacionales y mundiales de extrema heterogeneidad en cuanto a la distribución de la riqueza y la disponibilidad y dominio de los recursos naturales. La pobreza y el hambre llegan a niveles que para los que desconocen la historia parecen no tener precedentes —aunque realmente no tienen precedente en cuanto a números absolutos de población humana involucrada. Por si esto fuera poco, el deterioro ambiental ha pasado de los ámbitos locales o regionales al nivel global, y está

íntimamente ligado con el modo como hemos usado los recursos para apoyar el desarrollo, y para la satisfacción del ansia de bienestar y de placer. Estos hechos se presentan en los medios masivos de comunicación al nivel de veracidad y muy escasa profundidad que ellos mismos permiten. La situación descrita produce un justificado desencanto en muchos. Es ya un lugar común culpar a la ciencia y a la tecnología de estos daños al ambiente, y hasta de las injusticias sociales. A no pocas personas con las que me toca convivir ello las ha llevado a iniciar un movimiento, al menos de opinión, en contra de ambas (aunque siguen moviéndose en automóvil, hablan por teléfono, ven televisión y no cocinan con leña). Resulta frecuente escuchar que la ciencia está acabando, o logró acabar ya, con la sabiduría humana que nos permitió habitar la tierra los últimos millones de años. Que la ciencia es sólo un punto de vista acerca de la realidad, como si la humanidad, si se lo propusiera, pudiera encontrar otro conjunto de leyes de la naturaleza. Es más, como si las presiones sociales hubieran de forzar a los científicos a encontrar otro conjunto de leyes; o como si las leyes de la naturaleza pudieran reescribirse tal como la *Constitución mexicana*. En adición a esto, la lectura superficial de algunos puntos claves de la historia de la ciencia ha reforzado esta idea. Se dice, por ejemplo, que la física moderna vino a derrumbar el viejo edificio de la ciencia, como si la relatividad hubiese abolido la gravitación y las leyes de la mecánica clásica. La teoría de la relatividad se interpreta como que Einstein logró demostrar que todo es relativo y hasta recibió por ello el Premio Nobel. Se habla, asimismo, del principio de incertidumbre de Heisenberg como si hasta la física hubiese tenido que reconocer como uno de sus principios fundamentales el que ningún fenómeno puede conocerse o predecirse con certeza.

Por otro lado, la imaginación humana no tiene límites conocidos, y la asociación de la tecnología con la creatividad de algunos ha hecho posible la producción de videos y películas acerca de muchos fenómenos imaginarios (así como de otros históricos). La vista es uno de los sentidos más convincentes para una mente mal entrenada. Así, lo mismo los viajes interplanetarios que las fuentes de energía infinitas y sin impacto ecológico han sido ya filmados dentro de un género que está pasando de la ciencia ficción a la ficción pura. Todo esto genera una confusión no sólo a nivel masivo popular, donde quizá no tendría mayores repercusiones, pero he visto trascender esta confusión entre nuestros alumnos y maestros universitarios con lo que ello significa para nuestra aportación universitaria a la sociedad a través del quehacer educativo.

Pongo unos pocos ejemplos. En un congreso de enseñanza de la ingeniería escuché a un profesor rasgarse las vestiduras porque en México todavía enseñamos las leyes de Newton, publicadas hace más de 300 años, cuando ya existe la física moderna. El argumento que esgrimía era precisamente el del derrumbe de la ciencia, antes mencionado. En una universidad cercana presencié una conferencia magistral acerca del por qué el cielo es de color azul y por qué el sol se ve más grande cerca del horizonte, entre otros fenómenos. Los argumentos empleados parecían coherentes entre sí, pero resultaban contrarios a las observaciones cuantitativas verificables. Un colega de otra universidad intentó demostrar las propiedades magnéticas de cualquier trozo de madera. Un profesor del ITESO (hoy en otra universidad) invirtió un increíble número de horas de su tiempo libre en deducir una fórmula para predecir el número del billete a ser premiado por la lotería nacional. En una ocasión recibí una petición de apoyo a la candidatura para que se le otorgara un premio académico de una prestigiada univer-

sidad mexicana a un profesor que inventó un método para limpiar el aire de las ciudades que se basaba en poner más automóviles en circulación y más fábricas en operación y, aunque parezca increíble, escribió un pequeño libro profusamente ilustrado al respecto. En mis charlas astronómicas, por ejemplo, me cuesta trabajo resultar convincente ante algunos universitarios, aun mediante razonamientos detallados, de que sabemos que no existe otro planeta como la tierra del otro lado del sol, que los cometas son cuerpos celestes y no indicadores de que algo malo va a suceder (ni bueno, por cierto, y hasta he sido calificado de cantinflesco por afirmar que los cometas no son ni buenos ni malos). Me cuesta trabajo convencer a mis oyentes de que sabemos que las demás estrellas contienen los mismos elementos químicos que se encuentran presentes en la tierra, que estos elementos no son capaces de soportar una infinidad de formas de vida, y de que sabemos que no existen ni pueden existir otros elementos químicos en el universo. En más de una ocasión me han sido mostradas fotografías de OVNIs volando en las cercanías de Guadalajara y hasta he recibido peticiones para organizar alguna semana académica en el ITESO para el análisis de dichas fotos y la discusión del tema. Y, desde luego, que la expresión "no identificado" ya se toma como sinónimo de extraterrestre y tripulado. Cuando abordo el tema de fuentes de energía y desarrollo sustentable, con frecuencia me encuentro con planteamientos igualmente infundados, tales como las soluciones mágicas con autos eléctricos, pero no es este el espacio para extenderse con un mayor número de ejemplos ni para analizarlos.

A esta incapacidad de distinguir entre lo que sabemos y lo que no sabemos, lo conocido de lo imaginario; lo real de lo posible, de lo factible y de lo imposible; lo científico de lo mágico, junto con la fe ciega en todo lo alternativo, es a lo que llamo culto al des-

conocimiento. Culto en el sentido de que en esos elementos mágicos y alternativos se deposita muchas veces la fe. Culto también en el sentido de que está volviéndose parte integral de la cultura. Aunque con manifestaciones marcadamente diferentes, veo que en el fondo está relacionado, a través de la carencia de habilidades de pensamiento crítico, con el culto al conocimiento memorístico, junto con la carencia voluntaria de habilidades críticas que expone Rugarcía. Los dos párrafos anteriores muestran los orígenes y algunos ejemplos particulares de una situación que me hace pensar en el peligro de estar avanzando hacia una época oscurantista y de relegación del conocimiento donde el análisis crítico de la realidad sea sustituido por mitos. Este peligro resulta grave porque desde el punto de vista del uso de los recursos naturales, por ejemplo, el embrollo en que se ha metido la humanidad no puede ser resuelto sin tomar en cuenta lo que conocemos o descubramos acerca de la naturaleza y las tecnologías de las que disponemos o seamos capaces de crear en un futuro cercano. En otras palabras, no puede resolverse desde una nueva época de oscurantismo a menos que estemos dispuestos a aceptar una tragedia humana de dimensiones globales y asumamos cómodamente la famosa expresión keynesiana "a la larga todos estaremos muertos". El problema, desde el punto de vista de nuestra búsqueda del modelo ignaciano de universidad, es que son importantes para nosotros todos los hombres y mujeres que viven hoy y que vivirán en el futuro inmediato y mediato.

La famosa frase del padre Arrupe que expresa la misión educativa desde las instituciones jesuitas, para la formación de hombres para los demás ha sido muy estudiada y adaptada a diversas situaciones. Rugarcía, por ejemplo, afirma que no basta que los hombres sean para los demás, sino que deben también ser capaces. ¿Cómo preparemos hombres y mujeres capaces para servir a los demás

mientras los conocimientos básicos sean tan laxos y relativizados como he ejemplificado? ¿En qué consiste la preparación de nuestros alumnos para una nueva sociedad más justa, mientras existan creencias arraigadas expresadas en “algo va a pasar”, “tiene que solucionarse”, “algo han de inventar”? Yo no niego la posibilidad que algo pudiera pasar que tuviera como consecuencia la solución o atenuación de algún problema ambiental o social. Lo que cuestiono es la proliferación del pensamiento mágico en nuestros alumnos y profesores en vez del pensamiento crítico y del creativo, junto con la adquisición de conocimientos sólidos, con objeto de proponer soluciones concretas de la forma más consciente posible. El propio san Ignacio recomendaba hacer las cosas “como si todo dependiera de tí [...]”

El enfoque humanista de las tres dimensiones del quehacer universitario

Es el quinto rasgo que postulo para la universidad de estilo ignaciano. Se trata del enfoque que debería prevalecer no sólo en el trabajo educativo propiamente, sino también en la investigación y en la extensión-vinculación. Encuentro el enfoque humanista en varios aspectos de estos dos quehaceres: primero, en la dimensión educativa que, en mi concepto, deberían tener al involucrar activamente a los alumnos de cualquier programa y nivel, de acuerdo con su nivel y potencialidades. Segundo, los programas de investigación, extensión y vinculación deberían abordar no cualquier asunto que se presentara con la misma prioridad, sino poner énfasis en los que más directamente contribuyan a explicar, comprender y solucionar problemas específicos de personas y comunidades concretas con las que la universidad tenga relación.

Conclusión

La universidad de estilo ignaciano ha de ser, ante todo, una universidad, aunque las dimensiones básicas de su quehacer resulten comunes a otras universidades. Los rasgos característicos de una universidad del estilo que buscamos se centran en la preponderancia que para ella tiene el crecimiento y desarrollo de la persona humana, en lo individual y lo comunitario, respecto a todos sus modos de relación con el mundo y con Dios. Esta preponderancia debería manifestarse en formas concretas de realizar y orientar el trabajo educativo, la investigación y todo el hacer universitario.

RESPUESTAS Y COMENTARIOS DE LOS EXPOSITORES *

Alberto Vásquez. Organizaré primero las preguntas en dos temas y luego intentaré darles respuesta. El primer grupo tiene relación con cómo congeniar las intenciones ignacianas que buscamos para nuestro modelo educativo con las libertades individuales de creencias, de cátedra, de decisiones académicas y con si hay o no necesidad de respetar la diversidad de creencias y de significados.

El segundo tipo de preguntas tiene que ver con la aplicación de ello, o con su traducción al proceso pedagógico.

Creo que efectivamente está buscándose una situación donde la diversidad, lo plural, la libertad de cátedra, las posibilidades de aproximaciones diferentes entre los sujetos son propios de lo sustantivo del mundo universitario y no están en duda. El cuestionamiento no radica en este punto. La idea es evitar las dicotomías, casi antinómicas, entre lo ignaciano y lo universitario, o entre lo católico y lo no católico. Lo que aquí se ha expresado como

* Transcripción: Arsinohé Quevedo.

búsqueda y deseo es precisamente la integración. En lo que respecta a mi reflexión —pero simplemente es una reflexión casi en borrador— tengo la convicción, o la certeza hasta el minuto, de que en la medida en que profundicemos y podamos de manera más clara, más profunda, pero también más práctica, diferenciar las lógicas apostólicas de las lógicas académicas y la manera de integrarlas a través de lo que llamo la articulación en los proyectos institucionales o en las lógicas institucionales existe una gran posibilidad de salida, de respuesta a este planteamiento. Se trata de que ambas lógicas son integrables en el sujeto, de hecho hay sujetos que las integran perfectamente, y no necesariamente estoy pensando en un sujeto religioso, jesuita, como lo conocemos en nuestras universidades, sino también en sujetos que no son jesuitas y que son capaces de integrarlas. Esa integración también ocurre o se produce en comunidades de sujetos, en grupos. Se produce en la interacción y articulación de programas educativos formales, sean estos programas de licenciatura, de investigación, de maestría o de diplomados. En ese sentido, me pareció novedoso y en realidad muy interesante la formulación de Gabriel Codina a nivel institucional. Si entendí bien, se basa en que una universidad ignaciana es aquella universidad que ha realizado los ejercicios.

Yo creo que ese es un ángulo que puede llevar de la escala individuo a la escala grupal, a la escala programática y a la escala institucional las posibilidades de articulación e integración.

Me pregunto si una universidad nuestra —por ejemplo— estuviera constituida solamente de profesores católicos y, todavía más, de profesores que han realizado los ejercicios espirituales de san Ignacio, de estudiantes también todos católicos y todos ignacianos, y cuyo personal tuviera también esta característica, seguiría siendo efectivamente una universidad. Tal como lo declaran los documen-

tos de la Compañía, la universidad debe ser capaz de respetar la pluralidad de ideas, de enfoques, con simplemente dos condiciones:

Una, que los valores a los cuales apostamos, que se traducen en nuestras actuaciones, sean similares y afines a este modelo educativo. Yo siento que el punto, además de la articulación organizacional en las lógicas institucionales, lo constituyen de manera decisiva lo ético, lo axiológico y lo valórico. Los compañeros que he tenido más próximos en estos últimos cuatro años de trabajo, que no son católicos, que no son ignacianos pero cuyos valores, cuyo comportamiento, cuyo testimonio y modo de ser en lo académico, en lo universitario son todo un ejemplo del testimonio de lo que deberíamos ser capaces de ser quienes nos llamamos, o nos decimos, católicos e ignacianos.

El segundo tipo de preguntas es el que quiero agrupar en el sentido de cómo se coloca eso en la práctica en el proceso de enseñanza-aprendizaje. Simplemente recomiendo la consulta del texto *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico*, que constituye, precisamente, una respuesta no sólo por parte de jesuitas. Se trata de una documento que se demoró tres o cuatro años, en el que participaron muchos laicos. Recuerdo, por ejemplo, a la doctora Margarita Schweizer de Argentina, quien contribuyó también de forma decisiva a la redacción de ese texto con sus primeras ideas. Ese documento *Pedagogía ignaciana. Un planteamiento práctico* desciende hasta el cómo poner en práctica todos estos valores y finalidades en el proceso enseñanza-aprendizaje, o específicamente, en la práctica docente y en la producción docente de la universidad.

Gabriel Codina, S.J. Estoy pagando las consecuencias de mi provocación. Primero por ser abogado del diablo y luego por lanzar piedras al estanque de aguas mansas. Hay dos series de preguntas que trataré de contestar ahora. Una se refiere a la cuestión de los ejercicios. Esta frase escandalosa que he dicho “una universidad de inspiración ignaciana es una universidad que ha hecho los ejercicios de san Ignacio” y otra, relacionada con ésta, que se refiere a la formación de los laicos.

Han preguntado si puede una universidad realizar los ejercicios, sobre todo en lo que se refiere a la metodología ignaciana que es de acompañamiento como en la práctica personal con cada uno. Alguien propuso, además, como característica de lo ignaciano el examen particular —por ejemplo— como una evaluación de ciertas actitudes personales que conduzcan a la autocorrección. Preguntaban si ello tendría lugar en una evaluación de la propia universidad. Por supuesto que sí.

En cuanto a la metodología ¿cuál sería el trabajo de los jesuitas? Sería proporcionar ejercicios espirituales a la totalidad de los miembros de la comunidad universitaria. Por supuesto que mi afirmación pretendía picar la cresta más que nada. No resulta operativo que una universidad como tal realice los ejercicios, resulta imposible; la universidad está compuesta por personas, los ejercicios involucran personas y grupos. Pero pienso que lo que vale de mi afirmación —y la sostengo— es que una universidad, si realmente pretende ser ignaciana, debe mantenerse abierta a que sus integrantes, los miembros de la comunidad, tengan la oferta abierta, la posibilidad de entrar a esta espiritualidad ignaciana a través de los ejercicios. Imagínense ustedes esa afirmación dicha en India, donde la mayor parte de los profesores son musulmanes o de otros credos. Quiere decir que este aire, este *ethos* ignaciano, este modo

de proceder que se vive en los ejercicios debe impregnarlo todo, dado que los ejercicios son esencialmente voluntarios. Ignacio empujaba a varios a la realización de los ejercicios. Más de alguno se le molestó como Gerónimo Nadal, quien tenía la impresión de que quería convertirlo y lo rechazó, ya que no quería participar de los ejercicios. El propio Javier se resistió ante Ignacio. Pero Ignacio tenía algo que convencía, y no precisamente por presionar constantemente a las personas a su alrededor, lo que le habría resultado totalmente en contra. Él se sentía con la misión y la inspiración del Señor de comunicar sus vivencias, yo diría que ése es el sentido de los ejercicios entre comillas: el mantener vivo el deseo de comunicar este tesoro que se posee y se desea compartir con los demás. Abrirlo representa una invitación a conocerlo sin proselitismos, y sin resultar engorrosos para los demás, pero ofreciendo las oportunidades individuales o grupales que los ejercicios brindan en todo momento. ¿Hasta dónde puede llevarse a cabo esto? dependerá del contexto de cada universidad, de cada grupo humano.

Pienso que prevalece un buen ambiente. No existe un ambiente hostil ni a la fe cristiana, ni a la religión, ni a nada de esto. Hay que aprovechar entonces, en el mejor sentido de la palabra, esta buena predisposición. Preparar es también muy ignaciano. Preparar, establecer las condiciones para invitar, no empujar, no atosigar, pero sí desear que otros compartan este mismo espíritu, este mismo carisma.

El trabajo de evaluación de la universidad también está relacionado con eso. Por supuesto que la evaluación es uno de los elementos no privativos de la espiritualidad ignaciana, sino de la pedagogía ignaciana. Como ya sabemos: el contexto, la experiencia, la reflexión, la acción, la evaluación. La universidad tiene que plan-

tearse de manera periódica en qué medida o en qué forma ésta cumple con sus propios objetivos. Sería el caso —por ejemplo— de que hubiera un profesor ateo en una universidad de la Compañía. Naturalmente que puede haberlo y lo hay. Esta persona, desde el punto de vista científico muy calificada, tiene que saber por lo menos que trabaja para una universidad que posee ciertas características, ciertos principios, una carta, una declaración de principios y debe, al menos, respetarlos, aceptarlos. Si es así no habrá ningún inconveniente, tampoco se trata de hacerlo a un lado.

Existen algunos documentos oficiales de la Iglesia que en apariencia parecen discriminatorios. Por ejemplo, la misma *Ex Corde Ecclesiae*, incluye un punto donde afirma que debe procurarse que la mayoría de los miembros de la universidad sean cristianos comprometidos. De nuevo ¿qué pasa en India?, ¿qué pasa en Indonesia?, son aspectos que los obispos en las interpretaciones de este documento han ido matizando.

Paso al segundo punto que se relaciona con la formación de los laicos. Acerca de si han existido programas que hayan obtenido resultados positivos en cuanto a la formación de laicos en la línea ignaciana, en el ITESO, por ejemplo, cuentan ya con el Centro de Pedagogía Ignaciana para la iniciación de los nuevos profesores en la espiritualidad y en la pedagogía ignaciana. Son ya varias las universidades que incluyen programas similares. En UNISINOS, por ejemplo, existe un programa para iniciar a los profesores que ingresan a la universidad en los principios de la espiritualidad de la pedagogía ignaciana. Varias universidades de Estados Unidos cuentan también con centros de investigación o de reflexión ignaciana. En San Luis, en Craigton, en Boston College y en Georgetown, cuentan con centros abiertos, a los que no todos recurren. No obstante, la universidad debe mantener la disponibilidad de ofrecer. Mal cumpliríamos nuestra misión si nos dijéramos ignacia-

nos y no dispusiéramos las condiciones para lograrlo. Deben ofrecerse ciertos servicios que pueden representar un costo no solamente económico, sino en cuanto al empleo de recursos humanos y de tiempo. Con relación a la preparación de los laicos en la gestión y si habría que promover y aceptar la participación de un mayor número de mujeres, la posición de la Compañía al respecto me remite a la Congregación General que toca la situación de la mujer en la Iglesia. Como respuesta quiero resaltar simplemente un punto "hemos sido parte de una tradición civil y eclesial que ha ofendido a la mujer". Como muchos otros varones tendemos a anular el problema sin percatarnos de que hemos sido cómplices de una forma de clericalismo que ha respaldado el dominio del varón con una sanción presuntamente divina. Es un hecho que deseamos reaccionar personal, corporativamente y hacer lo que podamos para cambiar esta lamentable situación. Lo que podamos hacer a este respecto también será objeto de discernimiento en cada comunidad.

Juan Jorge Hermosillo. A nivel de discurso parece más o menos claro lo que debe enfatizar la universidad ignaciana; mas *écómo* y con qué criterio deben tomarse las decisiones respecto a las áreas de atención, áreas de conocimiento, que habría que impulsar hoy en los umbrales del siglo XXI?

Me parece que la palabra que hemos usado aquí en el ITESO, pertinencia, es la respuesta. Es decir que debe abrirse una área de conocimiento, una carrera, un programa. Puede ser que en Guatemala o Argentina resulte diferente, de hecho lo es. La pertinencia debería de representar el criterio para tomar la decisión de si cierto programa o cierta área de conocimiento debe de estar presente en una universidad o no.

Lo más importante en este momento, en mi parecer— abusando de un término que ya comienza a desgastarse— es el desarrollo sustentable. Se trata de un tema que va mucho con la universidad ignaciana: el modo de utilizar los recursos naturales que requiere la sociedad para poder subsistir de modo que:

a) Podamos sobrevivir todos los que estamos y los que van a venir. No la mitad, ni la décima parte sino todos. b) Hacerlo con justicia. Porque tal vez podemos sobrevivir, pero es un hecho que los recursos no alcanzan para todos. Ambos aspectos conforman una caricatura de lo que representa el desarrollo sustentable. Lo que está detrás de esto es que la problemática ambiental se traduce en problemática social, y por lo tanto involucra a muchas áreas de conocimiento.

Ahora ¿tiene sentido hablar de la calidad educativa que se centra sólo en la persona, para su beneficio exclusivo, en lugar de pensar en el servicio a los demás? A mi modo de ver no tiene sentido. El énfasis está dado en la educación de la persona precisamente en interrelación con todo lo demás. Existe una parte importante de la educación de la persona que radica en sí misma, como la autoestima, que en siglos pasados resultaba un aspecto muy secundario pero que hoy cobra preponderancia. Pero el énfasis está puesto en las relaciones de la persona con los demás: la familia, los alumnos, los niños y las niñas de la calle, todo el sistema social, no sólo las personas concretas que alguien pueda conocer en lo particular. Cada quien, como persona, tiene diferentes elementos que aportar a los demás desde su quehacer como individuo. Cuando hablo de la sociedad me refiero a todo, incluso al sistema social, es decir a las estructuras sociales, no sólo a las personas que se conocen con nombres y apellidos.

Quizá haya que aclarar que cuando toqué en el trabajo ese balance de las interrelaciones de una universidad ignaciana hablaba de una universidad imaginaria. No me refiero al ITESO en particular, sino a una universidad ignaciana hipotética. En el ITESO he conocido alumnos que se distinguen por su autenticidad, por su compromiso con lo que deciden hacer libremente. Hay los que deciden que aquí se viene a estudiar, a invertir su tiempo en educarse. Hay alumnos que aprenden a gozar, a saborear la vida, a pensar, que disfrutan de la conciencia, del hecho de que cuando toman una decisión tiene implicaciones y las prevén. Todo esto me suena a ignaciano o a producto de todas las cosas que mencioné con anterioridad.

Gabriel Codina, S.J. El maestro Alberto Vásquez ha hablado acerca de profesores del sistema que no son católicos, que tal vez no son ni creyentes, pero que están dedicados a los ideales ignacianos. Yo planteo el problema contrario: profesores que son católicos, o que por lo menos están bautizados, y que quieren seguir siéndolo y que muy probablemente han hecho los ejercicios de san Ignacio. Muchos por lo menos han estado presentes en ellos, lo que tal vez no sea la misma cosa, y no se les nota un compromiso con esos ideales. Esto plantea para mí dos problemas: si pretendemos abarcar demasiado al tratar de conformar un plantel donde tal vez sea imposible el reclutamiento de tantos profesores comprometidos con esos ideales; y otro, si no habría que hacer una especie de ejercicios académicos, en pequeños grupos, para encontrar la manera de traducir los ideales ignacianos a casos muy concretos.

Alberto Vásquez. Creo que la afirmación que hace Gabriel Codina me parece completamente válida en la vida real de lo que ocurre

en nuestras universidades. Yo siento que una vez más el problema no es el encuentro de síntesis teóricas, sino prácticas, para nuestros propios ambientes educativos. Con relación a otras preguntas acerca de cuándo podrían resultar contradictorias la lógica apostólica y la lógica propiamente académica, he de decir que creo que no se trata precisamente de un problema de contradicción entre ambas. El punto es cómo se presentan. En muchos momentos de la vida de nuestras universidades los laicos hemos sido informados, y muchas veces se nos han impuesto, de algunas verdades fundamentales e incluso de algunas decisiones institucionales. Para mí el punto radica decisivamente en no colocar como impedimento y como imposición la instalación en actividades o en programas concretos dentro de una universidad simplemente porque se hace en nombre de la fe, o en el nombre de Dios, o de la religión.

Ese sentido simplemente nominalístico y determinístico no responde con fidelidad a la Iglesia de nuestro tiempo, ni responde con fidelidad a lo que hoy dice y proclama en su sentido más estrictamente jesuítico la Compañía de Jesús. La espiritualidad ignaciana parte de la distinción entre lo jesuítico y lo ignaciano. Lo fundamental es convencerse, pero de manera decisiva, de que el punto central para que la universidad realice los ejercicios o sea ignaciana es ya no centrarse más en el poder sino en la autoridad.

La autoridad que es consecuencia del propio crecimiento, del hecho de que uno crece frente al otro, precisamente porque hace crecer a otros. Los jesuitas propiamente como tales, y las personas que nos hemos dejado influenciar en nuestra información por la espiritualidad ignaciana tenemos un rol que jugar. Un rol que consiste precisamente en hacer crecer a otros, pero nunca imponer, nunca transformarse en una especie de partido político, de secta que excluye a los demás. Yo siento que el sentido profundo, tanto

de las síntesis entre lo teórico y lo práctico, como de lo que ocurre en el sujeto, pasa por esta primera dimensión. En la medida que nos centremos en la autoridad de las ideas, de los valores, de los fines, de lo que se busca, el problema se resuelve de manera natural. En la medida en que nos centremos en el poder y queramos imponernos, se producirá un rechazo natural: el hombre se resiste ante la imposición cuando no tiene un convencimiento pleno, ni de corazón.

Y el segundo elemento que también quiero hacer notar es lo que yo entiendo por un proceso de significación. Creo que la sugerencia de un ejercicio pedagógico —o como quiera llamársele— con pequeños grupos, apunta en la misma dirección. No es más el tiempo de la información nominalística, los laicos estamos cansados de discursos, de textos y de documentos. Yo creo que no se requieren más informes, documentos oficiales que leer o sobre los cuales informarnos. Es el momento, hoy, de un proceso de significación, que eso haga sentido para nosotros, que eso cobre pertinencia en lo que hacemos, y que, efectivamente, responda a lo que representan los propios valores. Pero expresados, o con la lógica del orden simplemente humano, o con la lógica del orden científico. Soy optimista y creo que eso es posible de integrar; pero las condiciones son dos: aceptar que la fuerza está en la autoridad y no en el poder; y en el proceso de significación y no simplemente en la información.

Gabriel Codina, S.J. Contestaré con relación a la identidad ignaciana, la secularización y sus incidencias en universidad, y con respecto a la formación de los jesuitas.

En lo que se refiere a la identidad ignaciana, dos o tres afirman que no ha quedado tan claro lo que significa y, aún más, que existe

dificultad por concretar el modelo ignaciano. Se trata de todo un proceso, pero no partimos de cero. Para explicitar, aclarar más, hay que remitirse a los documentos. Creo que las *Características* siguen teniendo actualidad, más que todo referidas a una práctica que se encuentra ya en curso. Pienso que esta universidad ha entrado en un tren desde hace mucho tiempo, en un tren de una inspiración ignaciana con mucha cordialidad, apertura y simpatía. Es cuestión de seguir adelante apoyándonos mutuamente. El proceso no está terminado, está en marcha.

Acerca de las estructuras que garanticen la identidad. Supongo que se refieren a lo que he dicho a propósito de que hay estructuras que cierran la posibilidad de que la Compañía o lo ignaciano pueda tener presencia. Esto ya tocará a los órganos rectores de cada universidad decidir cómo asegurar la mayoría de votos de los jesuitas. Tampoco los jesuitas son los únicos depositarios de la identidad ignaciana. Tenemos que ser consecuentes con lo que hemos dicho y con la participación de los laicos. Pero hay estructuras que deben manejarse con mucho cuidado por parte de los órganos rectores de la universidad, de modo que a nivel jurídico, o al nivel al menos de una última palabra, la universidad conserve su impronta jesuítica o ignaciana. Ya no quiero profundizar en esto porque tiene que ver con la legislación civil vigente.

A propósito de la secularización. Alguno mencionaba que yo he afirmado que el proceso de secularización afecta no solamente la identidad, sino a la misma ciencia, ya no sólo al diálogo ciencia y fe, sino a la misma ciencia. Es verdad, se trata de una ola que se transmite. Es como el "fenómeno del niño" que está llegando a todas partes queramos o no queramos. Hay que estar entonces prevenidos ante el peligro y equiparse de tal forma que no nos signifique algún problema.

El saber encontrar respuestas a las preguntas del mañana es parte también de una pedagogía ignaciana. El aprender a aprender, y aprender a encontrarse ante posibles situaciones en que no contamos con las preguntas resueltas.

Por último, con relación a la formación de los jesuitas la propia Congregación General mencionó que el carácter jesuítico sólo se verá asegurado por medio de una cuidadosa selección de directores y profesores jesuitas, y no jesuitas, y de su adecuada formación en el carisma y pedagogía ignacianos. Particularmente la de quienes han de ocupar puestos de responsabilidad. En algunos sitios existen ya programas de formación bien pensados, que he mencionado antes. En otras partes habrá que poner en marcha algunos programas. Ese es un hecho que tenemos que reconocer con humildad los jesuitas. Alguien preguntaba también cómo veía yo la situación de México en este caminar hacia la pedagogía ignaciana y con relación a la identidad ignaciana. Creo que en México está haciéndose algo que apenas comienza en otras universidades, o algunas ni siquiera se han planteado, por timidez, o por complejo o por la cobardía de algunos por anunciar el mensaje. El padre Colomba muchas veces dice "¿En qué quedamos, vamos a fermentar la masa, o a predicar desde los techos?" Ambas cosas son evangélicas, tienen que ser objeto de discernimiento: si nos contentamos con ser fermento oculto, o si predicamos sobre los techos cuando lo que conviene es humildemente comenzar desde abajo.

... CAPÍTULO IV ...

LOS VALORES ESENCIALES DEL MODELO
UNIVERSITARIO IGNACIANO

LOS VALORES IRRENUNCIABLES DEL MODELO UNIVERSITARIO IGNACIANO *

*Paulo Severino Theodoro Peters, S.J. ***

Traducción de Juan Carlos Solís

La actual velocidad de comunicación nos obliga a garantizar con la misma velocidad nuestra propia seguridad. Seguridad para el buen raciocinio, para salvaguardar nuestros sentimientos —no sólo los naturales sino los verdaderamente humanos— para nuestras acciones, para contar con respuestas ante los sorprendentes desafíos que vivimos día a día, de los que tenemos noticia ya sea en vivo o a través de los propios medios de comunicación.

¿Pero qué tipo de seguridad necesitamos? ¿Qué nos amenaza? ¿Estaremos condenados a permanecer en casa? ¿Qué podemos hacer con el agobiante tránsito? ¿Cómo sobrevivir en la ciudad? Hace unos días saludaba a un conocido, quien se encontraba distraído; toqué en el vidrio de su carro y el susto que se llevó fue superior a la alegría que esperaba comunicarle. La seguridad a la que me

* Conferencia.

** Rector de la Universidad Católica de Pernambuco y Presidente de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL), Brasil.

refiero no se trata de la seguridad policiaca, de la seguridad pública, o de la vigilancia armada, sino de un tipo fundamental de seguridad que nos permita vivir en paz con nosotros mismos y con la totalidad de las personas. Que nos lleve a construir la sociedad que queremos. Seguridad significa poder contar con referencias, seleccionar los valores para la toma de decisiones correctas en los diversos plazos: corto, mediano, largo. Valores que, al normar nuestra conducta, liberen e impulsen nuestra energía y vitalidad hacia el desarrollo de lo mejor. El centro de referencia, el centro de decisión de nuestro proyecto nos sobrepasa. La mitología griega ya desveló, en el mito de Narciso, lo absurdo que representa el volverse el centro de sí mismo, de cerrarse al universo, al sistema de la totalidad de la vida, al ecosistema social humano.

Nuestra universidad lleva consigo una señal preciosa bajo el sello de Ignacio de Loyola, el noble caballero de la Edad Media. Un hombre adaptado a su medio hasta que perdiera una feroz batalla trabada en la defensa de la fortaleza de Pamplona. La historia resulta conocida para todos: herido gravemente, debatiéndose entre la vida y la muerte, luego de dolorosas cirugías, penosas fiebres y de una larga convalecencia realizó un balance de la vida que había llevado hasta ese momento, y experimentó una notable transformación que deseó comunicar al mundo para ayudar a quienes así lo requieran.

Ignacio era un hombre ilustrado, era aficionado a la lectura, a la escritura y se esmeraba con la tinta a dos colores. En una gruta desierta en Manresa, en lo alto de una montaña desde donde miraba un riachuelo, —el Cardoner— hoy tan contaminado como los nuestros, escribió sus *Ejercicios*.

Estaba convencido de que era el propio Dios quien lo instruía, como un maestro de escuela instruye a sus discípulos. Entre sus

percepciones y experiencias imaginó a la Santísima Trinidad, desde lo alto del cielo, contemplando a la humanidad en todo el globo terráqueo. Según Ignacio, Dios percibe la generalización del mal como si las tres personas divinas tuvieran acceso a cualquier diario local, nacional o internacional; como si miraran la televisión, o consultaran Internet y se percataran de que entre tanta cosa buena que acontece, casi de manera oculta en la vida de las personas, suceden en contraparte múltiples desgracias, muertes violentas, personas cuyo sentido de la vida parece agotarse en la propia actividad del vivir —alimentarse, sostenerse— sin mayores referencias. Algunos enfermos de gula, otros muriendo en condiciones miserables víctimas del paludismo, del hambre, de las epidemias, de las guerras. Con miles de casos de estupro, aborto, tortura, prepotencia: toda una gama de pecados personales y sociales. De manera análoga la divina Trinidad analizó en aquellos tiempos la coyuntura humana, se llenó de misericordia solidaria y decidió que la humanidad no podía continuar a la deriva, sin rumbo ni dirección. Decidió así la encarnación del Hijo de Dios y para ello escogió a María de Nazaret, quien recibió la invitación para concebir por parte del Espíritu Santo. Se inició así la concreción de la promesa de salvación gestada en la historia de la humanidad: Dios vino el encuentro de quienes lo deseabamos como referencia. Dios se identifica con el camino, con la verdad y con la vida. Jesús Salvador “vino a los suyos para darles el don de volverse hijos de Dios”. Ignacio, por su parte, nos presentó su experiencia y nos convocó para que la convirtiésemos en experiencia propia del amor solícito a nuestro Dios. Para Ignacio el Evangelio de Jesús se convirtió en referencia de seguridad. Asistió a la universidad de París y se diplomó con el título de maestro para poder enseñar lo que le fue transmitido, lo que descubriría después de mucho

caminar e investigar. Descubrió un camino seguro hacia Dios, cómo podía hacerlo feliz, cómo colaborar con Él. Demostró que Dios nos llama a la felicidad porque nos quiere contentos, autores con Él de nuestra propia felicidad.

Ser feliz, realizar nuestra felicidad, es nuestra vocación profunda, lo que deseamos hacer sin detenernos en apariencias que nos aparten del rumbo. Los límites que necesitamos para lograr un camino seguro lo representan los valores. Los valores se construyen para defensa de lo que debe considerarse, defenderse, propagarse. Si nuestros valores resultaran coincidentes con una vocación humana y profunda no entraríamos en contradicción, no atentaríamos contra nuestra coherencia. Frente al debate sobre el aborto ¿qué se cuestiona? Frente a la contradicción del sistema carcelario ¿qué se debate? ¿Por qué la violencia nos marca tanto y quizá para siempre? ¿Cómo darse cuenta de que la vida continúa y se construye a cada momento? ¿Qué comunicar a las personas que esperan una reflexión seria, comprometida, articulada, desde el punto de vista político correcta? ¿Cómo dar oídos a tantas personas que sufren? ¿Por qué cada ser humano, con independencia de sus actitudes y hechos, debe ser tratado con dignidad?

Como puede observarse, queda un largo camino por recorrer. Es importante que se reflexione, que se debata y se publique sobre los valores que convienen al desarrollo de una sociedad al servicio de la vida y de la esperanza.

Muchos de los temas que aquí se tratan resultan polémicos, otros están impregnados de emotividad. Sin embargo, cualquiera que sea la situación en que nos encontremos, la desesperación impide el encuentro de posibles soluciones. Nuestro ideal es que nada ruin acontezca, que el bien se instale naturalmente. Sobre todo cuando se sabe por experiencia que incluso la fraternidad en

familia significa renuncia ante los caprichos. La llegada de otro hijo obliga al primero a cederle parte de su espacio, a dividir, a colaborar. Corresponde a la familia fomentar actitudes que se conviertan a la larga en valores.

Nuestro proyecto pedagógico pretende analizar la situación de conjunto para descubrir lo que debe hacerse por el bien de cada persona y por el bien común. Por ello es bienvenida la experiencia eclesial, la línea pedagógica comprobada de Ignacio —el globalizador del siglo XVI—, y el trabajo conjunto con otras instituciones.

Permítaseme destacar cinco valores, sin negar la existencia de otros igualmente irrenunciables: humanismo, *cura personalis*, búsqueda de la mejor calidad, fidelidad con la Iglesia, servicio de la fe y promoción de la justicia

Humanismo

Por humanismo entendemos aquí una formación humana integral. El ideal del hombre, según el humanismo cristiano, comprende la formación del carácter, la inclusión de sólidos principios éticos, y virtudes como la magnanimidad, la fortaleza, el dominio propio. Se trata de educar y no sólo de enseñar; o mejor, de estimular a la persona humana, al hombre y a la mujer, para favorecer su educación, el desarrollo de sus capacidades, talentos, hasta alcanzar la plena realización humana: cuerpo y alma, razón y sensibilidad, pensamiento y expresión de la palabra, vida interior y vida social, culto a la verdad, al bien y a la belleza. La magnanimidad no se traduce en megalomanía, sino en la capacidad de pensar y de realizar grandes cosas, de no ahogarse en lo pequeño y mezquino, en los prejuicios del medio que nos rodea, sino en lograr un espíritu

crítico capaz de ver más allá y más lejos. Las virtudes naturales de prudencia, justicia, templanza y fortaleza son legados perennes del humanismo grecorromano, y la gracia de Cristo, en lugar de destruirlas, las reforzó con los dones del Espíritu Santo. La *Ratio Studiorum* y la práctica de los colegios de la antigua Compañía concedían particular importancia a tan noble ideal humano consistente en el desarrollo vigoroso de la inteligencia, de la racionalidad, de la capacidad de juzgar y de pensar por sí mismo: de contar con un espíritu crítico, pleno de creatividad. Además de la razón, se cultivaban las bellas artes, el contacto con la belleza y con la creación artística. Ello era visto como un camino hacia Dios, o mejor, como un atajo hecho de intuiciones y de nobles sentimientos.

Esta apertura a todo lo humano, la exclusión de cualquier unilateralismo o especialización, viene muy al caso en nuestros días cuando precisamente el hombre unilateral, denunciado por Marcuse, está de moda. Cuando priva la mentalidad tecnocrática y economista en nuestro mundo capitalista.

Una universidad está formada por personas humanas para apoyar la formación de las propias personas humanas.

Estableciendo una analogía con la persona, la institución universitaria se construye con argumentos consistentes, con la primacía de la razón. No obstante, el ser humano no es sólo razón. La razón puede equivocarse y desviarse en la búsqueda de la verdad, de lo esencial. Puede ofuscarse por el camino y relativizar el ideal. Tal es el caso de los intelectuales que se sometieron al nazismo y pusieron sus cerebros y sus especialidades científicas al servicio de un régimen intrínsecamente perverso que violaba el derecho a la vida plenamente humana. La universidad también se construyó con sentimientos, con pasión, con sensibilidad para la apreciación del

bien, de lo bello, del arte del vivir. La sensibilidad le permite establecer opciones, prioridades, incluso en el campo de la investigación, para finalmente decidirse por aquellas que ofrezcan mayores beneficios al también mayor conjunto de personas: los más excluidos por el sistema. Como el ser humano, la universidad se edifica también mediante el desarrollo de proyectos, expectativas, sueños, anhelos. Se trata de la voluntad que vuelve realidad la utopía, la inspiración, lo que se proyecta.

La cura *personalis* como método

Se trata de un principio que se deriva directamente de los *Ejercicios* de la pedagogía ignaciana. El método de los ejercicios consiste en su adaptación cuidadosa, minuciosa y específica para cada participante, pues la vida espiritual se vive de manera personal e intransferible según cada libertad humana, con su propio ritmo, con las luces que recibe desde lo alto o que el Espíritu Santo le infunde en su corazón. El director de los ejercicios tiene que respetar a ese maestro interior y, en función de las particularidades de cada alma, ejercer su acción de padre espiritual.

La acción pedagógica de los jesuitas vino después, y como método para la orientación de las personas, los jesuitas transfirieron a la práctica pedagógica los principios contenidos en los ejercicios ignacianos con mucho éxito. Adaptaron entonces la enseñanza a cada alumno, formaron su personalidad en atención a su idiosincracia y a su ritmo propio, y realizaron la evaluación en consideración a las peculiaridades de cada educando. Nada resulta más contrario a la pedagogía ignaciana que la educación masificada, tal como la instrucción de los militares.

Representa un enorme desafío la aplicación en nuestros colegios y universidades —que cuentan con miles de alumnos— de esa personalización de la actividad educativa. Resulta urgente encontrar un camino en ese sentido, por la simple razón de que la educación o es personalizada o no es ignaciana.

La búsqueda de la mejor calidad

Otro principio, también transpuesto directamente de los *Ejercicios* de la pedagogía ignaciana fue el *magis*: según el cual resulta imperativo hacer siempre lo mejor a nuestro alcance, dar lo mejor de nosotros mismos, lo que en educación se traduce en contar con colegios y universidades de calidad, en esforzarse por superar cualquier mediocridad, en la búsqueda de la excelencia en cualquier renglón, y los jesuitas de la antigua Compañía en ese sentido apuntaron sus pasos. Contamos con el testimonio de Descartes, ese genio de la filosofía y de las matemáticas, quien declaró haber recibido del colegio jesuita de *La Flèche* una enseñanza tan buena como la de la mejores universidades de la época. Desde luego que no todas las universidades de la Compañía mantienen el mismo nivel de excelencia, pues existen factores locales que pueden imponer severas limitaciones a sus ideales; pero si se trata de una universidad identificada con el espíritu de la Compañía de Jesús, estará presente en ella ese esfuerzo por superarse, por lograr siempre más, por alcanzar una calidad digna de sus tradiciones.

La tarea que se ha impuesto la totalidad de las instituciones universitarias es inmensa. Tienen ante sí la enorme labor de construir de forma colectiva y consensual la institución con que sueña la comunidad universitaria. La utopía que sobrepasa la realidad nos entusiasma y nos invita a discernir los pasos que deben darse.

Las aspiraciones, las expectativas, son indicios que señalan los nuevos caminos para la búsqueda de la plena realización, personal y comunitaria, de los participantes con una gran pasión por contribuir, con lo mejor de sí y de su equipo de servicio, para el logro de una mejor universidad.

La historia que se ha vivido promete un mayor compromiso con la formación de la juventud, con la transformación de la realidad social, con el desarrollo de recursos humanos de calidad para una nueva fase regional dentro del contexto nacional, con una mayor apertura en cuanto a la repartición de la renta, de los bienes y de los servicios en pro de nuestra población, con la búsqueda de nuevas formas para la solución de antiguos y crónicos problemas sociales, políticos y económicos. La universidad trabaja para la cultura en la cual se inserta, de la cual emerge y sobre la que ejerce su influencia apoyando el florecimiento de lo mejor de la humanidad. La universidad debe mantenerse fiel a su región, es parte integral de ella. Al mismo tiempo detenta el saber y el método científico, y promueve la investigación del conocimiento emergente y del ya acumulado, al innovar, al desmitificar temores arraigados, al racionalizar, al propiciar una investigación iluminada por la búsqueda de la verdad.

Cada vez resulta más claro el proceso de evaluación institucional que conduce a la universidad a conocerse más y mejor, a detectar las etapas que se han recorrido y a encontrar las estrategias que conduzcan mejor al servicio que se propone brindar. La evaluación se sitúa como una actitud de la vida institucional, científica, metodológica, coherente con el proceder de la humanidad. La dificultad, las lagunas y las fallas que se han detectado deben ser superadas, mas ¿cómo proceder? es la pregunta que tendrá que hacerse de manera continua. Lo anterior resulta una actitud coherente con

el actuar humano y, por eso mismo, encuentra raíces profundas en el mensaje cristiano del reconocimiento de la vida en sintonía con el proyecto de la creación divina anunciada y testimoniada en la palabra, en la vida, en el sufrimiento, en la pasión, en la resurrección de Jesús y en el don del espíritu de santidad. Antes del anuncio formal del mensaje cristiano, la actividad de Dios se encontraba ya presente en toda cultura, por más diversificada y especializada que ésta fuera. Dios Creador sintonizó con el ser humano su querida imagen, su semejanza. El plan de Dios es una realidad que se lee en el medio ambiente humano, una realidad que debe tomarse en cuenta en el desarrollo sustentable, en el logro del equilibrio entre el bienestar ecológico y el progreso científico y tecnológico.

En consideración a que muchos de nuestros estudiantes son aún adolescentes, queda la duda de cómo orientarlos de acuerdo con los valores que queremos favorecer. Cómo, por ejemplo, formar un ciudadano que a través del conocimiento profundo de la realidad sea capaz de juzgar la situación y asumir, con libertad e inteligencia, las mejores opciones. Para la evaluación del aprendizaje se hace la distinción entre la evaluación como medio y como fin de sí misma. Se trata de un medio para alcanzar la finalidad propuesta por la universidad. La evaluación es un proceso vital, forma parte de la historia humana.

Tiempo atrás —siglos o milenios— una persona, al caminar distraída sobre tierra congelada se resbaló, se cayó, se fracturó algún hueso, y descubrió así que la superficie del agua congelada de un lago o de un río le resultaba peligrosa. Esa persona del tiempo de las cavernas debe haberse sentido perturbada, enferma por el accidente. La percepción de la causa y la comunicación de la experiencia crean una nueva actitud, un procedimiento nuevo para el dominio de la amenaza. Poco a poco, la dominación del hielo

permitió el patinaje, la práctica del alpinismo, la conservación de los alimentos. Gracias a la evaluación del problema se colocó al servicio de la vida. La evaluación es una actitud de vida; acompaña nuestras acciones, nuestros pensamientos, nuestros sentimientos, nuestras intuiciones. En una conversación informal sobre cómo transmitir el concepto de evaluación, sugerí que en el salón de clases se le preguntara a una niña: ¿Cómo es que luces tan bien con esa ropa? ¿Cómo la conseguiste? Responderá que investigó, imaginó, comparó, escogió y decidió: lo que hacemos todos en nuestra vida diaria. Ahora mismo investigamos, comparamos, escogemos maneras de desarrollar un proceso didáctico, científico, metodológico.

Para ilustrar mejor lo dicho relataré la siguiente historia: un novicio recién ingresado a la escuela monástica preguntó a un viejo monje: ¿Por qué ingresan tantos candidatos a monjes y perseveran tan pocos? La respuesta del anciano fue la siguiente: ¿Has observado que cuando un perro ve una liebre o un conejo corre para perseguirlo? El conejo es más ágil, corre más rápido, se desvía para un lado y para otro, y el perro sigue corriendo detrás, corre y ladra, al mismo tiempo que hace tanto alarde que otros perros que se encuentran durmiendo se despiertan con los ladridos y comienzan a ladrar también. Entre el ladrido del principio y la contestación de los otros se transmiten el mensaje de que existe alguna novedad y corren también detrás, pero no pueden continuar hasta el final. Prácticamente sólo el que vio por primera vez la presa es quien persevera hasta el final: los otros van cansándose por el camino, van regresándose uno a uno.¹

1. Citado libremente de Antony de Melo, S.J.

Tengo la convicción de que la calidad resulta algo análogo para nosotros. Quien descubre que cuenta con una vocación humana prosigue en la búsqueda de los medios hasta alcanzarla.

Fidelidad a la Iglesia de Cristo

Para san Ignacio, amar y servir a la Iglesia significaba amar y servir a Cristo. Ella significaba la presencia de Cristo en la historia, y la vida humana no tenía sentido fuera del plano de Dios: todo el universo se traducía en Cristo. Así, para Ignacio, la actividad pedagógica de los jesuitas perdía sentido en cuanto no tuviera como resultado la formación de cristianos verdaderos. La formación religiosa representaba el punto central de toda educación. Tanto contribuía el ejemplo de los educadores y el contenido de las currículas que los valores religiosos estaban presentes en todas partes: en las famosas academias y en las congregaciones marianas. En nuestra sociedad plural, donde los colegios y universidades cuentan con alumnos y maestros de diferentes credos, y aun sin creencia religiosa alguna, resulta mucho más difícil satisfacer la exigencia ignaciana. Pero sin la característica de la fidelidad a Cristo y a su Iglesia, nuestras instituciones serían todo, menos ignacianas. La excelencia académica y el prestigio social pueden ofrecerlos cualquier institución pagana. Nuestras universidades, al representar fundaciones y patrimonio de los jesuitas, obtienen con ello un membrete o una etiqueta, más no por ello la naturaleza de una universidad ignaciana. El documento de la Asociación de Universidades confiadas a la Compañía de Jesús en América Latina (AUSJAL), la *Carta de principios* y el proyecto pedagógico de la Universidad Católica de Pernambuco se destinan principalmente al encuentro de caminos para que nuestras universidades sean realmente ignacianas y fieles a Cristo y a su Iglesia.

El hecho de que en la redacción de nuestros documentos, contribuyeran profesores de otras confesiones —e incluso ateos— demuestra que es posible la búsqueda de nuestra identidad ignaciana dentro de la más amplia apertura ecuménica.

La universidad de inspiración cristiana que se enraiza en la tradición de la Iglesia católica mantiene el diálogo con todas las creencias religiosas y busca un punto en que nos una la creencia en un Dios Creador, único, y el servicio a la sociedad, sobre todo de los más necesitados. La universidad de inspiración ignaciana proclama dos mil años de presencia en la historia, en la cultura, en la construcción de la sociedad para la humanidad, con su trayectoria histórica en busca del Reino.

Se trata de dos mil años de testimonio del Evangelio de la vida de Jesús, por lo que muchas veces resulta difícil explicar por qué una universidad comunitaria necesita la contrapartida de sus usuarios en la prestación de servicios. Hasta ahora el derecho no concede privilegios a otros segmentos además del estatal y del privado. La universidad de inspiración cristiana y sus similares católicas y comunitarias se encuentran desde el punto de vista jurídico dentro del segmento privado, pero se distinguen a través de su propia asociación del segmento privado o particular, propiamente dicho.

Una institución comunitaria carece de dueño. Lleva la marca de la profesión de la fe católica con el carisma apostólico de Jesús, con el cuidado y el sello de la santa madre Iglesia. Se trata de una comunidad inmensa, universal, sin plazo en el tiempo humano.

Para ser más concreto, me permito hacer referencia al periódico *Folha de São Paulo*, del domingo 19 de enero de 1997. En específico a una entrevista a Ariano Suassuna, quien habla sobre el catolicismo:

Fui educado en un colegio protestante porque mi madre era protestante, pero yo nunca lo fui. En la adolescencia pasé por una etapa en la que no quería saber nada de ninguna religión. Después creí que tenía que contestarme si Dios existía. Recibí la influencia de dos grandes figuras que no eran católicas pero que estaban cercanas a Él. Dostoievski, quien era cristiano pero no católico, y Unamuno, el gran pensador español que era un católico, digamos, heterodoxo. Leí una frase de Dostoievski que me impresionó profundamente. Está tomada de los *Hermanos Karamazov* y dice: '[...] si Dios no existe, todo está permitido'. Fue una verdadera sacudida. Cuando la leí sufrí una conmoción porque entendí que era verdad. Si no existe una regla moral indiscutible, emanada de algo superior, todo está permitido. Tú decides que matar a una criatura está permitido y entonces lo es. Yo digo "pero amigo, eso es repugnante"; tú dices "pero a mí no me lo parece". Si no existe una regla absoluta que diga lo que está equivocado, todo está permitido. Dostoievski tiene toda la razón. Su frase es definitiva. Fue cuando pensé 'bueno, entonces debo demostrar si realmente Dios existe', y como no aceptaba que todo estuviera permitido, concluí que hay límites y ese fue el inicio de mi adhesión al catolicismo.

Servicio de la fe y promoción de la justicia

La palabra de orden con la que la Compañía expresa su misión en nuestros días, servicio de la fe y promoción de la justicia, debe también guiar a nuestras universidades. Se trata de valores irrenunciables, ya que renunciar a ellos implicaría renunciar al modelo universitario de inspiración ignaciana.

Existe un servicio de la fe que las universidades católicas ejercen por el simple hecho de existir. Atestiguan con ello que la fe no teme a las ciencias, ni las contradice, pues las cultiva. *Dios scientiarum Dominus*, afirmaba la famosa carta pontificia. Pero además la Iglesia ocupa, a través de sus universidades, un lugar privilegiado en nuestras sociedades para el conocimiento de la cultura contemporánea y el diálogo con ella. Las universidades jesuíticas tienen la vocación del diálogo, tanto interdisciplinario como interdepar-

tamental, y de ahí sólo resta un paso para el diálogo entre la fe y las ciencias, entre la religión y los ateísmos contemporáneos.

Existen, finalmente, las facultades de teología, lugares donde se cultiva la ciencia sagrada, lo que resulta un gran servicio para la fe y para su entendimiento: *Fides quaerens intellectum; Intellectus quaerens fidem*. Podríamos reforzar lo que se dijo arriba al expresar que se considera a la educación ignaciana como fidelidad a la Iglesia, como madre y maestra de nuestra fe.

Sobre la promoción de la justicia, el documento de la AUSJAL resulta bastante explícito y minucioso. En nuestro continente, donde reinan la injusticia social, la exclusión y la opresión de los pobres de forma tan cruel, sería imposible renunciar a la promoción de la justicia. Hay mil formas y modalidades de promoverla, de motivar a alumnos y a maestros para que luchen por la justicia. Pero una de las formas que me parece más propiamente universitaria, consiste en analizar nuestros problemas e investigar alternativas de solución, como la investigación que realizan las universidades de la AUSJAL sobre las causas de la pobreza en América Latina y sus posibles remedios. Y así, para ser prácticos y no quedarnos apenas en los valores irrenunciables que tienen algo de trascendental kantiano, o de las condiciones de posibilidad para que una universidad sea ignaciana, me gustaría terminar con algo práctico: un llamado a nuestras universidades para que brinden todo su apoyo a esta investigación que corresponde de tan clara manera a un esfuerzo conjunto de promoción de la justicia en América Latina.

VALORES QUE PROMUEVE EL MODELO EDUCATIVO DEL SISTEMA UIA/ITESO *

*Juan Lafarga Corona, S.J. ***

Introducción

¿Qué entiendo por valores? Sin pretensiones filosóficas definitivas, pero con mucho deseo de claridad en los términos, entenderé por valor, desde una perspectiva objetiva —considerando al objeto valorado— como la opción resultante de un proceso comparativo consciente. Vistos así, los valores son satisfactores de necesidades biológicas, psicológicas, sociales y trascendentales (naturales o aprendidas).

La comida adquiere un valor, por ejemplo, en el momento en que se compara con aquello que no lo es por una persona que tiene hambre. La verdad puede ser también objeto de una prefe-

* Conferencia.

** Rector del Sistema Educativo Universidad Iberoamericana / Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (UIA-ITESO), México.

rencia consciente al ser comparada con la mentira. Todos los objetos de las preferencias conscientes se constituyen en valores para la persona que los escoge mediante un proceso de comparación.

Desde una perspectiva subjetiva —considerando al sujeto que opta— los valores son juicios que sirven como criterios para orientar el proceso de optar. Por ejemplo: la salud es mejor que la enfermedad, comer es mejor que quedarse con hambre, la verdad es mejor que la mentira, dar sentido a la propia existencia es mejor que no dárselo.

Estos objetos de la preferencia consciente y los criterios que orientan el proceso de optar, en individuos y comunidades, pueden ser individuales, familiares, grupales, sociales, culturales y universales, dependiendo del grado de generalización que tengan. Desde aquellos que son propios de una sola persona hasta los que son compartidos por la familia, por el grupo, por la sociedad, por la cultura o por la especie humana.

Existe una clasificación de los valores que corta a través de todas las categorías anteriores: los profesados y los vividos.

Los profesados son aquellos que se ostentan como propios, por individuos aislados o por grupos, a través del discurso escrito o de la comunicación oral. Los vividos son aquellos que el individuo o el grupo ponen en práctica, es decir que se manifiestan en sus comportamientos.

Esta clasificación tiene mucha importancia para lo que expondré a continuación.

Algunos psicólogos consideran como signo de salud, o de disfuncionalidad psicológica, la mayor o menor congruencia entre los valores profesados y los valores vividos. Cuando una persona manifiesta de forma verbal que prefiere la verdad a la mentira y esta preferencia se refleja en su comportamiento, decimos que es

una persona congruente y saludable. Cuando dice preferir la verdad a la mentira pero sus acciones y conducta la desmienten, estamos ante una persona incongruente y —al menos en esta área— disfuncional.

Valores del modelo educativo

Estas reflexiones derivan de los siguientes documentos básicos: "Ideario" de la Universidad Iberoamericana (1968), *Orientaciones fundamentales* del ITESO (1974), "La filosofía educativa" de la Universidad Iberoamericana (1985), "Misión del ITESO" (1993), *Desafíos de América Latina y propuestas educativas AUSJAL* (1995), "Modelo de Calidad Integral, ITESO" (1996), "Proyecto de documento descriptivo del modelo educativo UIA/ITESO", de Luis Vergara (1998) y "Cómo realizar la inspiración cristiana de la universidad", de Gabriel Anaya (1998).

Me gustaría empezar con la aclaración de que en este modelo el sustantivo es la calidad universitaria, es decir que sin ella no estaríamos considerando lo esencial; el adjetivo es con una inspiración ignaciano-jesuita, que no interfiere con la calidad universitaria y le imprime un sesgo valoral característico. Es decir, un *para qué*, un sentido de finalidad.

Los valores que promueve la universidad en general: creación y difusión de la cultura, creación y transmisión del conocimiento, estímulo del aprendizaje, libertad de cátedra, libertad de conciencia, formación académica y formación profesional.

Sin la promoción de estos valores, más aún, con la sola exclusión de alguno de ellos no podríamos ser considerados propiamente como universidad.

Mas el *plus*, aquello que es característica peculiar de nuestro modelo educativo, radica en la promoción de: la excelencia académica, la integración personal, la colegialidad y participación en las decisiones, la integración de la comunidad educativa, el compromiso social, la inspiración cristiana y el estilo ignaciano.

Compartimos con otras instituciones la excelencia académica; mas la formación humana, la colegialidad y participación en la toma de decisiones importantes, la búsqueda de la integración comunitaria, el compromiso social y la inspiración cristiana de corte ignaciano, son algo muy propio, son la esencia de nuestro producto, son lo que sabemos y podemos hacer un grupo comprometido de laicos y jesuitas, mujeres y hombres, en nuestras universidades a lo largo y ancho de la república mexicana.

En un sentido general, el valor fundamental del Sistema Educativo Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (UIA/ITESO), es decir, la preferencia consciente expresada en el modelo educativo común, es la integración de acciones universitarias en nuestras instituciones para el desarrollo armónico e integral de las personas y la transformación de la sociedad en una más justa y equitativa, con oportunidades para todos, especialmente para los más desfavorecidos.

La excelencia académica

La excelencia académica tiene que ver con el rigor científico y filosófico en los planteamientos, con la solidez en las fundamentaciones y los argumentos, y con una búsqueda constante de superación en todos los campos del saber. Las universidades jeuitas, alrededor del mundo y a lo largo de la historia, se han caracterizado por la búsqueda de nuevos conocimientos y por la formulación de hipó-

tesis y teorías de avanzada. En México, nuestras universidades se han distinguido por la creación de carreras profesionales novedosas y por la aplicación del conocimiento científico a licenciaturas diversas. También se han distinguido las universidades jesuitas por la amplitud y variedad de sus publicaciones.

Elemento fundamental de esta característica de la educación jesuita en nuestras universidades es que la excelencia académica no es un fin en sí mismo sino un medio para la formación de mejores personas y para la transformación de la sociedad. La sola excelencia académica no bastaría para educar, pero resulta el mejor instrumento en manos de universitarios para la promoción de una educación de calidad al servicio de la investigación, la difusión de la cultura y la práctica que forman profesionales competentes y transforman la sociedad.

Esta búsqueda de la excelencia académica tiene que ver con esa tendencia a la superación tan característica del estilo ignaciano. Excelencia en los maestros por su competencia docente, en la investigación por su relevancia para el país y por la calidad de sus métodos y planteamientos, en la difusión por su capacidad para la promoción del diálogo y la transformación de la cultura, en los estudiantes por lograr aprendizajes significativos y personales integrados a la vida y, por último, excelencia programática y curricular por la amplitud y profundidad de los contenidos.

Integración humana

Esencia de nuestro modelo es la integración humana y personal, adquirida no sólo mediante cursos y seminarios sino también a través de la interacción constante de los estudiantes, maestros, administradores, funcionarios, empleados y secretarías; se caracteriza

por el respeto a la persona, la cordialidad y la apertura en las relaciones interpersonales, la capacidad de escucha, la honestidad en la transmisión de los mensajes, la actitud de servicio con interés genuino por el otro y la solidaridad con los más débiles y menos favorecidos.

La transmisión de los valores humanos cristianos se lleva a cabo mediante la interacción personal que acaba de ser descrita, aunque pueden ser un complemento muy valioso las actividades académicas de reflexión sobre la integración de los valores del humanismo cristiano ignaciano y sus dimensiones biológicas, psicológicas, sociales y trascendentes; así como otras actividades de tipo práctico encaminadas a elevar los niveles de autoconocimiento y autoestima, de comunicación y diálogo, y otras que favorezcan la búsqueda del sentido de la vida y las experiencias espirituales.

Especial importancia debe tener la promoción de la salud integral por medio de la cultura física, las prácticas deportivas, las experiencias estéticas, tanto pasivas como activas, los procesos de valoración libre y responsable, y la reflexión sobre la dimensión trascendente de la vida (que no ha de confundirse con la inspiración cristiana).

La formación integral humana es una responsabilidad de nuestras instituciones hacia la totalidad de las personas que conforman nuestras comunidades, no únicamente hacia los estudiantes.

El compromiso social

La vigencia operativa de un auténtico compromiso social implica, en primer lugar, el entendimiento y la intencionalidad compartidas de que el destinatario último de la acción del Sistema y de las instituciones que lo componen, es la sociedad (nacional o regional)

y no únicamente los egresados. Nuestra meta es impactar a la sociedad para hacerla más justa, más humana, más competente y menos competitiva, más saludable, y más armónica con la naturaleza.

Para que exista un México más democrático, la participación en la toma de decisiones que tienen que ver con el bien común resulta de máxima importancia. En nuestras universidades hemos escogido la participación representativa en los cuerpos colegiados como estrategia privilegiada. Desde el Consejo de Educación Superior hasta los consejos técnicos y colegios de profesores, las sociedades de alumnos y de ex alumnos, y las autoridades unipersonales, son ejecutivos de los cuerpos colegiados, con lo cual se garantiza la equidad y la eficacia en la toma de decisiones. Es muy difícil sobreponerse al paternalismo inherente a nuestra cultura mexicana, y con mucha frecuencia éste se racionaliza bajo la capa de eficiencia en la toma de decisiones para asuntos importantes, considerando la asesoría y la consulta con los cuerpos colegiados como retardante.

Vivimos un mundo donde la colaboración, la participación y la integración son ingredientes del éxito en la escuela, en la empresa y en el Estado. No podemos esperar un México más democrático si en nuestros procesos educativos predomina el paternalismo autoritario sobre la participación responsable de todos, incluidos los estudiantes, en la toma de decisiones que los afecta.

La creación y mantenimiento de la comunidad universitaria

Una vida verdaderamente comunitaria al interior de cada una de nuestras universidades, supone un constante quehacer en la línea de la construcción y del mantenimiento del sentido de cuerpo. Por eso, la participación democrática en la toma de decisiones (de

toda índole y a todo nivel), a través de la participación representativa en los cuerpos colegiados, constituye también un medio privilegiado para la construcción y mantenimiento de la vida cívico política. El respeto a la dignidad de cada persona, la garantía de libertad en el pensamiento y expresión, y el privilegiar las relaciones interpersonales sobre las funcionales son los ingredientes de una comunidad saludable.

El individualismo egoísta es la marca contemporánea de la cultura mundial, por tanto, el interés cuidadoso por el prójimo seguirá siendo la base de nuestra comunidad. México necesita universitarios de todas las disciplinas, no sólo capaces de entender y evaluar la realidad de las grandes mayorías del país y del mundo, sino de vivir modelos alternos y operativos para promover el desarrollo continuado. Todavía no es tan tarde para librar a México de la violencia en todas sus formas y manifestaciones.

La inspiración cristiana

¿Cómo entiendo la inspiración cristiana del Sistema Educativo UIA/ITESO?

Como la vivencia de los valores evangélicos de respeto, interés cuidadoso por el otro, generosidad en la entrega y en el compromiso que anima todas las actividades de la universidad: la clase de todos los días, la práctica profesional y la oficina administrativa. La actividad pastoral y la práctica litúrgica son impulso, culmen y corona de la vivencia evangélica. Sin un esfuerzo por la promoción de esta vivencia, acciones litúrgicas y prácticas pastorales se convertirían, en el mejor de los casos, en tranquilizantes de la conciencia, y en el peor, en simple fariseísmo.

El diálogo fe-cultura es una actividad académica, complemento de la vivencia evangélica en la universidad, mas no es tampoco esencia de la inspiración cristiana. Esta esencia, repito, está en la práctica genuina de los valores cristianos, tanto en el diálogo fe-cultura, como en el Departamento de Ciencias Religiosas, como en la clase de matemáticas.

Sin embargo, el diálogo fe-cultura debe darse en todos los ámbitos de la universidad. Este diálogo se realiza en dos sentidos: uno, por la inculturación de la fe que busca expresar sus contenidos, valores éticos y celebraciones de la esperanza cristiana en el contexto de los significados y valores de cada cultura; otro, por la evangelización de la cultura orientada y enriquecida a la luz de la fe. Jesús y Pablo realizaron este doble movimiento en el judaísmo y el helenismo, respectivamente.

La universidad no puede ignorar la promoción de la justicia como manifestación de la fe. La fe cristiana tiene ineludibles consecuencias sociales, políticas y económicas, pues la fe que se traduce en amor genera de forma automática la justicia.

La justicia como expresión de fe tiene que ser práctica cotidiana en la universidad de inspiración cristiana, de tal suerte que la opción preferencial por los pobres ha de empezar con los pobres y desfavorecidos de la propia casa.

El estilo ignaciano

¿Qué añade el estilo ignaciano a la inspiración cristiana en este modelo educativo?

Yo diría que una actitud práctica, audaz y eficiente para alcanzar las metas importantes, a través de los medios adecuados. La búsqueda incansable de la superación y de la excelencia a través de la reflexión, al contextualizar, experimentar, actuar y evaluar de

manera sistemática. Descubrir en la belleza del mundo la manifestación del amor de Dios. Ver en el Jesús del Evangelio la inspiración para encontrar el sentido de la existencia. Abrir espacios para la toma de conciencia y la meditación constantes.

Ésta es la identidad que, a mi modo de ver, laicos y jesuitas, maestros, estudiantes y administradores, quisiéramos dar al Sistema: éste es el modelo que el Consejo de Educación Superior de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús se compromete a custodiar y a impulsar. El poder, la sabiduría y la autoridad de todos al servicio del organismo completo. Y éste al servicio de México.

“Por nuestros frutos nos conocerán” comenta Luis Vergara en sus reflexiones sobre el modelo educativo UIA/ITESO. ¿Cómo ve la sociedad, de las seis zonas de influencia de nuestras universidades, a nuestros egresados, y cómo ve el impacto que estas universidades están haciendo en ella?

Tampoco podemos esperar que todos nuestros egresados y nuestros maestros vivan los valores de nuestro modelo educativo. A lo que sí podemos aspirar es a la formación de minorías comprometidas que puedan ser verdadero fermento de la sociedad y puedan, finalmente, transformarla en una sociedad más justa, equitativa y amable para todos.

Termino generalizando al Sistema la misión de calidad del ITESO, aparecida el año pasado en un documento:

- La persona humana como nuestra razón de ser y de actuar.
- Vocación de servicio como compromiso con la comunidad.
- Excelencia como estilo de vida.
- Eficiencia, eficacia y pertinencia como forma de trabajo.
- Responsabilidad y compromiso como motivación básica.

- Espíritu abierto y emprendedor como estrategia de éxito.
- Libertad y justicia como metas institucionales.

Conclusión

La así llamada crisis valoral contemporánea no implica que se hayan perdido los valores, o que éstos ya no existan —los procesos de comparar y preferir son inherentes a la racionalidad humana—, sino que un cada vez más amplio sector de la sociedad contemporánea está optando por valores considerados como deshumanizantes.

Es un hecho que la radicalización de la economía del libre mercado, y el egoísmo individualista promovido por la mayor parte de los sistemas educativos y por los medios de comunicación, están impactando la cultura mundial y están dando un marcado giro a los valores individuales y sociales.

¿Qué preferimos? la genuina competencia (entendida ésta como el ser excelente, estar bien preparado) o la competitividad sin límites; el uso racional de los bienes de consumo o la acumulación desmedida; el sano amor por uno mismo que implica el compromiso con el otro o el hedonismo egoísta, alienante y despersonalizante. La sociedad de consumo se aleja de los valores humanos y deja a los más débiles de todos los grupos al margen de las oportunidades del desarrollo.

No existe una educación valoralmente neutra, ni siquiera la educación superior: o promueve los valores de la cultura prevalente, o los transforma.

Las universidades jesuitas están empeñadas en promover algunas y transformar otras, adoptando como criterio su propio modelo educativo.

EL MODELO ES NO TENER MODELO *

*Jorge Narro Monroy ***

De entrada, estableceré dos presupuestos para todo lo que luego enunciaré:

a) No creo en los modelos. Por lo menos no en aquellos sostenidos (consciente o, peor aún, inconscientemente) como construcciones acabadas, estáticas, que se siguen sin cuestionamiento alguno y se aplican de forma mecánica.

En el caso del "modelo" ignaciano o jesuítico de educación superior, creo que no existe tal. Por lo menos no uno del tipo que describo arriba. Creo, por el contrario, que lo que existe son líneas generales, características esenciales de la educación de la Compañía de Jesús, una estrategia, un proyecto...

b) Estos son tiempos de cambios, aunque no creo que vivamos una nueva época. Hablar de modernidad y posmodernidad me

* Conferencia.

** Jefe del Centro de Investigación y Formación Social, Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

parece una excesiva generalización y además con muy poco fundamento. Pero es efectivamente un tiempo de cambios. O quizá deberíamos decir: tiempo en el que nos percatamos de cuánto ha cambiado todo en los últimos 15 ó 20 años.

Nosotros, la universidad, nuestras ideas y nuestras prácticas educativas, deben ser revisadas, deben modificarse para responder mejor a las preguntas de hoy. Pero para que el cambio sea real debemos colocarnos en una posición tal que no nos ocurra lo que a la liga común: se estira por un extremo, y al soltarla vuelve a su posición original. Para cambiar en realidad debemos ser radicales.

Dicho lo anterior, considero que el mejor título para esta charla probablemente sea "El modelo es no tener modelo". Su propósito, hay que subrayarlo, es provocar y sugerir.

Suele decirse que la universidad sirve para: a) enseñar a pensar, b) transmitir valores, c) formar para el desempeño de alguna profesión. Lo dudo.

a) Si a los 20 ó 23 años con que cuenta un estudiante universitario no ha aprendido aún a procesar intelectivamente (uso esta expresión porque hay muchas maneras de pensar e incluso hay maneras de inteligir que no son racionales), difícilmente podrá hacerlo durante el resto de su vida. Con todo y que a los 20 ó 23 años todavía sea, en estos tiempos y como algunos dicen, adolescente. Es durante la educación primaria y media que las personas aprendemos a pensar.

b) Tampoco a los 20 ó 23 años el sujeto es —en general— susceptible de modificar sus valores básicos, fundamentales. A la universidad ya llega creyendo en, y queriendo algo, y encima se pasa en ella apenas unas horas al día. Así las cosas, la universidad sólo puede aspirar a fortalecer ese algo, o a ponerlo en evidencia (difícilmente a eliminarlo porque nadie se inscribe en una casa de estudios donde se cree lo opuesto a lo que uno cree).

c) La universidad ya no enseña a trabajar en una empresa. La empresa toma al egresado y le enseña lo que ella requiere. Todo mundo lo sabe "a hacer las cosas se aprende fuera de la universidad, cuando te topas con la realidad".

¿Entonces para qué sirve la universidad? No enseña a pensar, no crea valores, no capacita para el trabajo específico. ¿Entonces?

Hagamos un alto. Hasta aquí he querido decir que el proyecto de universidad hay que buscarlo (no sirve más el que tenemos sobre todo si se trata de un modelo, o al menos hace mucha agua) y hay que buscarlo en otro lado (no en donde siempre: en el aula).

Alberto Vásquez, en un taller de pedagogía ignaciana que tomé con él hace casi tres años, nos decía que si un fraile del siglo XIV o XV, luego de una hibernación de 500 ó 600 años, despertara hoy, sólo se encontraría seguro en dos lugares (dado que no han cambiado de manera significativa en todo este tiempo): un templo o una universidad. Es verdad, en la universidad las cosas siguen, en lo fundamental, más o menos iguales: un maestro frente a un grupo dentro de un aula.

A la espiritualidad ignaciana, al carisma de la Compañía de Jesús, pertenecen el cambio y la búsqueda: la *des-instalación*. Eso si se quiere ser coherente con aquello de "en todo buscar a Dios", el *magis*, "el Dios siempre mayor", etc. Elementos centrales, de ningún modo secundarios, en la experiencia de Ignacio de Loyola y, por tanto, centrales en el modo de ser y hacer (educación por ejemplo) de sus hijos los jesuitas.

Permítaseme insistir en esa idea. Ignacio de Loyola, luego de una larga e intensa experiencia de Dios, no elaboró un modelo de la divinidad ("así es Dios, lo sé por experiencia") sino una metodología para buscarlo: los ejercicios espirituales.

Buscar, pues, es la consigna ignaciana. Buscar siempre. Estar siempre en camino. (Por supuesto no se trata de no comprometerse con nada, ni de nunca echar anclas porque estamos en búsqueda. Hay que comprometerse con proyectos, con programas, con acciones, pero "tanto, cuanto", como también diría Ignacio).

Regreso a la pregunta de "¿entonces para qué sirve la universidad?" No tengo, por supuesto, una respuesta suficientemente clara ni sólida. Sólo sé que debe y urge hacerse la pregunta. Hay que buscar. Siempre, y más ahora que las certidumbres (la universidad sirve para formar profesionales, para formar en valores, etc.) se han desvanecido.

Y creo que el buscar, el ir más allá de lo adquirido, es la clave de un modelo educativo inspirado en la espiritualidad de Ignacio de Loyola. El modelo es, pues, ir más allá de cualquier modelo.

Creo que la universidad debería servir para poner en contacto al estudiante con problemas de la sociedad, no con demandas precisas del aparato productivo o del mercado (éstos no agotan a la sociedad). No con la sociedad como tal, porque de frente no hay por donde pescarla. Con problemas (necesidades, demandas, desafíos, preguntas, incluso evidencias y certezas) de la sociedad (la inmediata, la regional, la nacional, la mundial), para aprender: a) sobre la sociedad, b) acerca de cómo enfrentar algunos de sus problemas, c) sobre cómo resolverlos o intentar resolverlos.

En definitiva, la universidad debería convertirse en un enorme laboratorio o, como decimos en el ITESO, en un enorme proyecto de intervención (o *metaprograma*), donde los estudiantes aprendieran a aprender de, sobre, y para la sociedad (y, por supuesto de, sobre, y para ellos mismos).

Lo que acabo de decir resulta, por supuesto, muy vago, pero mi propósito es provocar y sugerir, no resolver (es claro que aunque fuera mi pretensión no podría hacerlo).

En este marco ¿qué habría que entender por excelencia académica, excelencia humana, compromiso social, inspiración cristiano ignaciana y comunidad educativa?

Empecemos diciendo que no son elementos de un modelo sino características o elementos centrales de la educación jesuítica. No necesariamente de autoría ignaciana. Pero eso es lo de menos, lo de más es que pueden resultar útiles o, mejor dicho, que puede echarse mano de ellos.

Excelencia académica

En una universidad caracterizada por la búsqueda, por el aprender haciendo, la excelencia académica consistiría en saber aprender.

Así, se es excelente en lo académico cuando: a) no sólo se tiene información sino, sobre todo, se sabe dónde buscarla, b) no sólo se entiende sino, sobre todo, se es capaz de reproducir el razonamiento o el procedimiento que la dio como resultado, c) no sólo se sabe para qué puede ser útil sino, sobre todo, se puede aplicar y retroalimentar en diversos escenarios.

Excelencia humana

La excelencia humana se definiría en términos de apertura: a uno, al otro y a lo otro. A una realidad siempre otra o, como diría Ignacio "siempre mayor".

Por tanto, se es humanamente excelente cuando el proceso personal de crecimiento se mantiene siempre abierto y apunta hacia

una integración, en la persona, de las dimensiones física, afectiva, intelectual y trascendental (es decir, la dimensión de apertura —otra vez— a uno, al otro y a lo otro).

Compromiso social

Hace 15 ó 20 años en sectores progresistas cristianos se entendía por compromiso social, de manera ejemplar, la inserción en un medio popular o la militancia política. La universidad, se pensaba desde esa posición, debía suministrar profesionales a los sectores populares o, al menos, formar sujetos que se incorporaran a la vida política activa (por supuesto en la oposición).

Hoy resulta imposible establecer un solo criterio que defina el compromiso social.

La universidad socialmente comprometida es, sin duda, aquella que endereza sus propósitos y sus tareas en la búsqueda de formas sociales de organización cada vez más justas, más participativas, más humanas. ¿Cómo? de nuevo buscando, en realidad buscando y no sólo diciendo. En este sentido las *Orientaciones Fundamentales* del ITESO, su misión, el ajuste de mira que implican los frentes estratégicos y el intento que los metaprogramas expresan, me parecen de una clarísima pertinencia.

¿Y el alumno socialmente comprometido? Aquí se admiten grados diversos. Señalo de menos a más: cuando no puede permanecer insensible frente a lo que ocurre alrededor (la "indignación moral" dice algún autor); cuando no puede permanecer ignorante frente a lo que ocurre alrededor, y cuando no puede permanecer inactivo frente a lo que ocurre alrededor. Esta última actitud admite, a su vez, diversas posibilidades: desde el asistencialismo hasta la lucha, política por necesidad, por la transformación.

Así pues, el socialmente comprometido no es sólo aquél que se inserta en una colonia popular o en una aldea, o que se incorpora en un partido o en una organización política. Éstas pueden ser las posibilidades más admirables, pero no siempre las más adecuadas a la personalidad (en el más amplio sentido) de cada uno. Y la primera fidelidad es con uno mismo, un “uno mismo” que no se agota en modelos, que los trasciende.

Inspiración cristiano ignaciana

Me parece que esto se ha identificado con la pedagogía ignaciana, que a su vez suele reducirse a una metodología o, mejor dicho, a una epistemología: experimentar, reflexionar, actuar, evaluar...

No creo que ser ignaciano —en la universidad o fuera de ella— se reduzca a lo que acabo de decir. Ser ignaciano —otra vez en la universidad y fuera de ella— significa vivir al modo de Ignacio de Loyola: buscando siempre a Dios (un Dios siempre mayor, siempre nuevo, siempre distinto) en todas las cosas (en la propia universidad, en la historia, en la vida cotidiana), para conocerlo internamente y amarlo mejor, y servirlo.

Pero amarlo y servirlo al modo de Jesús, al modo en que Ignacio siguió (no imitó) a Jesús. Amando y sirviendo, en confianza (apertura) y en la historia (en el concreto que discurre), al hombre. “La gloria de Dios es que el hombre viva”, decía san Ireneo si no me equivoco, y pudo haberlo dicho Ignacio.

Comunidad educativa

Comunidad educativa no es el lugar al que voy a tomar clases, tampoco es el lugar al que voy a trabajar; es el grupo del que formo parte activa: con el que interactúo, conspiro y *consueno*. Es el grupo

del que formo parte activa, que busca, con hechos, seguir construyendo la universidad.

RESPUESTAS Y COMENTARIOS DE LOS EXPOSITORES *

Jorge Narro. Quiero referirme a la propia experiencia de Ignacio. Ignacio tuvo la experiencia de Dios, recogió sus hallazgos, recogió su experiencia, la sistematizó y lo que generó fue un instrumento para la búsqueda de Dios. No creó un modelo de Dios. Los *Ejercicios* se traducen en una metodología para la búsqueda y encuentro de Dios. Se trata de un camino abierto, no planteó una imagen de Dios ya construida. Entonces, de lo que se trata es de recoger todo lo que haya funcionado en la experiencia educativa de la Compañía en general, haya sido inventado o no por san Ignacio, inventado o no por los propios jesuitas, para generar una estrategia, para diseñar una estrategia, pero no para establecer una línea rígida al modo de "así se forma", "así se educa". Llegar a este extremo no representa un fantasma inventado por mí para tener algo que decir

* Transcripción: Arsinohé Quevedo.

aquí mismo sino un riesgo real, un riesgo muy cercano, muy palpable.

Juan Lafarga, S.J. Indiscutiblemente que existe el gran riesgo de caer en un modelo rígido, incambiable e impuesto. Me parece que la alternativa la representan los modelos abiertos, flexibles, cambiantes, aquellos que sirven para acompañar en la búsqueda y que también incluyen su propio riesgo.

Quiero referirme, por otro lado, al contagio de valores a nivel personal en una relación de grupos primarios. En una institución compleja donde se dan múltiples interacciones de diverso tipo, donde confluyen múltiples intereses y que además se inserta en un mundo complejo y cambiante ¿cuál sería una estrategia eficaz para lograr este contagio?, ¿cómo podría darse, cómo podría evaluarse? Creo que se trata de una cuestión profunda. Es cierto que el contagio de valores se da en la institución, lo que se traduce en muchos contagios de todo tipo. Pero hay personas más relevantes que contagian de su propia inquietud de su propia preferencia, de su propia búsqueda. Los elementos que son el fermento de la masa, los pequeños grupos comprometidos que realmente impactan en la motivación global. Este concepto de grupos comprometidos está tomado de Sergio Moscovici, quien dice que las masas nunca mueren por sí mismas sino a través de grupos que están comprometidos con algún tipo de valores y que son los que fermentan realmente a la masa. Se trata de minorías comprometidas de jesuitas, minorías comprometidas de profesores, minorías comprometidas de alumnos que son los que en realidad imprimen el cambio a la institución.

Ha llegado a mis manos una pregunta fuerte. ¿Si cambiamos la mente y el corazón de las personas, resulta condición suficiente

para transformar una institución?, ¿no se trata de dos identidades ontológicamente diferentes, no hay ahí un voluntarismo implícito? Yo creo que en efecto se trata de dos identidades ontológicamente diferentes, pero hay que trabajar tanto en el cambio de la institución como en el cambio de las personas. Kolvenbach y el mismo Juan Pablo II afirmaban que si no cambiamos a las personas, difícilmente cambiaremos a las instituciones. No por el sólo hecho de cambiar a las personas las instituciones se modifican, pero si no transformamos a las personas difícilmente cambiaremos a las instituciones. Si cambian las personas que hay adentro de las instituciones ello favorecerá el cambio de las instituciones aunque no sea condición indispensable.

Me referiré ahora a cómo definir una actitud de cultura de calidad ignaciana. Creo que la calidad integral comienza por la calidad personal. En las empresas ha tenido mucho éxito hablar de calidad personal; porque hablar meramente de calidad del producto no tiene tanto impacto para el bienestar —hasta económico— de la propia empresa. Parece que personas más contentas, más satisfechas, inciden en la calidad del producto, y esta calidad incide, a la vez, en mayores ganancias. Los japoneses han llegado a la conclusión de que la calidad —objetivo de la empresa— no significa sólo la obtención de mayores ganancias sino también llegar a ser mejores personas y a través de ellos lograr mayores ganancias y mejores productos y mejor servicio a la sociedad. Y esto como estrategia exclusivamente mercadológica, lo que permite concluir que cuando las personas están más contentas, más satisfechas, más justas, mejor integradas, donde son escuchadas, donde son acompañadas, tienden a funcionar mejor y a ofrecer un mejor servicio.

Pero ¿cómo conciliar la educación, en el sentido del compromiso social, con la economía de mercado? En el supuesto caso de

que los egresados actuaran de acuerdo con esta convicción ¿podrían sobrevivir en la competencia?

La hipótesis es que la economía de mercado conducirá a los hombres al conflicto y a la destrucción, la del mercado super libre, sin ninguna restricción. Necesitamos modelos, esquemas, sistemas, y perdón por las palabras pero así es, más dinámicos, más fluidos que hagan que los bienes lleguen a los que tienen menos posibilidades de adquirirlos. Tenemos que pensar que para que prevalezca, para que sobreviva el mundo, deben incluirse aquellos desfavorecidos que están siendo víctimas de la competencia desalmada. O nos salvamos todos o pereceremos todos. La tendencia indica que va disminuyendo el número de los que más tienen y aumentando el índice de los que tienen menos. Nos aproximamos a un momento en donde la catástrofe resulta inminente, y lo que nos queda es encontrar nuevas maneras para favorecer una convivencia más equitativa, más equilibrada, más amable.

... CAPÍTULO V ...

PROPUESTAS PARA LA ACCIÓN UNIVERSITARIA
DE INSPIRACIÓN IGNACIANA

PROPUESTAS PARA LA ACCIÓN UNIVERSITARIA DE INSPIRACIÓN IGNACIANA *

*Gabriel Codina, S.J. ***

El punto de partida de los trabajos aquí reunidos fue la presentación panorámica de la educación superior de la Compañía de Jesús, con sus rasgos distintivos y la problemática a la que se enfrenta. A continuación se presentan algunas reflexiones sobre las características, elementos constitutivos y valores fundamentales de un modelo universitario de inspiración ignaciana. Ha llegado el momento de recapitular, en términos de acción, acerca de todo lo elaborado hasta este momento, y proyectarnos hacia el futuro con propuestas concretas.

El punto en que nos encontramos en este momento no es de quiebre con nuestra esencia y con nuestra trayectoria como universidades de la Compañía, sino de continuidad. Pero no en una perspectiva lineal sino como en una nueva voluta de espiral, que nos

* Conferencia.

** Secretario para la Educación de la Compañía de Jesús, Roma.

mantiene firmemente enraizados en el punto de arranque, pero que nos lanza al mismo tiempo adelante hacia nuevas dimensiones.

Nuestras universidades no acaban de descubrir o redescubrir su identidad y su misión: las tenían de antemano bien claras, simplemente han profundizado en ellas. Siempre es bueno refrescar la memoria histórica de lo que somos, institucional y corporativamente, y animarnos a franquear juntos nuevas fronteras. La misión está clara. El Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) y las universidades de la Compañía, de acuerdo con sus principios y objetivos propios, seguirán prestando un servicio a la sociedad al ofrecerle respuestas a necesidades y a demandas concretas.

Las demandas sociales

Existe un tema crucial que no podemos pasar por alto de manera ligera. Se trata de la relación mutua entre universidad y sociedad: las demandas que la sociedad plantea a la universidad, y el servicio que ésta puede ofrecer a la sociedad. El problema es cómo se ubica la universidad ante la sociedad en esta prestación de servicios. En otras palabras: qué servicios está en derecho de esperar la sociedad de la universidad, y qué servicios está dispuesta a prestar la universidad. En este punto se da con frecuencia una ambivalencia inquietante.

Es verdad que la razón de ser de la universidad es la sociedad. Frente a quienes pretendían que la universidad no debía involucrarse en la problemática social, Ignacio Ellacuría sostenía terminantemente: la universidad no es para sí misma, ni para sus miembros. Su centro no está dentro de sí, ni en sus estudiantes, ni en sus

profesores, ni en sus autoridades. Se debe a la sociedad, y ésta debe ser el centro y orientación última de su actividad.¹

Sin embargo —y no creo que Ellacuría estuviese en desacuerdo con ello—, no debe presuponerse que la universidad pueda y deba responder a todas las demandas, o a cualquier tipo de demandas de la sociedad. De igual manera, no hay porqué creer que la sociedad esté dispuesta a aceptar cualquier tipo no ya de respuestas sino de preguntas por parte de la universidad. La prueba es la respuesta que la Universidad Centroamericana (UCA) recibió de cierto sector de aquella sociedad que no admitió interpelación alguna de la universidad.

La *Ex Corde Ecclesiae* señala como objetivo de la universidad católica el “garantizar de forma institucional una presencia cristiana en el mundo universitario frente a los graves problemas de la sociedad y de la cultura”.² Decir su palabra y orientar a la sociedad es misión de la universidad. Esta presencia cristiana no puede significar otra cosa que hacer transparentes criterios, valores y una concepción del ser humano y del mundo inspirados en la fe cristiana. En otras palabras, ofrecer un modelo de sociedad acorde con el Evangelio de Jesús. Ahora bien, ¿estará la sociedad dispuesta a aceptar este tipo de valores y este modelo de sociedad? Universidad y sociedad son términos inseparables, en constante y mutua interacción. Dialogar con la sociedad, acercándose y alejándose mutuamente muchas veces, y buscar respuestas a los problemas de la sociedad, pertenece a la esencia misma de la universidad. Evaluar los valores y las normas de la sociedad y de la cultura moderna,

-
1. Citado por Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. “Apostolado de frontera y universidad católica”, Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, enero 1998.
 2. *Ex Corde Ecclesiae*, p. 13.

y comunicar a la sociedad principios éticos y religiosos, es tarea inexcusable de una universidad católica.³ La universidad no puede inhibirse ante temas candentes que afectan a la sociedad: política, empleo, discriminación, derechos humanos, minorías, ecología, corrupción, moral pública, etc. La sociedad debe hacerse presente en la universidad y la universidad debe hacerlo en la sociedad.

¿A qué demandas sociales está dispuesta a responder una universidad de la Compañía de Jesús, y en qué medida? Tal vez la oferta de la universidad debería adelantarse a la demanda de la sociedad pero ¿sería ésta una actitud legítima?, ¿quién configura a quién? La interrelación universidad-sociedad no siempre resulta cómoda. En un juego de mutuos influjos, el diálogo entre ambas resulta muchas veces desigual, como vectores que forcejean en distintos sentidos. Los criterios y valores dominantes de la sociedad no siempre coinciden con los de la universidad.

El *Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación en el siglo XXI* analiza las presiones sociales que se ejercen sobre la universidad, sobre todo en razón de los requisitos del mercado, a tal punto que la misma autonomía y libertad académica se encuentran en riesgo. Las propias políticas de la universidad están sometidas a imperativos económicos que meten en crisis a la universidad y ponen en peligro las misiones tradicionales de la enseñanza superior,⁴ por no hablar de los tiranteos de orden político y los intentos de tantos gobiernos por someter de una u otra forma a la universidad.

3. *Ibidem*, p. 33.

4. Delors, Jaques. *La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la educación en el siglo XXI*. Santillana/UNESCO, 1996 pp. 148-149.

Una universidad católica, además de las presiones económicas y políticas, mantiene con la sociedad diferencias y discrepancias de tipo valoral, que no son por cierto menores. Con mucha frecuencia la sociedad y la cultura dominantes tienden a organizarlo todo según las leyes del mercado, y exigen respuesta a las necesidades y demandas sociales propias del sistema. A la universidad se le quiere someter a esta misma dinámica, reclamándole el tipo de discurso y la práctica social que la sociedad espera de ella.⁵

Sin embargo, el papel social de una universidad de la Iglesia debe entenderse de distinta manera. Las disciplinas que se enseñan, o que son objeto de investigación, desde la ingeniería hasta la administración, y desde la arquitectura hasta el derecho, deben ofrecer respuestas a los problemas que la sociedad enfrenta; deben aportar soluciones a los problemas sociales, culturales, políticos y económicos, pero desde criterios y valores determinados.

La oferta de la universidad de inspiración ignaciana

Nuestra oferta y nuestro modelo universitario no pueden ignorar —y no podrían en modo alguno hacerlo— las demandas y las necesidades de la sociedad. Una universidad desvinculada de la realidad y encerrada en la torre de marfil de su puro academicismo solitario, estaría condenada a la esterilidad. Ya hemos visto cómo, para Ignacio de Loyola, el compromiso es con el mundo en la realidad concreta, único lugar de encuentro del ser humano con Dios.

5. Nos inspiramos para este punto en Royón Lara, Elías, S.J. *Misión de una universidad de la Compañía en nuestra sociedad*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1994.

Pero la respuesta de una universidad ignaciana a los requerimientos de la sociedad viene dada desde su propia especificidad.

Existen instituciones cuya oferta responde con exactitud a ciertas demandas del mercado. Su estructura organizativa, la docencia e investigación, la metodología que se emplea, los recursos, las inversiones, las políticas y las estrategias, se articulan precisamente de acuerdo con su opción de partida. Como en un sistema de producción, se evalúa el proceso en función de los resultados, se establecen procedimientos de control para la medición de la calidad, y se introducen los ajustes necesarios para la mejoría del producto. La institución funciona con la eficacia y eficiencia de la mejor fábrica. El modelo es claro, coherente consigo mismo, y no presenta la menor ambigüedad. Incluso es replicable y vendible. Quienes acuden a este tipo de instituciones saben perfectamente a qué atenerse y conocen de antemano lo que pueden o no pueden esperar de ellas.

Sin duda, este tipo de instituciones presta un cualificado servicio a la sociedad actual, con un tipo de oferta que corresponde con exactitud al tipo de demanda que le exige la sociedad. Es la industria o la sociedad de mercado la que configura este tipo de instituciones de acuerdo con sus propios requerimientos y expectativas. Respetamos y reconocemos el sentido y la función que prestan dentro de su propio discurso, pero, como universidades de la Compañía de Jesús, nos situamos en una perspectiva radicalmente distinta.

Nuestro discurso es diferente. Nuestra identidad y nuestra misión son las que tipifican y dan forma al servicio que como universidad tratamos de prestar a la sociedad. Para nosotros la educación no es una simple respuesta ante cualquier demanda de la sociedad. La sintonía acrítica con la cultura imperante haría de la universidad un simple repetidor y amplificador de las resonancias que le

llegan desde una sociedad que lo único que pretende es escuchar de la universidad el eco de su propia voz.

Es preciso todo un proceso de discernimiento (palabra muy ignaciana) para detectar el tipo de demandas que nos formula la sociedad y las que nosotros estamos dispuestos a responder. Con demasiada frecuencia se nos piden respuestas desde un cuadro de valores sociales, económicos, culturales poco solidarios, consumistas, arribistas, que buscan solamente el aseguramiento de un buen puesto de trabajo en el mercado laboral, sin mayores complicaciones. Si nuestras universidades quieren seguir siendo fieles a los principios cristianos e ignacianos que las inspiran, no pueden responder a estas demandas.

La piedra de toque para nosotros la constituyen los criterios del Evangelio. El mensaje evangélico debe estar siempre inserto en la cultura —debe inculturarse— pero debe a la vez guardar cierta distancia crítica con relación a ella. El Evangelio se pone al habla con la cultura para recrearla desde una nueva perspectiva. La política, la economía, la sociedad, la cultura misma, como expresión de todos los fenómenos humanos, no representan un absoluto.⁶ En algunos casos, la misma fidelidad al Evangelio nos conducirá a actuar de una manera en cierto modo contracultural.

Nuestra educación no puede, por tanto, convertirse en un mecanismo cuya función sea dar respuesta a cualquiera demanda que

6. Entendemos por cultura "la manera en que un grupo de personas vive, piensa, siente, se organiza, celebra y comparte la vida. En toda cultura subyace un sistema de valores, de significados y de visiones del mundo que se expresan al exterior en el lenguaje, los gestos, los símbolos, los ritos y estilos de vida". *Congregación General 34*, decreto 4, núm. 1, nota. Ver también *Ex Corde Ecclesiae*, p. 13, nota.

nos haga llegar la sociedad, como en una cadena de transmisión cultural. Hay demandas a las que no podemos plegarnos. Nuestros estudiantes deberán ser capaces de ejercer una crítica de la cultura imperante, en aquello que resulte en contra de la persona humana y de los valores del Evangelio, mediante el discernimiento lo que está a favor o en contra del ser humano, de su dignidad y desarrollo, de la convivencia de los seres humanos en fraternidad y justicia. La economía, la política, la propia cultura son para el hombre, y no al revés.

A través de la docencia y de la investigación, la universidad debería inspirar un nuevo modelo de sociedad y de cultura basado en los valores del Reino. Si algo resulta típico de la educación ignaciana es el tema de los valores. Hay valores que pueden contribuir a la promoción de la justicia, mientras otros supuestos valores pueden atravesarse y ser incompatibles con la misión de la Compañía.⁷ No hay educación neutra, ni siquiera en las ciencias puras. "El saber, por puro y aséptico que pretenda ser, no es nunca neutro, sino que es siempre solidario de una visión del hombre y de un cuadro o sistema de valores".⁸ Al dirigirse hace unos años a la Universidad Iberoamericana, el padre Kolvenbach recalca que "[...] toda enseñanza comunica valores, y éstos pueden ser tales que promuevan la justicia o estén en pugna, parcial o totalmente [...] con la misión de la Compañía de Jesús hoy en la Iglesia".⁹

7. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "A la asamblea de la enseñanza superior de los jesuitas de los Estados Unidos", Georgetown, 1989.

8. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Presente y futuro de INSA-ESEA", Córdoba, 1994.

9. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Educación y valores. A la Universidad Iberoamericana", México, 1990.

Lógicamente, el que una universidad ignaciana realice estos análisis de las demandas de la sociedad y opte por este tipo de respuesta, no anula en absoluto el que se proponga y logre en la práctica las más altas cotas de calidad y eficiencia académica. Considerar que existe contradicción entre lo uno y lo otro reflejaría una concepción equivocada de lo que significa ser a la vez universidad y jesuítica, como ya lo expusimos en su momento.

Así es como concebimos el diálogo entre universidad y sociedad. Diálogo crítico y crítica de la cultura que permitan discernir los valores de los contravalores de la sociedad ambiente. Así es como la universidad cumple con su misión de ser conciencia de la sociedad. Si falta este espíritu crítico la universidad puede resultar avasallada por la lógica de la sociedad de mercado, y terminar perdiendo una capacidad de reacción y una voz autorizada ante la misma sociedad. Crítica significa para nosotros esencialmente un elemento propositivo, de búsqueda de respuestas y propuestas. Toda denuncia debe ir aneja a un anuncio de salvación, como en el caso de Jesús frente a la sociedad y a los fariseos de su tiempo.

Distintas lógicas y nuevos desafíos

Las palabras del padre Kolvenbach hace años a la Universidad Iberoamericana conservan toda su vigencia:

Hoy comprendemos más fácilmente —porque estamos en un mundo estrechamente intercomunicado y en continuo cambio y progreso— que hemos tenido que pagar un precio cuando nos limitamos a concebir la educación más como transmisión de la cultura que como crítica de la cultura. Pero, precisamente, es gracias a los interrogantes que ustedes honestamente

se hacen, como podrán discernir lo que es mejor para llevarlo decididamente a la práctica.¹⁰

El desafío es cómo ayudar a los estudiantes a comprometerse de forma crítica con la sociedad y contribuir a la transformación de esta sociedad en una perspectiva cristiana. Cómo lograr excelentes profesionales, capaces de integrarse con éxito en la sociedad de la globalización y del libre mercado sin dejarse engullir por ella sino manteniendo su libertad y contribuyendo de manera efectiva al saneamiento por lo menos de una parcela de esta sociedad, de acuerdo con los valores del Evangelio.

La lógica de la universidad no coincide siempre con la lógica de sus propios alumnos y con la de la sociedad ambiente. Tenemos la impresión a veces de que, en el fondo, somos utilizados, y en realidad servimos a otros —u otros se sirven de nosotros— para fines totalmente diversos de los que nos proponemos. ¿Quién de nosotros no se ha preguntado alguna vez si en nuestro trabajo educativo vale la pena seguir haciendo lo que hacemos y si tiene sentido invertir tanto esfuerzo en la empresa?

Y cuando se trata de cierto tipo de personas nos viene inevitablemente a la memoria la parábola del camello y del ojo de la aguja, y el desánimo parece apoderarse de nosotros. Es verdad que la salvación para los humanos, resulta imposible. Pero para Dios todo es posible. Sólo Dios salva.

Si creemos que ésta es misión imposible y nos damos de antemano por vencidos, daríamos la razón a quienes creen que el sólo concepto de universidad católica resulta inviable. En rigor, el mismo argumento nos conduciría al extremo de admitir que es imposible

10. *Ibidem.*

vivir en la realidad de este mundo el mensaje de Jesús, y que el propio Evangelio resulta inviable. Ser cristiano no pasaría de ser una bella utopía. Creer que algo puede cambiar, así se trate de personas o estructuras, sería una ilusión. Y la salvación resultaría imposible para ricos y para pobres.

Hace pocos meses, el Padre General de la Compañía se refería a esta dificultad —que no imposibilidad— de que la universidad pudiera cambiar a las personas y a la sociedad, y dirigía una palabra de aliento a quienes se encuentran embarcados en este mismo empeño. En octubre de 1997, en una alocución a los principales de los colegios jesuitas de India, en un contexto no cristiano marcado por grandes diferencias sociales, el padre Kolvenbach les lanzaba un desafío:

El problema no es si admitimos pobres o ricos en nuestras instituciones. El problema es qué hacemos con ellos una vez que los admitimos. En ello radica el reto de nuestra misión de la fe que obra la justicia. Si un estudiante, rico o pobre, deja las puertas de nuestra institución con altas calificaciones académicas, pero sin haber crecido en el sentido de lo divino y de lo sagrado, en respeto por la vida humana, en compasión por los pobres, en preocupación por la justicia, en conciencia de las estructuras sociales opresoras vigentes, y en compromiso por la construcción de una comunidad más justa y más humana, habremos fracasado en nuestra misión como responsables de la educación superior.¹¹

El mismo padre Kolvenbach, con sentido realista y optimista, relaciona el éxito personal de los alumnos en una universidad con el éxito de la propia sociedad. En enero de 1998, en su alocución a la Universidad Católica del Táchira, de Venezuela, decía:

11. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Address to Jesuit Principals", Mumbai, octubre de 1997.

Es necesario romper la barrera que encierra a la universidad en sí misma, o solamente en el éxito individual de sus egresados, para abrirla al ideal de la mejoría y éxito de la sociedad latinoamericana.¹²

El reto es grande: convertir la excelencia personal en excelencia social, y extender la calidad de la universidad a la mejoría de la calidad de vida de la sociedad. Esto sí que es verdaderamente calidad total.

Resulta evidente que universidad y sociedad interactúan y se necesitan mutuamente, pero con distintas lógicas. En función de cómo se posiciona delante de la sociedad, la universidad asumirá una u otra identidad. La universidad que toma como criterio el plegarse de manera indiscriminada a las demandas de la sociedad vigente, acabará perdiendo su identidad y se convertirá en fiel servidora del sistema imperante. La que se refugie en un academismo estéril, acabará sin escuchar más voz que la suya propia, predicando sobre los techos, y sin incidencia social alguna.

Algunos indicadores del trabajo universitario

El meollo del asunto está en descubrir qué tipo de universidad queremos y para qué tipo de sociedad. De nuevo tocamos fondo en el tema medular de las relaciones entre universidad y sociedad. La búsqueda del conocimiento —el *qué*—, tarea esencial de la universidad, desemboca siempre en una búsqueda mayor: el *para qué* del conocimiento.

12. Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "Apostolado de frontera y universidad católica", Universidad Católica del Táchira, San Cristóbal, enero de 1998.

No retrocederemos en lo ya avanzado. Conocemos tanto el *qué* como el *para qué*. El problema está siempre en el *cómo*. Determinar los medios para llegar a los fines es responsabilidad de la universidad como tal y de la comunidad universitaria, a quien corresponde diseñar y adoptar las políticas y estrategias correspondientes.

Quisiera simplemente apuntar de forma somera algunos indicadores que considero indispensables para que, en el diálogo cultural con la sociedad, la universidad tenga respuestas y propuestas ante los grandes problemas del momento.

El primero es la investigación, elemento esencial en toda universidad. Sin investigación la universidad no sólo es incapaz de competir con otras instituciones superiores sino que se queda sin palabra y sin la posibilidad de proyectarse hacia el futuro. Investigación que no se reduce a un sólo campo sino que, en lo posible, se extiende a las distintas disciplinas y campos de la ciencia y la cultura que abarca la universidad. Son conocidas las enormes dificultades, sobre todo de orden presupuestario, que condicionan la investigación. Sin embargo, sin una seria y rigurosa investigación la universidad no gozará de credibilidad para poder entrar en el debate de los temas mayores de la sociedad, ni tendrá propuesta alguna que ofrecer.

El informe de Delors, al analizar la crisis en que ha caído la universidad a nivel mundial debido a las presiones sociales y a los requisitos del mercado, sostiene el papel insustituible que corresponde a las universidades como centros autónomos de investigación y de creación del saber, que pueden contribuir enormemente a la solución de los problemas del desarrollo. El informe, por cierto nada sospechoso de ser confesional, llega a afirmar que "en su función social, las universidades pueden poner su autonomía al

servicio del debate sobre los grandes problemas éticos y científicos a que deberá enfrentarse la sociedad".¹³

El informe menciona también el dilema entre investigación y docencia a que se enfrentan muchas universidades, debido principalmente a los requerimientos de la industria y del mercado laboral. Cualquiera que sea la negociación que se entable para resolver el dilema, la investigación es parte de la solución del problema.

La Compañía de Jesús recalca también la necesidad de una labor científica y rigurosa en el trabajo intelectual, en continuidad con una tradición secular que no ha perdido importancia dentro de la misión. Investigación, análisis social, reflexión teológica: he aquí algunos indicadores para verificar cómo concibe la universidad su relación con la sociedad, y en qué medida su propuesta es pertinente y coherente con su misión.

Estos tres elementos —reflexión teológica, análisis social y discernimiento— son precisamente fases de lo que Juan XXIII y el Concilio Vaticano II llamaron la "lectura de los signos de los tiempos".¹⁴ La reflexión teológica es la que permite, en definitiva, encontrar respuestas a las grandes preguntas y a las aspiraciones más profundas del ser humano. Toda propuesta o proyecto cultural que pretenda la universidad ante la sociedad, deberá de forma obligada tener su fuente de inspiración en una consistente reflexión teológica.

La interdisciplinariedad constituye otro indicador de un trabajo universitario capaz de ofrecer respuestas y propuestas a los grandes problemas de la sociedad. El término, rayano a veces en el *slogan*,

13. Delors, Jaques. *Op. cit.*, p. 150.

14. *Congregación General 34*, decreto 16.

se traduce con frecuencia en la práctica académica en un simple enunciado o en un mero formulismo sin alcances reales. La universidad no puede ser considerada como un conjunto cuantitativo de conocimientos, o un conglomerado de escuelas, facultades e institutos.¹⁵ Las distintas disciplinas enseñadas por separado de manera sistemática, y según su propia metodología, resultan incapaces de explicar la totalidad del conocimiento humano.

Sólamente a través de un diálogo y una colaboración conjunta entre los diversos especialistas, es posible lograr una visión comprehensiva y orgánica de la realidad. En un universo cada vez más globalizado, resulta insólita la fragmentación del saber, encerrada en los compartimentos y estancos de cada disciplina. El conjunto de competencias que hoy se exige a cada persona, pasa indudablemente por una especialización creciente, pero, al mismo tiempo, cada vez se echa más de menos una formación generalista básica, enraizada en una concepción humanista de la persona y de la sociedad.

También en este particular, los enfoques del informe de Delors pueden arrojar luz sobre las perspectivas del futuro. Diversificar la oferta, adaptándola a las necesidades de la vida económica y social y a las exigencias del mercado laboral, es uno de los grandes retos que debe afrontar la universidad de este cambio de siglo. El informe considera que la capacidad de reconversión es una de las nuevas

15. Sobre la interdisciplinariedad véanse *Ex Corde Ecclesiae*, p. 20; Kolvenbach, Peter-Hans, S.J. "A la Asamblea de la Enseñanza Superior de los Jesuitas de los Estados Unidos", Georgetown, 1989; "Educación y valores. A la Universidad Iberoamericana", México, 1990; Royón Lara, Elías, S.J. *Misión de una universidad de la Compañía en nuestra sociedad*, Universidad Pontificia Comillas, Madrid, 1994; y *Congregación General 34*, decreto 17, núm. 10.

funciones que la sociedad pide hoy a la universidad, so pena de quedarse desfasada y fuera del circuito.¹⁶

De nuevo, se encuentra en juego la identidad de la universidad, al depender de la sabiduría y del discernimiento con que proceda a esta reconversión, a partir de sus principios y sus objetivos. Si la necesidad de la diversificación no mantiene la debida cohesión y unidad entre las distintas disciplinas del saber humano, siempre a la luz de su propia declaración de misión, la universidad del mañana estará condenada a convertirse en un simple y vulgar supermercado de conocimientos y, por añadidura, con sistema de autoservicio. Se explica que el propio informe de Delors, en su prospectiva de la educación en el siglo XXI, sostenga la necesidad de conservar el carácter pluridimensional de la enseñanza superior del futuro, para asegurar a los titulados, en la medida de lo posible, una preparación adecuada para su ingreso en el mercado laboral.

En la interdisciplinariedad se juega la consistencia misma de la universidad, o su atomización irremediable. De cómo se posicione la universidad en este punto dependerá el que la sociedad del mañana adquiera una dimensión verdaderamente humana y abierta al pluralismo científico y cultural, o el que caiga en las manos del hombre unidimensional.

La comunidad universitaria constituye, finalmente, otra piedra de toque de la capacidad de la universidad para responder como tal ante las demandas de la sociedad. El concepto dice más que la mutua colaboración en el terreno profesional —consecuencia de la interdisciplinariedad—, y va más allá de la simple buena comunicación interpersonal o del clima de confianza que debe regir las

16. Delors, Jaques. *Op. cit.*, pp. 152-153.

relaciones entre los diferentes estamentos de la universidad. Se trata más bien del talante del grupo humano de docentes, investigadores, estudiantes y personal de la institución, quienes han confluido en la universidad en búsqueda de la verdad, y dando razón del qué y del por qué de sus vidas, al compartir juntos una misma aventura.

Esta comunidad quiere ser la transposición de aquella *universitas magistrorum et scholarium* que fue el título de la universidad de París en el siglo XII y que dio origen a la palabra universidad. Privar de la dimensión universal y comunitaria que implica la búsqueda del saber, es desvirtuar su propia esencia y caer en el más rastrero nominalismo.

El paso por la Sorbona marcó de manera indeleble a Ignacio de Loyola y a sus compañeros, quienes, a mucha honra, tuvieron a gala llevar el título de maestros en artes de París y guardaron siempre un profundo afecto y respeto por su *alma mater*. El haber pasado por una universidad de inspiración ignaciana fue también una especie de sello que le imprimió carácter. Una universidad de la Compañía de Jesús debe marcar a las personas que han pasado por sus aulas, y a la sociedad ambiente, con un sello inconfundible: el del modelo educativo e inspiración ignaciana que aquí discutimos.

El punto en que comunidad universitaria y sociedad se encuentren marcadas por este sello es otro verificador del influjo que la universidad ejerce en las personas y en la sociedad.

La misión de la Compañía de Jesús no es otra que la misión misma de Cristo, quien envía a sus discípulos a enseñar y formar seguidores de todas las naciones. La misión de una universidad de la Compañía es hacer presente el Evangelio del Reino, el mensaje cristiano en el mundo de la cultura y de la ciencia. Ésta es la misión que compartimos todos cuantos creemos y nos comprometemos

en un proyecto universitario de inspiración ignaciana, jesuitas o laicos.

Misión de servicio a los hombres y mujeres de nuestra sociedad, en la perspectiva del Reino. Éste es el gran desafío que, en compromiso con nuestro mundo, asumiremos juntos.

AGENCIA ACADÉMICA Y APRENDIZAJE INSTITUCIONAL: LA PRÁCTICA UNIVERSITARIA DE LA UTOPIA *

*Raúl Fuentes Navarro ***

La sociedad virtuosa es imposible. No pueden jerarquizarse las opciones de las finalidades e integrarlas en un modelo de sociedad ideal. Es, pues, el hombre quien debe llevar la responsabilidad primordial del cambio. Y no nos referimos al hombre en abstracto, o al hombre universal, sino al hombre en concreto y por consiguiente limitado, que actúa en su lugar y en su contexto. Dado que el análisis científico no confirma el determinismo sociológico cómodo, que permita que el actor busque una excusa a sus fracasos dentro del sistema, lo invita a descubrir, con el margen de libertad de que dispone, su verdadera responsabilidad.¹

Comienzo con el planteamiento de dos estereotipos: parece que estamos acostumbrados, perfectamente adaptados, al discurso de

* Conferencia.

** Profesor Numerario del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

1. Crozier, Michel y Erhard, Friedeberg. *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, Alianza Editorial, México, 1990, p. 366.

la crisis. Hemos naturalizado la incertidumbre hasta el grado de postularla como una certeza. Se nos ha hablado tanto del cambio, de las transformaciones globales, que nos instalamos en la inamovilidad, quizá para percibir mejor cómo, en el reverso del *gatopardismo*, mientras todo en el entorno se nos cambia, nosotros seguimos igual.

O será, por el contrario, que los cambios son sólo aparentes y superficiales, ilusiones simbólicas sin sustento real. Maduramos como individuos y como colectividades, y agudizamos de manera lúcida nuestro juicio para no dejarnos atrapar por las falsas imágenes y, sobre todo, por los catastrofismos milenaristas, de un lado, y los paraísos instantáneos, del otro. Mientras ellos se dedican a engañar, nosotros evolucionamos y juzgamos. El tiempo, como siempre, nos dará la razón.

Pero no es sólo cuestión de tiempo sino también de lugar. Más allá de los estereotipos, la universidad es una de esas pocas instituciones a las que la sociedad asigna un grado de autonomía relativamente alto, una libertad de autodeterminación que al mismo tiempo que sirve para proteger y privilegiar su función productora, sistematizadora y diseminadora del conocimiento, mantiene una tensión política constante con su entorno, en muy diversas dimensiones de la estructuración social.

No es de sorprender, entonces, que se caracterice a la universidad como una de las instituciones más exitosas y duraderas de la historia, casi tanto como la Iglesia y mucho más que los imperios políticos, económicos o culturales.² Cerca de diez siglos después de su invención en la Europa medieval, sigue desarrollándose y extendiendo su hegemonía, modificándose con la historia sin per-

2. *The Economist*, octubre de 1997.

der su definición esencial como administradora legítima del conocimiento de la humanidad. La universidad es vista, al menos de manera ideal, cada vez más y en todas partes, como el foco de donde irradian el desarrollo y el orden futuro de la sociedad en forma de saberes especializados. Pasar por la universidad y, con mayor razón, tener a la universidad como lugar estable y permanente de trabajo, es en cualquier parte del mundo un privilegio social. De ahí también la importancia de planteamientos tan lúcidos y desmitificadores como los de Gabriel Zaíd, por ejemplo, cuando analiza de forma crítica “la productividad del saber costoso”, el universitario, y la “imposibilidad de privilegiar a todos”.³

Pero la propia carga simbólica de la institución universitaria pesa sobre los establecimientos concretos y sobre los sujetos que los habitan mediante dos mecanismos ideológicos interrelacionados de manera delicada y estrecha: uno, el de la acumulación y el reconocimiento público de méritos; y otro, el de la temporalidad diferida, el de la construcción permanente del futuro. Desde una perspectiva sociocultural, la legitimidad tanto de las instituciones como de los sujetos universitarios se juega cotidianamente en la práctica de la acreditación utópica del conocimiento, y por lo tanto su valorización económica, política y moral está sujeta a tensiones simbólicas extremadamente complejas y variables.

Al formular el núcleo de mi propuesta como la práctica de la acreditación utópica del conocimiento, estoy consciente de la oscuridad y de la densidad de los términos y de los conceptos a los que se refieren, pues no son los que acostumbra emplearse en los debates sobre las articulaciones entre universidad y sociedad, ni los que se manejan en los ámbitos de la planeación estratégica o en la

3. Zaíd, Gabriel. *El progreso improductivo*, Siglo XXI, México, 1969.

evaluación institucional. Mi intención es explorar su pertinencia para abordar desde otro ángulo la elaboración de propuestas para la acción universitaria de inspiración ignaciana que es clave central del sentido de nuestras instituciones y de nuestro trabajo como académicos en ellas. Con ese propósito trataré de clarificar lo más posible el discurso.

De lo que hablo es de dos mecanismos ideológicos de los que depende de forma central la construcción de la identidad institucional universitaria y la de la identidad académica colectiva e individual: la acumulación de méritos y el diseño del futuro. Hablo por lo tanto de cultura, de sistemas de representaciones sociales que se objetivizan y se incorporan, se manifiestan como personas morales y como personas físicas, como establecimientos y como sujetos que actúan en función de proyectos, explícitos e implícitos, diversos y variables, en tiempos y lugares determinados. Hablo también, por ello, de esquemas de representación del mundo y de la relación del sujeto con el mundo, que son históricamente contingentes y que pueden ser analizados de forma reflexiva y, por lo tanto, hasta cierto punto pueden ser conscientemente regulados. Hablo del objeto medular de la educación, de la capacidad humana de autotrascenderse y de adquirir de forma progresiva control sobre sí mismo y sobre algunas dimensiones de su entorno. Hablo de las dos condiciones que desde mi punto de vista especifican el modo de producción universitario del conocimiento: la crítica y la utopía.

La crítica para desmontar, para desnaturalizar las prácticas sociales vigentes, para entender los *por qué*s y *para qué*s de su operación, y no sólo los *qué*s y los *cómo*s, de manera que puedan adaptarse, renovarse, reafirmarse o rebatirse de manera consciente; pero también confrontarlas con un sistema de valores que quisiera verse como vigente en la vida y en las prácticas sociales y con una utopía o lugar que, aunque no existe en la actualidad, es viable y

debería de existir, o mejor dicho, sobre el que debería trabajarse para lograr hacerlo real.

Si bien, muchas veces la crítica se confunde fácilmente con la descalificación destructiva y dogmática, y la utopía con el idealismo ingenuo y con lo ilusorio, es un desafío estrictamente profesional de los universitarios dimensionarlas en su sentido práctico: la crítica y la utopía como recursos indispensables del conocimiento y de la acción intencionada para la producción de nuevos sentidos, de nuevas prácticas, de nuevas y mejores relaciones sociales que interactúen con las vigentes en la sociedad y concreten opciones de desarrollo de los valores que se adoptan como fundamento del proyecto utópico.

Así, el sistema de acumulación y reconocimiento de méritos académicos expresa la oposición y el rechazo a la organización burocrática —donde la autoridad depende del puesto y no de la capacidad de un sujeto, reconocida, en primera instancia, por sus pares— y la exigencia de explicitar y evidenciar las relaciones entre acciones, significaciones y valoraciones, así como de someter sistemáticamente a crítica esas relaciones y los marcos normativos que conforman. Como objetivación de la autonomía de pensamiento y de acción con respecto a los poderes económicos y políticos, los mecanismos de valorización de los méritos académicos son permanentemente puestos en tensión por estos poderes y por la lógica del mercado, en la cual la competitividad sustituye a la competencia y a la colaboración como actitudes y como recursos prioritarios.

En la medida en que la universidad no es una entidad social aislada, sino una instancia social que cumple funciones específicas en su entorno, y los académicos no son sino un conjunto de ciudadanos que actúan como agentes profesionales altamente especializados. La dinámica universitaria, según Burton Clark, responde a “la interacción continua de prácticas orientadas por diversas lógi-

cas —burocrática, política, de mercado, académica— ninguna de las cuales puede imponerse totalmente sobre las otras”.⁴ En esa tensión continua, la única ventaja relativa de los académicos sobre quienes pretenden imponérselos es la que les otorga su saber y el prestigio social que con base en él pueden adquirir.

De ahí lo indispensable que resulta la crítica, la reflexión auto-crítica en la práctica académica, y la estrecha relación de este mecanismo de poder simbólico con el diseño del futuro en términos utópicos. De ahí también, entonces, la fórmula indicada de que la legitimidad social tanto de las instituciones como de los sujetos depende de la práctica de la acreditación utópica del conocimiento.

Por conocimiento habría que entender, desde esta perspectiva, sobre todo los esquemas o sistemas de significación, es decir, estructuras complejas de representaciones cognoscitivas de aspectos significativos de la realidad. En cuanto tal, el conocimiento es un producto social que no sólo designa o denota objetos, sino que construye cadenas de connotaciones —valorativas, asociativas, distintas— asociadas a esos objetos por los sujetos. Más que contenidos, entonces, importa destacar las reglas y esquemas generativos de la significación. El conocimiento apropiado por parte de los sujetos individuales se entiende así como las competencias operativas específicas para la interpretación del entorno y para dirigir la acción sobre él, que están socialmente determinadas y que, por lo tanto, son el objeto de transformación de las prácticas educativas.

Siguiendo esta línea de argumentación, los esquemas cognoscitivos que la universidad transmite refieren al mismo tiempo a nive-

4. Burton, Clark. *El sistema de educación superior. Una visión comparativa de la organización académica*, Nueva Imagen/Universidad Futura/UAM, México, 1992.

les superiores del conocimiento social y a recortes especializados de ese conocimiento, a diferencia de la educación media y básica. La selección de estos recortes del conocimiento y su tratamiento, idealmente crítico y utópico, son modalizados por la ideología institucional, que imprime su estilo específico al proceso de significación, especialmente desde un modelo axiológico como, en nuestro caso, el de la Compañía de Jesús.

El sujeto que se educa en la universidad, entonces, se somete a un proceso de reestructuración y especialización de esquemas cognoscitivos o culturales que lo hacen competente para la realización de cierto tipo de funciones sociales de una forma específica. Así, el sujeto se forma integralmente, se transforma en la interacción, se apropia de esquemas generativos y valorativos y no de contenidos. Si bien esta formación depende en esencia de una disposición libre del sujeto y no directamente de la universidad. Y esto resulta válido no sólo para los alumnos sino para la totalidad de los universitarios, en especial para los profesores. Como cualquier otra institución social, la universidad puede ser y es "usada" por los sujetos de muchas maneras y para los fines más diversos, pero no por ello debe renunciar a imprimir en todas sus acciones el sentido educativo superior que supone su carácter académico. Así como no por ello debe dejar que este carácter quede supeditado a otros propósitos o fines.

Como lo hice al participar en el diseño de la reforma académica del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), reitero mi convicción de que si bien lo académico no es la única dimensión en que acontece el ser y el quehacer de una universidad, sí debe ser lo que la defina esencial y sustantivamente como tal. Ningún fin u objetivo estructural, financiero, de relación con otras instancias sociales, o de ninguna otra índole debiera subordinar o suprimir el carácter académico de la institución, lo cual

implica un reto de construcción de las mediaciones académicas que la definen como agente institucional, y de proponer —no imponer— a las personas que la constituyen y la representan el recurso a esas mismas mediaciones, en nuestro caso orientadas por la pedagogía ignaciana.

Dicho de otra manera, creo que el trabajo universitario no es, ni puede ser, similar al que se efectúa en las instancias del Estado o del gobierno, que se orienta por las pugnas de intereses políticos, aun en el mejor sentido de la *polis* o de lo estrictamente público. Tampoco como el que se realiza en los sectores productivos, que cada vez tienen menos que ver con el anacrónico concepto de iniciativa privada, ya que resultan quizá más públicos que las iniciativas gubernamentales al estar orientados por el afán de lucro y la competencia por el mercado. De la misma manera, el trabajo universitario no es tampoco, ni puede ser, como el que corresponde a la Iglesia, interesada finalmente en la salvación de las almas, ni como el que concierne a los partidos o movimientos sociales organizados para la reivindicación de derechos terrenales o para la redistribución social del poder.

Es necesario sostener y asumir que la lógica académica, sustantiva de la universidad no puede ser ajena ni estar desvinculada de las lógicas de otras instituciones sociales, pero tampoco puede subordinarse a ninguna de ellas, pues entonces la universidad no sería más que un camino innecesariamente tortuoso, un medio irracionalmente indirecto para la consecución de finalidades que pueden perseguirse en lo social de maneras más eficientes, actuando desde otras instituciones especializadas.

En contraste con las lógicas sustantivas de otras instituciones, la lógica académica de la universidad implica diversidad especializada, colectividad, intersubjetividad y provisionalidad, en tanto que los objetos de conocimiento cambian continuamente, como

entidades objetivas pero sobre todo como constructos, por lo que exige la formación —proceso largo y complejo— de agentes profesionales altamente especializados: los académicos, sujetos dedicados al cultivo del conocimiento.

La profesionalización de los académicos y su relación con la institución incluye una doble faceta: la intelectual, que supone sujetos en un proceso permanente de aprendizaje, de autoconstitución de las competencias para desarrollar el conocimiento en interacción educativa con otros sujetos; y la laboral, que mediante el mecanismo de acumulación y reconocimiento de méritos académicos, otorga a los sujetos el sustento de la vida material para dedicarse de manera libre y responsable a desarrollarse en la interacción comunitaria con el conocimiento.

Esta doble faceta impone una tensión que puede formularse en términos de productividad, y que por ello resulta problemática y generadora de fuertes contradicciones: los criterios de evaluación de la productividad académica no necesariamente coinciden con los criterios de evaluación de la productividad laboral, en especial si estos últimos son establecidos desde parámetros no académicos. Esta situación proviene tanto de la definición de los méritos académicos y su objetivación, como de la temporalidad diferida implícita en los procesos de la educación superior, cuyos resultados rara vez se manifiestan de inmediato. Burton Clark describe así esta condición, que tanto incomoda a los administradores:

Una buena parte del cambio académico es invisible. Como material y producto, el conocimiento es relativamente invisible. La elaboración del pensamiento (la investigación), su transmisión (la enseñanza) y la absorción del mismo (el aprendizaje), son muy difíciles de ver y evaluar en el momento en que ocurren. Los informes de investigación nos proporcionan algunas pistas sobre lo que sucedió en la investigación; pero los libros de texto, los exámenes y las calificaciones no son sino representaciones parciales de los procesos de enseñanza y aprendizaje. Estas operaciones son tanto más difusas cuanto

que son diversas y misteriosas y están encubiertas por varias capas organizacionales. En los sistemas académicos es difícil percibir desde dentro aquello que se mantiene constante y lo que está en proceso de cambio.⁵

Las evidencias del cambio deben estar entonces fuera de los sistemas académicos, y no podrán reconocerse sino desde un procesamiento crítico en la relación de los universitarios con los demás agentes sociales, en el plano de las prácticas concretas. La lógica académica no es, ni será nunca, suficiente para la transformación del entorno sociocultural de la universidad, pero sin ella en primer plano la universidad no tiene sentido. El conocimiento académico no tiene por qué resultar válido o útil de inmediato para todos: su legitimidad depende de la demostración de su capacidad para producir sentido, y por ello la lucha es por la acreditación social de sus propuestas, por la verificación en la práctica de sus postulados, y sobre todo, por el difícil y lento proceso de debate y de experimentación que afirma la búsqueda comprometida, y sólo a partir de ahí, los productos concretos del proceso, que siempre deberán ser reprocesados.

Ése es el aporte social, siempre relativo y provisional, del conocimiento académico. Ése es el límite de la agencia universitaria, que por otra parte difícilmente se alcanza, aunque el sentido de muchas acciones específicas se agote con frecuencia. Ésa es la responsabilidad social de las instituciones universitarias: generar propuestas de cambio y reincorporarlas con sus resultados y condiciones al procesamiento crítico de nuevas propuestas. De ahí la necesidad de reconocer que la institución como tal, y no sólo los individuos que la habitan, tiene la responsabilidad de aprender, de reestructurar y especializar sus esquemas cognoscitivos y organi-

5. Burton, Clark. *Op. cit.*, p. 330.

zacionales para constituirse en un agente social más competente, en el impulso de las propuestas de construcción de futuro más acordes con los valores que profesa.

Lo que distingue a una universidad de otras, en la práctica social, es la consistencia y pertinencia con que modaliza su agencia institucional y demuestra su competencia para generar futuros alcanzables que se basen en ciertos valores, claramente declarados e integrados en la práctica de forma específica. Para alcanzar esa competencia, la institución debe aprender a mediar, de manera académica, los procesos y las tensiones de diversa índole que la cruzan como instancia social. Y debe probar, en su operación cotidiana, esa capacidad de integración y de impulso de lo que realmente existe hacia lo utópicamente necesario.

He recurrido aquí a una argumentación que se basa en la sociología crítica de las organizaciones y a una perspectiva emergente de la teoría sociocultural sobre la universidad para apoyar, en caso de que fuera necesario, la sólida convicción de que, como se expresa de forma textual en las *Orientaciones fundamentales* del ITESO,⁶ sólo mediante la participación y el diálogo “tendremos en la estructuración misma de la universidad un preesquema de la sociedad que anhelamos crear entre nosotros y proponer como válida para nuestro país entero”. Creo en esa utopía y en el desafío que implica sostenerla en el trabajo académico cotidiano.

6. *Orientaciones Fundamentales* del ITESO, párrafo 2.2.4.

PROPUESTAS PARA LA ACCIÓN UNIVERSITARIA *

*Miguel Bazdresch ***

La libertad se ha convertido en un muro entre los hombres, cuando es, en esencia, un medio de comunicación, pues entregarse en el amor es el más profundo acto de libertad

Quisiera comenzar estableciendo los nuevos contextos para cualquier propuesta de acción universitaria:

- Transformaciones aceleradas en todos los órdenes.
- Escenarios y exigencias emergentes.
- Cambio cultural, cognitivo y de identidades.
- Permanencia y continuidad.
- Retos actuales de las universidades.
- Qué, quién, cuándo, para qué, cómo y dónde se aprende.
- Estructuras y medios institucionales previsibles para el aprendizaje.

En México el problema de Chiapas se ha convertido en noticia de interés mundial por el hecho de que es un país de interés mundial.

* Conferencia.

** Profesor Emérito del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente, (ITESO), México.

No se trata de un oscuro rincón tropical cuyos problemas pudieran esconderse detrás del florero como una travesura infantil. El PRI confió largamente en esta estrategia del ocultamiento, hoy las redes mundiales de información ya no lo permiten. Si hemos decidido globalizarnos debemos atenernos a las consecuencias. Tal como afirma Carlos Fuentes no se puede tener, "como dicen los argentinos 'la chancha y los veintes', no podemos ser estrellas brillantes de la globalización y oscuros partiquinos de la localización", palabras que ilustran con claridad lo que significan las transformaciones aceleradas en todos los órdenes, en especial en nuestro país.

Escenarios educativos y exigencias emergentes

- Estándares comparables y competitividad.
- Eficiencia, eficacia, pertinencia, calidad.
- Productividad orientada a resultados.
- Corresponsabilidad en las orientaciones educativas.
- Integración de tecnologías de información y comunicación.
- Adopción de identidades especializadas y locales.

Hoy la competencia es el marco cotidiano. La idea liberal del mercado también se hace presente en el mercado de los saberes, nos hemos de comparar con estándares que se fijan en otros lados y no sólo entre nosotros y para nosotros. Ese otro lado puede de pronto estar muy lejano, o podemos incluirnos en él si queremos. Pero no tenemos opción, vamos a ser, y estamos siendo ya, comparados con estándares que no controlamos. Estamos siendo observados por todos, no podemos esconder nuestros errores o nuestras limitaciones, con ellos mismos hemos de enfrentar la competencia, y aunque pudiéramos sustraernos de ella mediante algún artilugio típico de la creatividad latina, nos queda siempre la implacable

prueba del mercado, en este caso de alumnos, de ideas, de saberes. Evidentemente esto es algo que si hubiéramos querido diseñarlo no lo habríamos hecho así, pero este fenómeno que nombramos con el concepto de globalización no está en nuestra mano controlarlo, no hay modo de detenerlo. Los modelos de calidad, o los que utilizan este término tan a la moda, nos piden eficiencia, hacer bien las cosas y a la primera. A veces no hay una segunda vez. Nos piden eficacia; es decir, empeñarnos en lo que debemos de hacer, dejar de lado lo que no nos toca y evitar a toda costa lo secundario o irrelevante. Nos piden evaluar si nuestros recursos pertenecen, efectivamente, al conjunto de acciones que nos llevan a la consecución del propósito. El criterio de pertenencia y de pertinencia es uno de los más implacables cuando lo aplicamos a nuestras opciones, a nuestros medios. Nos exige, por ejemplo, preguntarnos, a nivel del aula, por qué pasamos lista, por qué usamos esa bibliografía y no otra, por qué llamamos a un alumno que nos interrumpe, por qué permitimos la interrupción de alguien que viene de fuera, por qué, finalmente, hacemos lo que hacemos y en función de qué propósito. Al final, estos modelos de calidad nos piden que nos orientemos a los resultados.

En el caso de la educación resulta evidente que los maestros y las instituciones no podemos comprometernos con un cien por ciento de respuesta de los alumnos. Esto sería no sólo imposible sino además antihumano. La persona aprende por sí misma, no aprende por otro; por más esfuerzos instituciones, sistemas, modelos, personas, maestros, que haya, el alumno aprende si quiere, si no quiere no aprende. Esta orientación hacia los resultados debemos entenderla como el esfuerzo que debe hacer la institución por orientar sus recursos, sus preguntas, sus reflexiones hacia ese "producto", si queremos llamarle así, que es el aprendizaje.

Hoy ya no opera aquello de que en la escuela se estudia y en la fábrica se aprende. Hoy la totalidad de los sectores sociales son corresponsables de la educación. La escuela sólo tiene una parte, y quizá en este mundo globalizado no represente la más importante. Independientemente de su importancia, lo que resulta evidente es que la tarea de la escuela —de las instituciones educativas— se ha visto reducida por la intervención en la educación de otros actores sociales: de forma muy clara los medios de comunicación, pero también la empresa y los empleadores. Ya no podemos sostener la ilusión de que debemos educar para contrarrestar los efectos negativos de la influencia de otros factores; hoy debemos convivir con esos actores, querámoslo o no. Si seguimos viendo, por ejemplo, en la televisión un enemigo, nos quedaremos sin nada que hacer frente a ella, porque en los nuevos tiempos, hoy por hoy, la gente, nuestros alumnos, nuestros egresados, nosotros mismos, le creemos a la televisión, la vemos a diario, la usamos. Muchos de los que estamos aquí nacimos ya con la televisión, como para otros lo fue el automóvil, y con anterioridad otros con la energía eléctrica doméstica. La información ya no puede separarse de la comunicación; es imposible decir "te doy la información y tú procésala". Antes teníamos la ilusión de que era posible separar la información de la comunicación. La semiótica nos ha demostrado que la enunciación no es neutra. El acto de enunciar, independientemente de lo anunciado, comunica.

También aparecen en el nuevo contexto las nuevas identidades, al menos nuevos elementos, que modifican identidades anteriores. Por ejemplo, el más conocido, cómo los países dividen y subdividen lo que representaba grandes extensiones. La ex Unión Soviética es hoy un conjunto abigarrado y apretado de países divididos y subdivididos. Lo que antes era motivo de folklore, como la etnia, la raza, la religión exótica, la región o la diversidad, es hoy motivo

de identidad para la conformación de nuevos grupos sociales. Los escenarios emergentes retan a la educación.

Los vemos traducidos en los cambios culturales, cognitivos, precisamente de identidades. Estos escenarios emergentes nos hacen conscientes, al fin del segundo milenio, de la presencia entre nosotros de un cambio cultural, de un cambio cognitivo y un cambio de identidades. Los escenarios ahí estaban pero se manifiestan, y son sin duda, y así tenemos que entenderlos, obra humana; no son obras del mal. Se trata de una obra que los hombres con todos nuestros defectos y virtudes hemos producido. No somos ajenos a esa presencia, no podemos partir, para su contemplación y crítica, de que son perversos o frutos de una maquinación o de una conspiración universal. Se trata de expresiones del hombre nos guste o no. Ese hombre que proclamamos todos los días desde nuestras creencias, hombre hecho a imagen y semejanza de Dios.

Cambio cultural, cognitivo y de identidades

- Relativismo e hiperrealidad.
- Conciencia de la finitud de recursos.
- Declinación de los metarrelatos.
- Primacía del individuo, sujeto y subjetividad.
- Reformulación conceptual de la verdad, tiempo, espacio.

Los escenarios emergentes han de llevarnos sin duda a la primacía de lo humano, a revivir el valor del sujeto y a una ampliación cósmica —si se acepta la metáfora— de la conciencia sobre nosotros mismos. En todos los tiempos hemos sido potencialmente capaces de autodestruirnos, no sólo en este momento. ¿Qué fue el nazismo?, ¿qué fue la invasión de los bárbaros sino la aplicación práctica de ese potencial destructivo? No son la tecnología, la bomba atómica

o las armas biológicas los únicos motivos que ha habido en la historia humana de potencial autodestructivo. Debemos recordar aquí que el mayor potencial de destrucción no está en esos productos humanos sino en el miedo a la libertad.

Todos los rasgos de este contexto de cambio cultural son ambivalentes: pueden repercutir en destrucción o pueden ser las oportunidades a nuevas reconstrucciones. Valga la cita del antiguo testamento en aquel pasaje que nos presenta en pocas palabras la vida de Elías. Cómo ese profeta tuvo que destruir lo que había construido para encontrar la voluntad de Dios, a partir de enemistarse con Dios.

Incluyo aquí los quiebres que propuso en su intervención Fernando Montes en el Seminario Internacional sobre las *Características de la educación de la Compañía de Jesús*, verificado en 1996 en el Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO).

Quiebres culturales

- En la concepción del tiempo. De la esperanza.
- Ausencia de normas y valores que orienten la vida.
- De la libertad.
- Del amor.
- De la comunicación.
- Del sentido de pertenencia.
- De la trascendencia.

Estos siete quiebres aparecen en el libro que publicó el ITESO sobre ese seminario: *Reflexiones a diez años de las Características de la educación de la Compañía de Jesús*. Los pongo aquí como la terminología que plantea con exactitud los mismos problemas de los cambio

culturales. Primero está el quiebre en el cambio de la concepción del tiempo: el tiempo se ha visto modificado. Luego la ausencia de normas que orienten la vida, la dilución de normas fijas; el quiebre de la libertad; el quiebre del amor; el quiebre de la comunicación; el quiebre del sentido de pertenencia, de quiénes somos y a quién pertenecemos; finalmente, el quiebre de la trascendencia. No me detengo en ellos, sólo quiero citarlos porque para esta reflexión resultan muy importantes.

Retos para la universidad

- Invertir tendencias de desigualdad.
- Establecimiento de prioridades mediante la apertura a los sectores sociales y productivos.
- Reconversión de procesos de enseñanza.
- Reconocimiento de competencias.
- Organización de redes interinstitucionales.
- Explorar trayectorias de convergencia.
- Desarrollar sistemas de equivalencias y acreditación.

La universidad, en este nuevo contexto, no puede dejar de insistir en el esfuerzo por invertir las tendencias de desigualdad. No puede ahora escaparse del establecimiento de prioridades, junto con el mundo que la rodea. Ya no podemos pensar en un tipo de enseñanza a la manera del siglo XVI. Esa debe ser inspiración para el proceso de aprendizaje. Pero ¿qué aprender?, ¿cómo aprender?, ¿para qué aprender hoy? ha de dilucidarse junto con los sectores sociales, productivos y con los actores de esta época. Deben reconvertirse los procesos de enseñanza en procesos de aprendizaje, y no porque la enseñanza no resulte clave para el aprendizaje sino para enfocar la educación, la impartición de una cátedra, la tarea

de la universidad, viendo el aprendizaje como un fin, no como el último, pero como el fin al que hay que llegar. Esto cambia totalmente las claves de lectura de lo que hacemos maestros, institución y áreas de apoyo para este proceso.

Los nuevos contextos nos retan a centrarnos ya no en habilidades sino en competencias; las habilidades se vuelven obsoletas en poco tiempo. Las universidades de la Compañía de Jesús tienen a su favor, en este sentido, las operaciones sustanciales que nos hacen competentes para aprender cualquier cosa. Antes se decía que bastaba con ser jesuita para lograr ser cualquier cosa en este mundo: ser maestro, promotor, excelente cura de iglesia, excelente intelectual, excelente asesor presidencial. Hoy necesitamos recuperar la tradición de la Compañía y la tradición de las universidades que nos pone por delante de otros, y no por pretensión sino por la constatación de una inspiración muy productiva. Esa historia que hoy nos lleva a sustituir habilidades por competencias. En la actualidad no es preciso que manejemos una máquina, hoy tenemos que realizar las operaciones cognitivas y contar con las técnicas suficientes para manejar cualquier máquina, cualquiera que sea su función o su tarea. Hoy debemos aceptar el reto de organizarnos con otros, no sólo con nuestros pares de creencias sino también con nuestros pares de navegación. Tenemos que explorar la convergencia y tenemos que desarrollar sistemas de equivalencia y acreditación diferentes a la tradicional presentación escrita de un examen.

Deseo establecer ahora como preguntas, retos, oportunidades estos escenarios, estos cambios y estos retos de la universidad

Preguntas, retos, oportunidades

La pregunta por la educación que cada sociedad debe resolver a su manera es cómo formar hombres y mujeres asegurando su:

- Desarrollo individual.
- Competencia como ciudadanos.
- Potencial como transformadores.
- Habilidad para la elaboración de inferencias a partir de información.
- Capacidad para deducir conclusiones e imaginar alternativas.
- Desempeño en expresión de sus ideas y afectos de manera inteligente.
- Integración en proyectos solidarios.

La pregunta por la educación que cada sociedad debe de resolver a su manera es cómo formar hombres y mujeres asegurando al menos esas siete aspectos que no son necesariamente los más importantes, pero que son siete de los que deben estar ahí. Al incluir desarrollo individual, no pretendo privilegiar al individuo sobre la persona; puede ponerse ahí desarrollo personal. No estoy pensando en individualismo sino en personalismo. Debe asegurarse hoy nuestra competencia como ciudadanos. Ya no es posible considerar a la política como fea y mala, y menos en un país de transición política: como algo que se deja a los políticos, que se deja a los corruptos. Hoy llega la política hasta nuestra propia casa por medio de la televisión, el periódico, el agua, la luz, por medio de una cantidad de asuntos donde interviene. Si no nos aseguramos de que nuestros alumnos y nuestras instituciones adquieran competencias por el bien de la ciudad que todos construimos, probablemente tengamos una pregunta mal respondida. Debemos asegurar su potencial como transformadores: se trata de un mundo en transformación, no podemos enseñar la bondad de la nostalgia o la historia de las bondades de nuestra propia historia. Necesitamos tomarla como base de una búsqueda que, en aquel tiempo, convocó de hecho a los hombres

de esas épocas a transformar lo que entonces había que transformar. Necesitamos, por decirlo así, reescribir nuestra historia.

La habilidad para elaborar inferencias a partir de la información es otro reto. Cualquier parecido con una vuelta a la lógica no resulta casual. Los escenarios y los contextos de los cambios culturales hacen más importante que nunca la capacidad lógica y crítica de la universidad en su conjunto. Capacidad también en esta dirección para deducir conclusiones e imaginar alternativas. Ya no es posible quedarse simplemente con la información y con los datos, tenemos que imaginar alternativas.

Debe asegurarse el desempeño del universitario en la expresión de sus ideas y afectos de forma inteligente. No puede negarse la investigación educativa de los últimos 20 años, que nos deja ver muy claro —y nuestra propia experiencia así lo atestigua— que sin afectos no hay ideas que valgan. O somos capaces de presentar, de usar de manera cotidiana y de comunicar nuestros afectos, así sean desordenados, o estaremos en un camino de aislamiento, de pretensiones intelectuales insuficientes para responder a los retos de los nuevos contextos. “Me siento mal”, “me siento enojado”, “me siento triste”, “estoy afectado”, “estoy contento”, “me gusto”; son expresiones que hoy debemos usar, y motivar a usar, no sólo en lo que se refiere al aula, no sólo en el pasillo, también como universidad.

La integración en los proyectos solidarios es otro de los retos. Ante la globalización, los proyectos de intervención social de nuestras instituciones no pueden ser un apéndice curioso, o un apéndice para los elegidos de la universidad. O enseñamos juntos con solidaridad, aprendemos junto con otros y aprendemos al mismo tiempo que resolvemos problemas de solidaridad, o sencillamente no vamos a acabar de entender y aprender lo necesario para responderle a este mundo. Esos proyectos solidarios

no pueden reducirse algún centro con aspiraciones cortas, con un grupo de personas, con muy buena voluntad, mal pagadas y haciendo el favor. Ya no toca eso. Aprender matemáticas implica hoy estar al lado de quien requiere solidaridad. También se trata de recibir la solidaridad que necesitamos de otros, porque también nosotros afectiva e intelectualmente necesitamos de la solidaridad.

Estos retos, estas preguntas a la organización, a la tarea universitaria, me parece que se fundamentan en este nuevo contexto que hoy nos preocupa. Incluyo a continuación, algunos aspectos que explican cada uno de los puntos incluidos en la pregunta original, con la intención de que contribuyan al esclarecimiento de los conceptos.

Desarrollo individual

- Recuperar el sentido de la persona y comunidad; afirmar los criterios de la doctrina cristiana promoviendo el compromiso comunitario y el sentido amplio de lo educativo sin reduccionismos.

Competencia como ciudadanos

- Organización curricular enclavada en sectores y espacios locales; formación docente con esta orientación.
- Buscar formas para la participación activa de los estudiantes para que vivan los valores.
- Facilitar el acceso a la información.

Potencial como agentes transformadores

- Organizar el conocimiento desde un problema y no desde un programa; relacionar el conocimiento del entorno y el conocimiento de sí mismo.
- Trabajar por interdisciplinas, en equipos y con un currículo flexible y creativo.
- Profundizar en el análisis de las propias formas de adquisición del conocimiento.

Habilidad para elaborar inferencias a partir de la información

- Centrar el proceso educativo en el aprendizaje, dentro y fuera del aula, mediante el diálogo, el ejemplo, la autogestión, el aprendizaje significativo, la criticidad y la discriminación de la información.
- Promover que los alumnos planteen preguntas, las resuelvan y verifiquen.

Capacidad de deducir conclusiones e imaginar alternativas

- Organizar la acción educativa en el planteamiento y solución de preguntas, en el marco de una comunidad cuestionadora, de diálogo, con trabajo en equipo y respeto a la pluralidad.
- Evaluar procesos más que resultados.
- Crear espacios de interacción abierta, respetuosa y comprometida entre los miembros de la comunidad universitaria.

Expresión de ideas y afectos

- Crear espacios institucionales para la participación de alumnos con sentido de búsqueda y solución de problemas.
- Enfatizar el análisis del contexto actual y la toma de decisiones compartidas.
- Cambiar el autoritarismo por apertura, participación y principios de pedagogía ignaciana en el salón de clases.
- Aumentar en maestros y alumnos la sensibilidad para hacer conscientes sus procesos afectivos y racionales

Desarrollo de proyectos solidarios

- Vincular el servicio social con el área de proyectos en comunidades y experiencias concretas de alumnos en el currículo dentro y fuera de la universidad.
- Refrendar el valor de la solidaridad en los mecanismos de admisión presupuestación, evaluación, técnicas educativas y grupos de trabajo.
- Construir de manera compartida el término solidaridad.

Quiero terminar con un par de citas, también de Fernando Montes, a propósito de cómo plantea el problema y cómo lo resuelve, o cómo proponen resolverlo las operaciones que san Ignacio nos enseñó:

El drama de la modernidad es haber expulsado al sujeto de la imaginación en nombre de la ciencia. Haber destruido con los argumentos de la razón y de la nación la visión cristiana de la vida y los derechos fundamentales; se sigue llamando modernidad a lo que en realidad constituye la aniquilación de una parte de él.

La cuestión es, sin renegar de nuestra cultura y en medio de las posibilidades que la tecnología ofrece, volver al pozo para salir de él; tal es el ofrecimiento e invitación de Ignacio.

Aprender de nosotros, resignificar nuestra historia, hacerle frente al mundo de hoy como obra humana. Resignificar nuestra tarea de universidad como organismo reproductor de la comunidad cultural. Poner en el centro al sujeto, postergado por la modernidad o por lo menos por esa parte de ella que lo ha aniquilado, y concretarlo en acciones imaginativas, en alternativas creativas y en la correspondiente organización administrativa para que eso nos permita, como afirma Carlos Fuentes "soportar la observación de todos a la que estamos sometidos".

RESPUESTAS Y COMENTARIOS DE LOS EXPOSITORES *

Miguel Bazdresch. Con respecto a si la globalidad representa una realidad, o si se trata de una formalidad o de un proceso poco auténtico, es preciso considerar que la globalización es un concepto que se emplea para describir un conjunto de fenómenos propios de la realidad, no es el fenómeno en sí mismo. Podemos compararla con aquella palabra que en los setenta se usó mucho “liberación”, que incluía también un conjunto de fenómenos complejos y variados. Cuando hablamos a la ligera del proceso de globalización, de pronto creemos que encontramos distintos significados detrás de esa palabra. Yo pienso que desde el punto de vista de lo que sucede en la realidad no se trata de un proceso inviable, es algo que sucede todos los días. El intercambio financiero —por ejemplo— cuyo comportamiento observamos día a día en el periódico con el asunto de las bolsas de valores, deja ver muy claro cómo existe una interco-

* Transcripción: Arsinohé Quevedo.

nexión mucho muy compleja entre pueblos, economías, políticas; mayor que la de hace algunos años. A ese fenómeno podemos llamarlo globalización.

En otro tenor, con relación a si la visión ignaciana representa sólo una visión entre otras muchas, comienzo por decir que, efectivamente, se trata de una visión entre otras en la medida en que implica un trabajo de conjunto de personas concretas, y existen otras formas diferentes de trabajar que responden a otras visiones. Sin embargo, lo ignaciano plantea la llegada hasta el fondo, conocer lo que hay allí, para poder volver a salir enriquecidos y fortalecidos gracias a ese proceso, y este aporte ignaciano particular es de suma importancia. No que sea exclusivo y totalmente atribuible a la figura y a la obra de san Ignacio. Evidentemente que otros han reflexionado sobre esto mismo, han tocado también temas análogos. Tengo la impresión de que la importancia de la aportación de san Ignacio radica en su síntesis, la claridad de sus formulaciones, su hondura, la manera como recupera este proceso psicológico, sociopolítico —por ponerle esos adjetivos— donde la persona toca sus más profundas fibras. No podemos descartar a otras figuras que han indagado, examinado también, estos mismos problemas, y que complementan, ayudan, e incluso profundizan más en algunos aspectos que la propia aportación de san Ignacio. Para los creyentes, el punto radica en que la posición ignaciana tiene que ver con la espiritualidad, con el modo de acercarse a Dios, y con un modo de responder preguntas mediante la trascendencia. Esta aportación específica de torcernos el brazo hasta decir nuestra propia palabra, desde lo más hondo y desde lo más profundo de la libertad, me parece que es un aporte que san Ignacio presenta de una forma sumamente sugerente y fuerte, dura, sistemática, que no nos deja salida, y que nos obliga a llegar hasta el fondo del pozo. Creo firmemente que eso no lo incluye ninguna otra posición, aunque se trata de una visión entre otras.

Nadie puede negar, por ejemplo, que la ternura de san Francisco no haya sido bien abstraída por Leonardo Boss. Se trata de una visión que toca también todos estos asuntos de los afectos y de la dimensión de la vida del alma. Sería imposible negar otras aportaciones.

El último aspecto que quiero tocar tiene que ver con el currículo flexible. Pues bien, lo único que deseo subrayar es que esto no tiene sus centros en la secuencia de contenidos sino en la integración de todos ellos en función de problemas o de planteamientos que no dependen de cada una de las disciplinas.

Raúl Fuentes. Acerca de cuál es la concepción de la universidad católica e ignaciana en el contexto de la academia, a mí me parece que el padre Codina dio una respuesta en su alocución que yo sería absolutamente incapaz de superar, y que resulta muy clara en su forma de presentación tanto por las referencias a los discursos del padre Kolvenbach como por los postulados que incluye el *Informe a la UNESCO* de Jaques Delors sobre la educación superior del mundo desde una visión internacional, diplomática, política, global que, según decía el padre, no es nada sospechosa de ser confesional.

Con respecto al modelo de las tensiones entre las distintas lógicas que yo tomo de Burton Clark, y cuyo predominio depende de una determinada lógica al interior de una institución universitaria, me parece que depende de la correlación de fuerzas de los distintos agentes que van actuando, que van representando, que van adquiriendo poder relativo al interior de una institución con sus distintos tipos de argumentos. Creo que la lucha de una universidad por buscar que determinado tipo de argumentación académica tenga lugar, y la posibilidad de participar de esa tensión con las lógicas burocráticas, con las lógicas políticas, con las lógicas eco-

nómicas, con las otras lógicas que confluyen en la instancia social, es precisamente lo que le permite cumplir con su función. Se trata de una lucha de poder, así me lo explico, una lucha que abría que condenar porque representa una ambición que no debería de perseguirse. Me parece que la búsqueda de recursos legítimos para hacer prevalecer el espacio de trabajo de una identidad, de una postura en la que se cree, es una tarea por hacerse todos los días. Y que al permitir que se desarrolle un espacio académico, crítico y honesto que busque el conocimiento, que busque la construcción de futuros, puede ayudar a iluminarnos a través de esos recursos simbólicos. Cuáles son las opciones que tienen los sujetos, que tiene la institución en este entorno social en el que afortunadamente no existe una sola lógica, un sólo movimiento sobre el cual no podamos incidir, sobre el cual no podamos actuar.

Con relación a si de entre las tensiones de las diferentes lógicas del quehacer universitario, la de la lógica académica funcionaría como conciencia crítica para la articulación de las demás lógicas en la construcción del proyecto de la utopía universitaria, ojalá eso pudiera resultar posible. Creo que, en todo caso, la conciencia crítica es algo en lo que deben confluir los sujetos que pretenden favorecer tal lógica académica. Especialmente en cuanto a su metodología, a su capacidad para analizar y para sintetizar las situaciones, pero también en lo que toca a su postura ética. Si todo ello logra integrarse puede constituirse en una opción de conciencia crítica para la sociedad. El punto es determinar si resultaría tan fuerte la presencia de la lógica académica como para ser condición de la conciencia crítica. Lo que sí es claro es que ese resultado, ese producto, esa meta, no podría alcanzarse en una universidad sin la prevaencia de esta lógica académica en este juego de tensiones.

Si redujéramos lo académico o lo educativo a lo docente, o a alguna de sus dimensiones más accidentales como la impartición de clases estaríamos perdiendo la posibilidad de desarrollar, de procesar en la práctica cotidiana, en la práctica de todos los días, el conocimiento como reconocimiento de la situación en la que se encuentra.

El análisis crítico de la situación, el planteamiento de alternativas futuras, la apropiación, la transformación de sujetos, etc., todas estas operaciones estarían implícitas en un proceso educativo, y a la lógica académica correspondería su orientación y disposición del contexto. No estoy muy seguro de poder reducir a una fórmula lo que en realidad representa un problema. Algo a lo que hay que enfrentarse de manera cotidiana, que me parece indispensable, es la discusión y el debate crítico de todos los días en el sentido de recuperación reflexiva de lo que hacemos, de lo que nos ocupa, de aquello a lo que nos dedicamos y de aquello que tiene que ver, de la manera más directa posible, con los discursos, con lo que interpretamos y con la identidad que construimos al trabajar en una universidad de inspiración ignaciana.

Gabriel Codina, S.J. Quizá cause un poco de perplejidad el hecho de que pongamos tanto énfasis en la búsqueda de lo ignaciano y de lo jesuítico en nuestras universidades con lo que la inspiración cristiana pudiera parecer que queda un poco al margen. Lo primero de todo es ser cristiano, naturalmente, y ser ignaciano es una forma concreta de serlo. Aquello que nos enseñó Ignacio de Loyola y que él llamaba el modo nuestro de proceder, está hecho de una suma de imponderables, de criterios y de posiciones ante la vida, lo que caracteriza también el modo de ser de una familia o de una cultura, de un pueblo, de un estado, de una región, o del carácter de un

grupo étnico o social diferente. Esto se vive, se mama desde pequeño y, en términos ignacianos, representa el nutrirse de este alimento común que es el Evangelio —leído como lo leyó Ignacio de Loyola. Las diversas familias religiosas o espiritualidades dentro de la Iglesia no representan otra cosa que distintas lecturas del Evangelio. Algunos leen el Evangelio de una manera contemplativa, otros de manera activa, otros poniendo el énfasis en los enfermos, otros poniéndolo en los abandonados, otros en la oración, etc. El modo peculiar como Ignacio lee el Evangelio es lo que imprime el sello de lo ignaciano a la espiritualidad cristiana. Entonces, una inspiración cristiana en una universidad como ésta, representa la base de todo. Pero no se trata de cualquier inspiración cristiana sino la inspiración cristiana vista por los ojos de Ignacio. Sin sentirnos mejores, ni peores, nosotros contamos con un sello propio que ofrecemos a los demás. Cuando alguien entra a nuestras escuelas sabe a qué familia se incorpora y con qué marca de fábrica va a trabajar. De modo que no existe contradicción, sino que se trata de matices de una misma realidad. Desde mi punto de vista lo jesuítico se refiere más a la vertiente institucional de la Compañía de Jesús, a la misión, mientras que lo ignaciano se refiere más a la persona, al carisma, a la espiritualidad de Ignacio, a la visión. Misión y visión y representadas en lo jesuítico y en lo ignaciano.

APORTACIONES DE LOS PARTICIPANTES

UNA VISIÓN COMPRENSIVA DE LAS EXPRESIONES DEL SEMINARIO

*Óscar G. Hernández Valdés **

El contenido de este apartado es el resultado del acopio y ordenamiento, conforme sucedían, de las diversas expresiones que se manifestaron durante el seminario que dio pie a este libro. Se trata por ello, más bien de una visión comprensiva de tales expresiones, al calor de la inmediatez, en un esfuerzo por su articulación y por la construcción de un posible sentido de conjunto.

De esta forma, recoge una visión esencial de las expresiones de los expositores invitados al seminario, quienes tuvieron la oportu-

* Profesor Numerario del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), México.

nidad de exponer con cierta holgura sus ideas, y de debatirlas, o por lo menos de comentarlas.

Resultaba también importante permanecer atentos a la expresión de las otras voces del seminario, las de la mayoría participante, que no por expresarse en la privacidad del pequeño grupo tendrían menor valor. Por supuesto que otro tipo de expresiones, no verbales, representaban también otros sentidos e intenciones presentes entre los participantes, y debían por tanto tomarse en cuenta.

No está, entonces, por demás aclarar que lo que aquí se incluye no representa las conclusiones del seminario, y nunca pretendieron serlo. Las conclusiones de los propios expositores, las de cada grupo de trabajo, las de cada persona, las del seminario en su conjunto, se encuentran en otro lado, y allá habría que buscarlas.

Las reflexiones que se desarrollaron durante el seminario, giraron alrededor del concepto de los participantes sobre las universidades confiadas a la Compañía de Jesús, específicamente acerca de la práctica educativa y sus diversos constitutivos.

El objeto específico de la reflexión, al referirla a las universidades jesuíticas, estuvo orientado a la formulación y diferenciación de la identidad de dichas instituciones educativas. De manera especial respecto a lo que significa uno de sus constitutivos fundamentales, el llamado modelo universitario de inspiración ignaciana.

El seminario insistió en distinguir desde la base entre el concepto de *universidad* como el sustantivo que permite la identificación de una institución que se aboca a una tarea genérica sobre la educación, el conocimiento y la cultura, y la *ignacianidad* como un adjetivo que expresa una cualidad y una sustancia, presentes en la forma y el sentido del desarrollo de esa función educativa, en la manera y el propósito al trabajar sobre el conocimiento, en el método y la dirección en la articulación de fe y cultura.

La síntesis de ambos conceptos, la articulación con sentido del sustantivo con el adjetivo, ha representado el reto que enfrenta este tipo de universidades, y seguirá siéndolo en la medida en que dicho sentido debe actualizarse de forma constante.

Pudieron identificarse visiones distintas sobre el mismo objeto de reflexión —la universidad de corte ignaciano— que obviamente obedecían a los distintos ángulos desde los que se producían las distintas perspectivas, todas ellas valiosas, necesarias, útiles, para la construcción de una visión integrada.

Una de ellas la constituye la perspectiva que se ubica desde la tradición, es decir, la visión que se funda en lo que creemos que es o debería ser este tipo de universidades. Se trata de una visión que recupera la tradición de la Compañía de Jesús y el pensamiento educativo de Ignacio de Loyola.

Otra construcción de tal identidad se formula desde una visión académica, centrada en una razón de orden científico, es decir, la que proporcionan diversas ramas de la ciencia, como la sociología, la antropología y el análisis institucional, entre otras. Es al mismo tiempo una visión esencialmente laica.

Finalmente, otra configuración se identifica desde la propia experiencia educativa en una formulación ignaciana, desde el hacer cotidiano de los actores concretos. Se refiere a lo que acontece dentro del aula y en otras áreas del quehacer educativo universitario, que incluyen, de suyo, una perspectiva educativa de carácter ignaciano.

Subyacen a estas visiones otras tantas lógicas que se manifiestan, en el actuar cotidiano de las universidades, en sus prácticas educativas. Tienen que ver con una lógica apostólica, que busca impulsar la presencia de la orientación de tipo religioso en el quehacer educativo; otra lógica que se centra más en el trabajo académico,

en el manejo eficiente y productivo del conocimiento; otra de tipo administrativo, ligada a la perspectiva económica, en tanto entidades que operan bajo una cierta organización y que requieren garantizar su viabilidad material.

Estas manifestaciones no agotan necesariamente las lógicas que operan en este tipo de universidades, algunas no se expresaron en el seminario con suficiente claridad, pero ello no significa que no se encuentren presentes de muy diversas formas en esas instituciones.

Entre las tensiones más importantes que se perciben dentro del juego de este conjunto de lógicas, destaca de manera especial que no interactúan en un plan estático ni representan un juego en donde las fuerzas se anulan entre sí hasta eliminarse, y cuyo resultado final sea cero; más bien se trata de un juego dinámico que genera un crecimiento cualitativo. Desde esta perspectiva, no importa tanto si alguna de esas lógicas pudiera estar ejerciendo cierto dominio sobre las demás, lo más importante es que todas deben jugar, ninguna puede ser eliminada, todas deben estar presentes en este juego dialéctico.

La ignacianidad al interior de esta dialéctica del juego de tensiones, tiene el sentido precisamente de provocar la apertura al propio juego del conjunto de dinamismos, dimensiones posibles presentes en la universidad. Incluso de aquellas dimensiones que no reconocemos con facilidad.

Una apenas mencionada en alguna de las ponencias se refiere a la pasión como un elemento presente en el hecho educativo cotidiano. Incluso aquellas pasiones que no necesariamente se producen de una forma ordenada. Otras más ocultas, y que por lo mismo podríamos identificar casi como mágicas como las referidas al poder de la naturaleza que obra en la vida cotidiana de la universidad. O bien, aquellas dimensiones en las que nos hemos hecho especialistas

en mantener ocultas, como las referidas al juego del poder, que por su naturalidad deberíamos reconocer también como elemento actuante en las universidades ignacianas.

Por supuesto que no podía dejar de señalarse otra dimensión, la de la burocracia, en ocasiones demasiado relevante en las organizaciones universitarias, hasta en las ignacianas. Podríamos hablar, incluso, hasta de la dimensión de la burocracia interna que todos llevamos dentro de nosotros mismos, esa fuerza que en ocasiones nos conduce a la realización de cosas simplemente para salir del paso. Es una manera de hacer y de estar en la universidad propia de algunos, y en ciertos momentos de todos, que se traduce en una cultura que quizás no hemos destacado con suficiente insistencia.

Un sentido especial de la ignacianidad dentro de estas universidades insistió en su articulación con la realidad, destacándola como un nuevo concepto en tanto que ya no se le concibe más como una burbuja aislada de la sociedad.

A través de la historia, ha querido verse a la universidad como el lugar en donde todo se ajusta a una visión ideal del mundo: donde todo es bello, ordenado, justo, libre, respetado; sin defecto, sin mancha, sin debilidad. Ya no es más así. La universidad es ahora, y con mayor razón la ignaciana, una síntesis de la totalidad de las expresiones del mundo moderno, nos gusten o no, las aceptemos o no. La universidad se encuentra inmersa en el mundo; y el mundo está inmerso en la universidad ignaciana. Otro modo de decirlo es que los universitario somos, lo hemos sido siempre, simples mortales, pecadores estándar; si bien, en tanto ignacianos, con una esperanza firme de salvación.

El reto fundamental de estas universidades ignacianas, según el modelo de los *Ejercicios espirituales*, es que, en el interior de este conjunto de tensiones existe la oportunidad esencial de discernir y de elegir. Es decir, la opción absolutamente libre de cada sujeto de

elegir dentro del conjunto de oportunidades que se ofrecen en la universidad, incluida la de no aprender.

Estas reflexiones que se verificaron a lo largo del seminario, de alguna manera reconocen la existencia de múltiples utopías dentro de la universidad en un tiempo y espacio determinados. Es decir, de múltiples búsquedas por parte de los diversos actores universitarios, maestros y alumnos, perseguidas la mayoría de ellas con la suficiente pasión, en tanto que entrañan, junto con el reto institucional, un desafío personal. Aunque también se persiguen con cierta compasión, es decir, con la suficiente apertura como para favorecer el diálogo y la convivencia con otras lógicas y otras utopías. No se trata de eliminar a nadie, no hay un enemigo a vencer. Se trata de la convivencia de dimensiones, lógicas y utopías diversas, de la construcción de una unidad a partir de la diversidad.

Prefigura a esta perspectiva fundamental de la universidad ignaciana una característica esencial de lo que somos como grupo humano que, al mismo tiempo, nos distingue de lo que no somos. Y es evidente que no representamos un modelo estático semejante al de una fábrica, que busca simplemente la reproducción. Tampoco seguimos un modelo semejante al del supermercado, que promueve fundamentalmente el consumo. Menos aún al de un centro de diversiones, que tiene como propósito el entretenimiento.

Junto a esta diversidad, a estos dinamismos constructivos, se mantienen presentes dogmas y mitos del pasado, dimensiones que aparecen de forma recurrente en la actuación cotidiana.

Nos referimos a la constante pregunta por el cómo, como una pregunta con frecuencia dogmática, más que metodológica, mediante la que quisiera resolverse de manera fácil, pronta, cómoda, la dialéctica contradictoria de estas tensiones presentes en

la universidad. Pregunta que con frecuencia nos abruma, y nos orienta con facilidad a la búsqueda de la receta.

Sin embargo, en la perspectiva de la ignacianidad, la postura fundamental es más bien de aprovechamiento de estas tensiones, de esta dialéctica entre dimensiones, para la promoción del cambio y del crecimiento. No para su resolución mecánica sino para el logro del crecimiento de todo lo valioso que contiene cada una de ellas.

Uno de los mitos que también aparece con frecuencia es el argumento de la viabilidad económica, especialmente por el carácter que guardan estas instituciones con sus alumnos, en relación con el ingreso que ellos generan. Argumentando que coarta y limita la propia creatividad, y determina de maneras diversas este juego de tensiones a que se ha hecho referencia.

Se trata de un factor que pone un claro límite a las opciones. Sin embargo, la historia permite reconocer a la universidad como una institución sólida, que tiende a salir fortalecida de las crisis sociales y de las condiciones cambiantes del mundo en que se inscribe.

Frente a una de las preguntas centrales del seminario en la búsqueda de un verificador fundamental de la acción universitaria ignaciana que garantizara la elección del camino y la meta deseada, cabe una referencia desde fuera de ella misma. Más allá de las cuestiones prácticas y operativas, concretas y cotidianas, puede decirse que el referente fundamental lo representa la calidad de vida de los diversos grupos sociales, de la naturaleza misma, de un país, de una región, de una localidad, incluso, por supuesto, de la propia institución.

Por ello se ven limitadas otras opciones típicas de la verificación de la acción: las certificaciones institucionales diversas, la conspira-

ción que puede establecerse entre los pares, la aprobación, muchas veces cómplice, entre la autoridad y el subordinado.

En síntesis, durante el seminario trató de reconocerse la pluralidad de acercamientos frente a un mismo objeto, como maneras diferentes de abordarlo, de comprenderlo, de trabajar con él, de intentar resolver sus tensiones internas. Se reconoce el pasado, la historia de estas instituciones, la experiencia actual. Se reconoce también el futuro para el logro de un mundo mejor, pleno de ricos frutos para todos.

SÍNTESIS DE LOS TALLERES DE TRABAJO

*Centro de Pedagogía Ignaciana del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente **

Entre los días 16 y 18 de febrero de 1998, en el marco del 40 aniversario del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), se reunieron 150 académicos de universidades jesuitas de América Latina para contribuir en la tarea de dilucidar y actualizar tanto la especificidad como la universalidad del modelo de la universidad ignaciana.

Se llevaron a cabo diez talleres, coordinados por académicos del propio ITESO, en torno a tres ejes temáticos: "Los elementos constitutivos del modelo universitario de inspiración ignaciana",

* El Centro de Pedagogía Ignaciana del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO) está integrado por Concepción Arias, Adrián Castañeda, Noemí Gómez, Miguel González y Cecilia Herreras.

“Los valores esenciales del modelo universitario ignaciano”, y “Desafíos y agenda para la educación universitaria ignaciana”.

La enumeración de los elementos constitutivos, valores esenciales y desafíos del modelo universitario ignaciano y su explicación minuciosa, parece tarea interminable por su complejidad. Muchos de estos atributos pueden parecer ambiguos o polisémicos, pero al leerlos de corrido conforman una textura reconocible y coherente.

Así, a manera de síntesis, se recoge aquí la aportación de los participantes de los talleres de trabajo según los ejes temáticos propuestos.

Los elementos constitutivos del modelo universitario de inspiración cristiana

1. El modelo educativo de inspiración ignaciana comporta un espíritu que va encarnándose, una inspiración que anima el quehacer, toma cuerpo y se concreta. Se enuncian como elementos constitutivos del modelo los siguientes:

- La relación que se establece entre profesores y alumnos donde prevalece el contacto personal, la sencillez de trato y el acompañamiento cercano.
- La participación que considera al marco de referencia de vida, invita a la reflexión de los contenidos y del sentido de las actividades universitarias; subraya la importancia del proceso educativo, y anima a la toma colegiada de decisiones en un marco de libertad, apertura, sencillez y respeto a la diversidad.
- La coparticipación disciplinaria en la formación, y el cuidado en la evaluación constante de los procesos y de los resultados.

- La formación de líderes para quienes lo primordial sea la procuración del bien y de lo mejor.
- El crecimiento y la integración de la persona sin detrimento del desarrollo profesional.
- La preocupación por la ciencia y por la conciencia.
- El interés por la capacitación y superación permanente del personal. El desear que el *magis* ignaciano se exprese en lo académico y en la vida. La inspiración netamente cristiana.
- La vivencia de un compromiso social definido.

2. El estilo ignaciano se genera, de hecho, en la propia universidad, y tiene que ver con un conjunto de características entre las que pueden mencionarse:

- Lo profundamente humano que trasciende diferencias religiosas, geográficas y generacionales.
- La continuidad como base de un proceso que se construye cada día, como tarea inacabada, como llamada constante a alcanzar lo mejor, lo más universal.
- El aceptar la tensión derivada de la confrontación entre ideal y realidad, en búsqueda de una coherencia vital.
- El considerar la educación como un servicio, y la invitación a los universitarios a vivirla así. Por esa razón involucra el estilo personal de vida del profesor y del administrativo. Por ello mismo garantiza un ambiente de libertad y respeto. Por ello también promueve el establecimiento de compromisos reales con la sociedad.

3. En el modelo educativo de la Compañía de Jesús se entrecruzan diferentes lógicas: la académica, la administrativa, la apostólica,

que no son excluyentes ente sí pero que aún no se integran del todo en la realidad.

Es preocupación constante del modelo su incidencia en la realidad social; pero no resulta tan claro un modo de hacerlo donde la aportación crítica a la sociedad y la opción preferencial por los más necesitados sea evidente.

En este modelo educativo la referencia a la realidad no deja de lado la referencia al ideal.

El valor testimonial que ofrece quien trabaja en la universidad es de vital importancia. La autenticidad de vida es algo que se transmite.

El modelo educativo invita a la toma de conciencia del hecho de que la aportación universitaria procede de una minoría y representa un compromiso con la sociedad. Si se ignoran los plazos para la consecución de sus logros, el modelo quedaría sólo en el discurso.

En muchos de los comentarios anteriores se percibe el entusiasmo de quien contempla un ideal y cuenta, además, con la evidencia de 450 años de experiencias educativas. No faltan, sin embargo, las voces de quienes advierten que el entusiasmo sólo resultará vivificante si, al hablar de los elementos constitutivos del modelo, no se confunde la realidad con el ideal, para que el esfuerzo en el quehacer cotidiano sea consecuente con el discurso.

Los valores esenciales del modelo universitario ignaciano

En algunas mesas de trabajo se precisó el sentido del término "valores esenciales". Se puso énfasis, entre otros, en su carácter dinámico y de proceso. Se cuestionó, además, la posibilidad y la dificultad de su transmisión. Los valores esenciales son:

- Una universidad de inspiración cristiana e ignaciana promueve los valores evangélicos, que bien pueden sintetizarse en el amor. Lo ignaciano remite a una visión positiva del mundo que despierta admiración, deseo, búsqueda de conocimiento y encuentro con los demás. Presupone la existencia de un plan para el mundo en el que el ser humano participa y colabora de manera decisiva. El descubrimiento del amor y mejor servicio, *magis*, mediante el discernimiento, es propio del modelo universitario ignaciano.
- Los valores se viven y se concretan en diferentes planos. La autotrascendencia es, sin embargo, el fin último de la universidad, los demás valores son sólo medios para alcanzarla. La experiencia de proceso de enseñanza-aprendizaje es uno de estos medios para la canalización del conocimiento en actitud de servicio y juicio crítico, y en un afán de búsqueda de la verdad, generación de conocimientos y propensión a la excelencia. En este proceso en pos de la justicia y el compromiso social van clarificándose otros valores.
- Se enuncian otros valores característicos del modelo universitario ignaciano: la libertad, como encuentro de la voluntad divina en la voluntad humana; la responsabilidad, como parte de la acción asociada al discernimiento; la capacidad crítica, de síntesis, de resolución, como habilidades propias del modo de abordar la vida; la sensibilidad ante los demás, los próximos, como invitación a la promoción de la justicia; el humanismo, como forma de convivencia con todos; la fe y la esperanza, como elementos integradores de una visión del mundo; el respeto, la tolerancia, la confianza, la disponibilidad, el servicio, la comunicación, como cualidades necesarias en la convivencia cotidiana; el amor y búsqueda de la verdad, como inspiración y utopía.

La transmisión de los valores

- Los valores no se enseñan, se proponen. Lo que nos toca es la disposición de las condiciones a fin de que el sujeto reflexione sobre su propio hacer, y observe así otros modos de actuar que le sirvan como referencias para asumir y realizar sus propias opciones.
- La autenticidad de vida y el testimonio que se desprende de ella es la manera más adecuada para la presentación de los valores. Sin embargo, es también importante la explicitación clara ante los alumnos de la propia escala de valores y su jerarquización en la universidad. El discurso sobre los valores sin testimonio carece de fuerza.

Obstáculos para la vivencia y transmisión de los valores

- Existen ciertas tensiones entre elementos que dificultan la vivencia y la transmisión de valores en la universidad. Algunas de ellas son: el temor a la transmisión de una ideología o a dejarse influir por ella; la tensión entre el deseo y la apertura al cambio y la resistencia que significa el mantener una postura definida; el interés por transformar el contexto y su falta de comprensión; la comodidad que representa vivir en las utopías sin poner los pies en la realidad.
- El ambiente social no favorece la autenticidad. La falta del sentido de la vida, como reflejo de la sociedad actual, genera obstáculos para la vivencia y transmisión de los valores. Dentro de la universidad no puede negarse que existen momentos en los que los individuos o los grupos asumen diferentes maneras de comprensión del modelo, donde la comunicación personal y

entre los niveles se dificulta por la falta de escucha mutua. En algunos casos, se ponen de manifiesto luchas por el poder.

- En ocasiones, se observa cierta desintegración entre opciones, currículos, planes de estudio y formación pedagógica. De igual forma, con frecuencia no se da un seguimiento adecuado a los procesos que se encuentran en marcha, o se adolece de un mayor apoyo institucional que los favorezca.
- Aunque prevalece el discurso sobre el compromiso social y el deseo e intención de sensibilización del alumno acerca de la realidad, muchos de los alumnos acuden a la universidad sólo por un título.
- No se manifiesta la vivencia de formar parte de una comunidad educativa, donde la participación de profesores, alumnos, administrativos, personal de intendencia, sea una realidad.
- El elevado costo, en distintos niveles y grados, que representa un proceso de cambio para favorecer los valores del modelo universitario ignaciano.
- La carencia de indicadores adecuados para la evaluación de la transmisión de valores.

En los comentarios generales sobre este apartado de los valores, resultó unánime la apreciación de la imposibilidad de su enseñanza. Se discutió acerca de su posible transmisión y la manera de lograrla. En términos generales, se acordó que los valores existentes pueden consolidarse mediante la vivencia testimonial de quien los vive.

Desafíos y agenda para la educación universitaria ignaciana

Debido a la universalidad y multiplicidad de los retos, desafíos y líneas de acción que se señalaron en las mesas de trabajo, se agrupa-

rán aquí en torno a cuatro temas cuya mención ocurrió con mayor frecuencia.

Alumnos

- El gran reto radica en lograr que la educación se centre en realidad en el alumno. Se plantean los siguientes desafíos: buscar una mayor claridad institucional sobre las demandas y expectativas de los alumnos para evitar la imposición de nuestros propios esquemas; lograr un mayor conocimiento y un acompañamiento más cercano de los alumnos para que lleguen a ser/hacer autónomos y responsables; lograr que los estudiantes se involucren en su propia formación y lleguen a ser sujetos de su propio crecimiento en una dinámica de mejoramiento continuo. Asimismo deben incluirse en los currículos respuestas a las necesidades de trabajo de los alumnos que contribuyan al logro de su sostenimiento.
- Otro reto consiste en propiciar experiencias de aprendizaje cognoscitivo, humano, afectivo y espiritual que ayuden al alumno a la reformulación de sus conocimientos, sus posturas y sus valores.
- La formación de los alumnos para que lleguen a ser realmente críticos ante la realidad social y contribuyan a su mejoramiento mediante la aportación de algo nuevo y mejor, es otro de ellos. En este sentido, representa un desafío intencionar la aplicación de los conocimientos a proyectos concretos, a experiencias de trabajo (servicio social y prácticas profesionales) que se relacionen con organizaciones civiles, instancias gubernamentales, con la micro y pequeña empresa.

Maestros

- Un desafío importante lo representa el propio desarrollo del académico para que llegue a ser capaz de acompañar los procesos de formación de los alumnos, al vivir, él mismo, un proceso personal de reconocimiento y definición en lo profesional, en lo social y en lo docente.
- En las respuestas a los retos sociales, el maestro juega un papel importante. Para responder a estos retos es necesaria su formación integral en las cuatro conciencias: científica, filosófica, social e histórica, unidas por el hilo conductor de la inspiración cristiana.
- Revisar los procesos de selección y formación docente y profesional de directivos, maestros y coordinadores.
- La formación en la identidad ignaciana de los maestros de asignatura o de tiempo variable, y de la totalidad de los miembros de la comunidad universitaria.
- Otro reto es el logro de la incidencia de los maestros en la realidad cotidiana y universitaria desde la pastoral, para propiciar un desarrollo espiritual generalizado.
- Que los académicos logren la discusión del proyecto universitario. Los retos son: la socialización del conocimiento, el debate de los problemas existentes, el reconocimiento de que deben crearse las condiciones necesarias para el logro del cambio mediante la participación de todos.
- El testimonio como clara vía para la transmisión de los valores resulta innegable. Sin embargo, hay que considerar que no representa sólo un don sino también una tarea, por lo que es preciso favorecer el proceso mediante el cual se logra.

- Otro reto es lograr hacer significativos para los jóvenes los valores evangélicos, la experiencia de Ignacio de Loyola y los ejercicios espirituales.
- Lograr que los valores se integren a los currículos, ya que estos no pueden transmitirse en abstracto. El reto es encontrar estrategias y procesos que ayuden en la formación para valorar, para discernir.

Universidad-estructuras-comunicación

- Resultan necesarios procesos colegiados para la toma de decisiones. Se plantea el reto de la creación de estructuras administrativas que permitan la integración de la inspiración cristiana con eficiencia y eficacia.
- Deben establecerse canales que favorezcan la comunicación entre los centros y los departamentos para el logro de un trabajo que resulte interdepartamental.
- La creación de una comunidad representa, también, un gran reto. Se requiere de mayor participación, mayor trabajo en equipo, para que los proyectos académicos y sociales lleguen a conocerse en otras universidades, para que no prevalezca un desprecio de recursos, esfuerzos, personas, y se logre así un mayor impacto social y un mejor aprovechamiento de las experiencias para la propia comunidad universitaria.
- Los miembros de la comunidad universitaria deben tener claridad acerca de la filosofía institucional, donde se integran los intereses personales, académicos e institucionales. Un camino para lograrla lo representa la formación continua, la búsqueda constante, con evaluaciones a lo largo de los procesos.

- Las universidades ignacianas tienen ante sí el reto de establecer un proceso que les permita clarificar de manera continua su propia identidad en su realidad contextual. Cada una, desde los ejes valorales de lo ignaciano, debe discernir su propia identidad sin perder su vinculación y su relación con las demás.
- Es importante lograr una verdadera colaboración entre laicos y jesuitas en condiciones de igualdad y corresponsabilidad.
- Es de suma importancia la búsqueda constante de congruencia entre lo declarado en los principios, la filosofía y lo vivido, por lo que representa un verdadero desafío encontrar la manera de dar seguimiento a la comunidad universitaria para verificar su consecuencia con lo que declara el discurso.

Universidad-sociedad

- La promoción de una actitud crítica y de análisis ante la sociedad. Asimismo, afianzar los vínculos con las diversas instancias sociales para la realización de proyectos comunes.
- Buscar una relación equilibrada con la sociedad, donde la universidad declare su postura y sus criterios de juicio y formas de proceder ante los problemas y tareas que ella demanda o manifiesta.
- El establecimiento de un diálogo respetuoso con los medios de comunicación social, y lograr una mayor presencia ante ellos.
- Identificar las lógicas con que funciona la sociedad y ofrecer algunas alternativas, como la lógica del humanismo, la lógica de los valores y la lógica del Evangelio.
- No perder de vista que en muchas ocasiones se camina en sentido contrario a la demanda de la sociedad, tanto en lo que toca

a las profesiones como a los valores cristianos, lo cual representa un reto enorme para la promoción de la universidad ignaciana.

- La universidad ignaciana debe plantearse responder a los desafíos, no sólo a las demandas. Por ello debe definir cuáles son estos desafíos locales por afrontar.
- También representa un gran reto la orientación que deba darse a programas exitosos en lo social, tal como la administración de empresas.
- Si se trata de cambiar a la sociedad tendría también que pensarse en el cambio consecuente al interior mismo de la universidad. Es decir, no puede demandarse democracia política si al interior no se respetan los cuerpos colegiados, o si se ejerce de forma unilateral y piramidal la toma de decisiones. De la misma manera, cuando se habla de modificar la universidad tendría que pensarse en el cambio personal propio de cada persona. No puede pedirse que la institución y los demás avancen, si uno mismo no establece compromiso alguno que conduzca al cambio.
- En los procesos de cambio que viven las universidades se impone el reto de la transmisión de reglas claras de procedimiento para las modificaciones curriculares, de orientación, de remoción de personal, etc. Esto permitirá que los agentes se sientan parte del cambio mismo.
- Es importante el compromiso y la participación en los cambios de la totalidad de los miembros de la universidad, el vivirlos de manera corresponsable.

Prevalció en los comentarios sobre los desafíos para la educación la necesidad de trabajar desde la persona como centro y horizonte de la acción educativa; la necesidad de una cultura nueva, colegiada,

abierta al entorno; la necesidad del cuidado de los procesos para garantizar los realmente humanos y cristianos, la necesidad de convertir al alumno en el centro de atención de la universidad, y la necesidad de lograr una formación continua e integral para los profesores. Se subrayó, además, la necesidad de tomar en cuenta el contexto en todo momento del proceso educativo.

Ante la totalidad de los comentarios acerca de los elementos constitutivos, los valores y los desafíos que nos presenta el modelo educativo universitario, la pedagogía ignaciana invita a favorecer la disposición de los espacios y, al final del siglo, la búsqueda de los procedimientos que propicien la reflexión continua, tanto personal como comunitaria, para que, a través del discernimiento, puedan establecerse y operar las líneas de acción que hagan realidad la universidad ignaciana que se piensa y se desea.

Reflexiones para un modelo educativo universitario ignaciano

se terminó de imprimir en junio de 1998

en los talleres de Editorial Conexión Gráfica, S.A. de C.V.,

Libertad 1471, C.P. 44100,

Guadalajara, Jalisco, México.

La edición consta de 1,000 ejemplares.

Coordinación editorial: Hilda Elena Hernández

Coordinación de producción: María Guadalupe López Garfias

Cuidado de la edición y corrección: Érika Ramírez

Formación: María Guadalupe Gómez Moreno

Tipografía: Laura Michel

Edición a cargo de la Oficina de

Extensión Universitaria del ITESO,

tel.: (3) 669-3480, fax: (3) 669-3481.

